

Edgar Rice Burroughs

En el corazón de la Tierra

Prólogo

En primer lugar les ruego que tengan presente que no abrigo esperanzas de que crean esta historia. Tampoco se sorprenderían si hubieran presenciado la experiencia que tuve recientemente cuando, con la coraza de una ignorancia ingenua y maravillosa, alegremente le narré a un miembro de la Real Sociedad Geológica el asunto en cuestión, durante mi última visita a Londres.

Sin duda estarán pensando que me descubrieron cometiendo un crimen no menos atroz que el de robar las Joyas de la Corona, o el de envenenar el té de Su Majestad el Rey.

El erudito caballero en quien deposité mi confianza se quedó helado antes de que hubiera llegado a la mitad del relato, lo que sin duda le salvó de salirse de sus casillas. Mis sueños de un Nombramiento Honorario, medallas de oro y un lugar en el Salón de Celebridades se desvanecieron en el aura de su fría reacción.

Pero yo sí creo que la historia es verdadera, y ustedes también lo creerían, como sin duda el docto Miembro de la Real Sociedad Geológica, de haberla escuchado de los labios del hombre que me la contó a mí. Si hubieran visto, como yo lo hice, el fuego de la verdad en sus ojos grises; si hubieran percibido el timbre de sinceridad en su voz apacible; si hubieran comprendido lo patético que se sentía, ustedes también lo creerían. Ni siquiera hubieran exigido la evidencia ocular final que yo tuve: el extraño animal ramforincóceo que él había traído consigo del mundo interior.

Le conocí de forma inesperada, en los límites del gran desierto del Sahara. Estaba de pie frente a una carpa de piel de cabra, en medio de un grupo de palmeras, en un pequeño oasis. Había un aduar árabe de unas ocho o diez tiendas en las cercanías.

Yo había bajado desde el norte a cazar leones. Mi partida consistía en una docena de hijos del desierto y yo era el único hombre “blanco”. Mientras nos acercábamos al pequeño grupo de árboles divisé a aquel hombre que salía de su carpa y nos escudriñaba protegiéndose los ojos con la mano. Al verme, se lanzó rápidamente a nuestro encuentro.

—¡Un hombre blanco! —exclamó—. ¡Gracias a Dios! He estado observándolos durante horas, esperando desesperadamente que esta vez hubiera un hombre blanco entre ustedes. Dígame la fecha. ¿En qué año estamos?

Cuando se la dije trastabilló como si hubiera recibido un golpe en plena cara, de modo que se vio obligado a aferrarse al estribo de mi caballo para no perder el equilibrio.

—¡Es imposible! —exclamó después de un instante—. ¡Es imposible! Dígame que está equivocado, que bromea...

—Le estoy diciendo la verdad, amigo —repliqué—. ¿Por qué habría de engañar a un desconocido, o intentar hacerlo, en algo tan simple como la fecha?

Se quedó callado durante un rato con la cabeza agachada.

—¡Diez años! —musitó al fin—. Diez años, ¡y yo que pensaba que como mucho no

podía haber transcurrido mas de uno!

Aquella misma noche me relató su historia, la historia que ahora transcribo con la mayor exactitud que mi memoria me permite recordarla.

Capítulo I

Hacia los fuegos eternos

Nací en Connecticut hace unos treinta años. Mi nombre es David Innes y mi padre era un acaudalado minero. Cuando yo tenía diecinueve años, falleció. Todas sus posesiones iban a ser mías en cuanto llegara a la mayoría de edad, a condición de que me dedicara con esmero, los dos años que faltaban, al gran negocio que habría de heredar.

Hice todo lo que pude por cumplir con los últimos deseos de mi padre, no por la herencia, sino porque lo amaba y respetaba, de modo que durante seis meses trabajé en las minas y en las oficinas, pues quería conocer todos los pormenores de la actividad.

Fue entonces cuando Perry me interesó en su proyecto. Era un hombre mayor que había dedicado la mayor parte de su larga vida a perfeccionar un Excavador mecánico subterráneo. En sus momentos de ocio estudiaba paleontología. Revisé sus planos, escuché sus argumentos, inspeccioné el modelo armado y luego, ya convencido, puse a su disposición los fondos necesarios para construir un Excavador funcional a tamaño natural.

No entraré ahora en los detalles de la construcción del aparato, que ahora esta ahí afuera, en el desierto, a unas dos millas de aquí. Mañana, tal vez tenga usted interés en ir a verlo. Se trata de una especie de cilindro de acero de unos cien pies de longitud aproximadamente, ensamblado de tal modo que puede girar y retorcerse a través de la roca sólida si es necesario. En un extremo tiene un poderoso taladro impulsado por un motor que, según Perry, genera más potencia por pulgada cúbica que los demás por pie cúbico. Recuerdo que él solía afirmar que aquel invento por sí solo podía hacernos fabulosamente ricos. Ibamos a dar a conocer públicamente el artefacto después del exitoso resultado de nuestra primera prueba secreta, pero Perry jamás regresó de ese viaje de prueba, y yo acabo de hacerlo después de diez años.

Recuerdo como si fuera ayer esa noche memorable en que nos dispusimos a probar la utilidad de aquel maravilloso invento. Era casi medianoche cuando nos trasladamos a la alta torre donde Perry había montado su “topo de hierro”, como acostumbraba a llamarlo. El gigantesco morro descansaba sobre la tierra rasa. Atravesamos las puertas que daban a la cámara externa, las cerramos, y tras entrar en la cabina donde estaba situado el mecanismo de control dentro del tubo interior, encendimos las luces.

Perry miró el generador, inspeccionó los inmensos tanques donde se guardaban los elementos químicos con los que debía fabricar aire fresco para reponer el que consumíamos al respirar, y examinó los instrumentos de control de la temperatura, la velocidad, la distancia y análisis de las capas que habríamos de pasar.

Probó el dispositivo de conducción y revisó los poderosos engranajes que transmitían su increíble velocidad al gigantesco torno ubicado en la punta del extraño vehículo.

Nuestros asientos a los que nos sujetamos con cinturones de seguridad, estaban dispuestos sobre barras transversales de manera que permaneciéramos en posición vertical

aun cuando el vehículo se estuviera abriendo paso hacia abajo, hacia las entrañas de la tierra, corriendo horizontalmente sobre un gran filón de carbón o dirigiéndose verticalmente hacia la superficie.

Finalmente concluyeron todos los preparativos. Perry inclinó la cabeza en una oración, y durante un momento guardó silencio. Luego la mano del anciano asió la palanca de arranque. Hubo un rugido espantoso debajo de nosotros, la gigantesca estructura vibró y se estremeció, seguido por un estruendo provocado por el paso de la tierra menos firme a través del espacio hueco entre la cámara interna y la externa. ¡Habíamos partido!

El estrépito era ensordecedor; la sensación, espantosa. Durante un minuto entero ninguno de los dos conseguimos hacer otra cosa que no fuera aferrarnos con la proverbial desesperación del que se ahoga a los brazos de nuestros asientos oscilatorios. Entonces Perry echó un vistazo al termómetro.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡No es posible! ¡Rápido! ¿Qué indica el contador de distancia?

Éste, junto con el velocímetro, estaba ubicado en mi costado de la cabina, y cuando me volví para leerlo, pude oír como Perry refunfuñaba.

—Un aumento de diez grados. ¡No es posible! —dijo, y luego lo vi tirar del volante frenéticamente.

Cuando al fin pude hallar la diminuta aguja en la tenue luz, comprendí la evidente excitación de Perry y se me hizo un nudo en la garganta. Pero al hablar disimulé el miedo que me acosaba.

—Habrán pasado más de setecientos pies, —dije— antes de que consigas colocarlo en posición horizontal, Perry.

—Será mejor que me eches una mano, entonces —respondió—, porque no puedo corregir la dirección yo solo. Dios quiera que con nuestras fuerzas combinadas lo logremos. De otra forma estamos perdidos.

Me arrastré hasta el anciano, sin dudar que la gran rueda cedería al instante bajo la presión de mis músculos jóvenes y vigorosos. Mi confianza no era mera vanidad, ya que mi físico siempre había sido motivo de envidia y admiración para mis compañeros. Por esa misma razón se había desarrollado aún más de lo que la naturaleza se había propuesto, pues mi natural orgullo por mi fortaleza me había llevado a cuidar y perfeccionar mi cuerpo y mis músculos por todos los medios posibles. Así, desde mi niñez, había estado entrenándome ya fuera en el boxeo, el fútbol o el béisbol.

Y así fue como con la mayor confianza me aferré al enorme aro de metal; pero, a pesar de poner cada gramo de mi fuerza en la tarea, no logre mejor resultado que Perry. La gran rueda no se movió ni una pulgada. ¡Aquel inexorable e insensato aparato nos llevaba en línea recta hacia la muerte!

Finalmente abandoné mi inútil esfuerzo, y sin pronunciar una palabra, volví a mi asiento. Las palabras sobraban, al menos a mi entender, salvo que Perry quisiera rezar. Yo estaba seguro de que lo haría, pues nunca dejaba escapar oportunidad alguna en que pudiera intercalar una plegaria. Rezaba cuando se levantaba por la mañana, rezaba antes de comer, rezaba después de haber comido, y antes de acostarse por la noche volvía a rezar. Fuera de estas ocasiones, a menudo hallaba pretextos para rezar, aun cuando el motivo pareciera un tanto inverosímil a mis ojos mundanos. Ahora que estaba a punto de morir, tenía la certeza de que iba a ser testigo de una verdadera orgía de oraciones, si se me permite referirme a un acto tan solemne de semejante forma.

Pero para mi asombro descubrí que con la muerte pisándole los talones, Abner Perry

se había transformado en un nuevo ser. Fluían de sus labios, no ya plegarias, sino un cristalino torrente de juramentos dirigidos al terco pedazo de maquinaria insensible.

—Hubiera pensado, Perry —le dije reprendiéndolo —que un hombre tan declaradamente religioso se pondría de rodillas en vez de soltar blasfemias ante una muerte inminente.

—¡La muerte! —gritó—. ¿Es la muerte lo que te aterra? Eso no es nada comparándolo con la pérdida que ha de sufrir el mundo. ¿No ves, David, que con este cilindro de hierro hemos abierto horizontes apenas soñados por la ciencia? Hemos dominado un nuevo principio y con él hemos dado vida a un pedazo de acero con la fuerza de diez mil hombres. El hecho de que dos vidas se extingan no es nada frente a la calamidad que implica la sepultura en el seno de la tierra de los descubrimientos que he hecho, comprobados por la exitosa construcción del aparato que nos conduce ahora hacia los eternos fuegos centrales.

Debo admitir francamente, que por lo que a mí me concernía, me preocupaba mucho más nuestro futuro inmediato que cualquier incierta pérdida que pudiera estar a punto de sufrir el mundo. Al menos el mundo desconocía lo que se perdía, mientras que para mí era una flagrante y terrible realidad.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté ocultando mi desasosiego tras la máscara de un tono de voz bajo y tranquilo.

—Podemos detenernos aquí y morir de asfixia cuando se acabe el oxígeno de los tanques —respondió Perry—, o podemos seguir adelante con la leve esperanza de lograr desviar el Excavador de esta trayectoria vertical y hacerle describir un gran semicírculo que eventualmente nos conduzca a la superficie. Si conseguimos hacerlo antes de llegar a las temperaturas internas más elevadas, hay posibilidades de sobrevivir. Yo diría que hay una posibilidad entre varios millones de conseguirlo. Si fracasamos moriremos más rápida pero no más violentamente que si permanecemos sin hacer nada esperando la agonía de una muerte lenta y horrible.

Miré el termómetro. Marcaba 43 grados. Mientras hablábamos, el gran topo de hierro había taladrado más de una milla de roca de la corteza terrestre.

—Continuemos entonces —dije—. A este paso pronto habrá terminado todo. Nunca insinuaste que esta cosa alcanzaría semejante velocidad, Perry ¿No lo sabías?

—No —contestó—. No pude calcular con exactitud la velocidad, pues no tenía instrumentos para medir la inmensa potencia del generador. Calculé, sin embargo, que debía de andar a unas quinientas yardas por hora.

—Y estamos yendo a siete millas por hora —concluí, con la mirada fija en el contador de distancia—. ¿Qué espesor tiene la corteza terrestre, Perry?

—Hay casi tantas conjeturas al respecto como geólogos —fue la respuesta—. Hay quienes lo calculan en unas treinta millas, porque el calor interno, que aproximadamente aumenta a razón de medio grado cada sesenta o setenta pies de profundidad, sería suficiente para fundir la más refractaria de las sustancias a esa distancia. Otros afirman que, dados los fenómenos de precesión y nutación, la Tierra, si no totalmente sólida, debe de tener al menos una corteza de no menos de ochocientas o mil millas de espesor. Ahí tienes tu respuesta. Puedes elegir.

—¿Y en caso de ser sólida? —pregunté.

—Para nosotros da lo mismo, David —contestó Perry—. En el mejor de los casos, nuestro combustible sólo alcanzará para que avancemos tres o cuatro días, mientras que el aire no puede durar más de tres. Ni uno ni otro bastan, por consiguiente, para llevarnos

sanos y salvos a través de ocho mil millas de roca hasta las antípodas.

—Si la corteza tiene suficiente espesor nos detendremos definitivamente en algún punto entre las seiscientas y las setecientas millas bajo la superficie de la tierra; pero en el transcurso de las últimas ciento cincuenta de nuestro viaje seremos cadáveres. ¿No es así? — pregunté.

—Efectivamente, David. ¿Tienes miedo?

—No lo sé. Todo ha ocurrido tan rápidamente que creo que a duras penas ambos nos damos cuenta de lo realmente espantosa que es nuestra situación. Tengo la sensación de que debería estar lleno de pánico, pero no lo estoy. Supongo que el impacto ha sido tan fuerte como para aturdir parcialmente nuestra sensibilidad.

Nuevamente me volví hacia el termómetro. El mercurio ascendía con mayor lentitud. Marcaba ahora apenas 60 grados, aunque habíamos penetrado a una profundidad de casi cuatro millas. Se lo comuniqué a Perry y este sonrió.

—Hemos echado por tierra una teoría al menos —observó, y luego volvió a la tarea que se había impuesto de vituperar con elocuencia al volante. En una ocasión había oído jurar a un pirata, pero sus más logrados esfuerzos hubieran parecido los de un niño al lado de las imprecaciones imperiosas y científicas de Perry.

Una vez más intenté mover el volante, pero hubiera sido igual tratar de hacer girar a la Tierra misma. En respuesta a mi sugerencia, Perry detuvo el generador, y cuando nos detuvimos me arrojé de nuevo con saña en un esfuerzo supremo por mover el dispositivo, aunque no fuera más que una pulgada, pero los resultados fueron tan infructuosos como cuando avanzábamos a toda velocidad.

Sacudí tristemente la cabeza y señalé la palanca de arranque. Perry la dio un tirón, y una vez más nos zambullimos verticalmente hacia la eternidad, a razón de siete millas por hora. Me quedé sentado con los ojos fijos en el termómetro y en el contador de distancia. El mercurio subía ahora muy lentamente, pese a que ya a 63 grados era casi insoportable estar dentro de los reducidos límites de nuestra prisión de acero.

Alrededor del mediodía, es decir unas doce horas después de nuestra partida en aquel desventurado viaje, habíamos penetrado a una profundidad de ochenta y cuatro millas, punto en el cual el termómetro registraba una temperatura de 67 grados.

Perry parecía más esperanzado, aunque no pude averiguar con que exiguuo alimento nutría su optimismo. Había cambiado las injurias por canciones, y supuse que la tensión había terminado por afectarle a la mente. Durante varias horas no nos habíamos hablado más que para que le comunicara cada dato que me solicitaba de los registros que marcaban los instrumentos. Mis pensamientos estaban plagados de inútiles remordimientos. Recordé numerosos actos de mi pasado que hubiera querido borrar con unos años más de vida. Por ejemplo aquel asunto de los Comunes Latinos en Andover, donde Calhoun y yo habíamos puesto pólvora en la estufa y por poco liquidamos a uno de los directores. Y también... Pero qué más daba; estaba a punto de morir y expiar estas y muchas otras culpas más. El calor ya era suficiente como para darme un anticipo del más allá. Unos pocos grados más y perdería el conocimiento.

—¿Cuáles son los registros ahora, David? —dijo Perry interrumpiendo con su voz mis sombrías reflexiones.

—Noventa millas y 67 grados —contesté.

—¡Dios mío, hemos hecho trizas la teoría de la corteza de treinta millas! —exclamó regocijado.

—De mucho nos va a servir ahora —gruñí.

—Pero hijo mío —continuó él—, ¿no te dice nada ese registro de la temperatura? ¡Si no ha variado en las últimas seis millas! ¡Piénsalo, hijo!

—Sí, estoy pensando —respondí—; pero, ¿de qué valdrá cuando se consuma nuestra provisión de aire que la temperatura sea de 67 o de 67.000 grados? Estaremos igualmente muertos, y de todas formas nadie notará la diferencia.

Pero debo admitir que, por algún extraño motivo inexplicable, la estabilidad de la temperatura renovó mis moribundas esperanzas. No podía explicar que era lo que esperaba, ni intenté hacerlo. El hecho mismo, como Perry se esforzó en explicarme, de que se derrumbasen varias doctas hipótesis científicas dejaba claro que no podíamos saber lo que nos aguardaba en las entrañas de la tierra. Por lo tanto podíamos seguir alentando una esperanza en tanto estuviéramos con vida, hasta cuando la esperanza ya no tuviera importancia para nuestra felicidad. Era un razonamiento convincente y lógico, y opté por adoptarlo.

Cuando llegamos a las cien millas, ¡la temperatura había descendido a 66,5 grados! Cuando se lo anuncié a Perry, me abrazó.

De ahí en adelante, hasta el mediodía del segundo día, la temperatura siguió bajando hasta ser tan incómodamente fría como antes había sido incómodamente cálida. A las doscientas cuarenta millas de profundidad nuestro olfato fue asaltado por abrumadores vapores de amoníaco y la temperatura había descendido a 24 grados bajo cero. Sufrimos durante casi dos horas aquel frío intenso y penetrante, hasta que a una distancia de alrededor de doscientas cuarenta y cinco millas de la superficie de la tierra, penetramos en un estrato de hielo sólido donde el mercurio subió rápidamente hasta cero grados. Durante las tres horas siguientes atravesamos diez millas de hielo macizo, y finalmente, llegamos a una nueva serie de estratos impregnados de amoníaco, donde la temperatura volvió a descender a veinticuatro bajo cero.

Lentamente volvió a ascender hasta que nos convencimos, al fin, de que nos aproximábamos al interior hirviente de la tierra. A las cuatrocientas millas la temperatura había alcanzado los 67 grados. Febrilmente miré el termómetro. El mercurio subía poco a poco. Perry había dejado de cantar y esta vez se había puesto a rezar.

Nuestras esperanzas habían recibido un golpe tan mortal que el calor que gradualmente se incrementaba parecía, a nuestra deformada imaginación, mucho mayor de lo que era. Durante una hora más observé la implacable columna de mercurio ascendiendo más y más, hasta que a las cuatrocientas diez millas se inmovilizó en 67 grados. Ahora empezábamos a estar enteramente pendientes de aquellos registros, y los observábamos jadeando de angustia.

Sesenta y siete grados había sido la máxima temperatura alcanzada antes de la capa de hielo. ¿Se detendría nuevamente en ese punto o seguiría aumentando despiadadamente? Sabíamos que no nos quedaban esperanzas, pero nos aferrábamos a la vida misma y seguíamos esperanzados, aun frente a la evidencia concreta.

Los tanques de aire estaban ya menguando y apenas quedaban los suficientes y preciados gases como para durar doce horas más. Pero, ¿estaríamos acaso vivos para saberlo? Parecía increíble.

A las cuatrocientas veinte millas volví a leer el registro.

—¡Perry! —grité—. ¡Perry, compañero! ¡Está bajando de nuevo! ¡Está bajando! Está ahora en 66 grados y medio.

—¡Demonios! —exclamó—. ¿Qué querrá decir esto? ¿Será posible que la tierra esté fría en el centro?

—No lo sé, Perry —contesté—; pero gracias a Dios, si he de morir no será quemado. Eso es todo lo que yo temía. Puedo soportar la idea de cualquier forma de muerte menos esa.

El mercurio seguía bajando hasta alcanzar el mismo nivel que a las siete millas de la superficie de la tierra, y de repente la conciencia de que la muerte estaba a un paso nos dio de lleno en la cara. Perry fue el primero en darse cuenta. Le vi manipular las válvulas que regulaban la entrada de aire y al mismo tiempo, sentí dificultad para respirar. La cabeza me daba vueltas, los brazos y las piernas me pesaban.

Vi que Perry se desplomaba en su asiento. Se sacudió y volvió a erguirse. Luego se volvió hacia mí.

—Adiós, David —dijo—, supongo que este es el fin—. Sonrió y cerró los ojos.

—Adiós, Perry, y buena suerte —le contesté, sonriéndole a mi vez. Pero seguí luchando contra aquel horrible letargo. Era muy joven y no quería morir.

Durante una hora luché contra la implacable muerte que me envolvía y me rodeaba por todas partes. Al principio descubrí que subiéndome al armazón superior, podía hallar una mayor cantidad de los preciosos elementos vitales, y por un tiempo éstos me sostuvieron. Debía haber transcurrido una hora desde que Perry había caído, cuando al fin me di cuenta de que ya no podía seguir en aquella desigual contienda contra lo inevitable.

Con un último y débil rayo de conocimiento, me volví automáticamente hacia el contador de distancia. Estábamos exactamente a quinientas millas de la superficie, y entonces, de pronto, el enorme vehículo que nos transportaba quedó detenido.

El tamborileo de las piedras sueltas, a través de la cámara hueca cesó. La loca carrera del gigantesco torno me dio la impresión de que éste estaba moviéndose en el aire. En ese instante, me di cuenta de otra cosa. La punta del Excavador estaba encima de nosotros.

Lentamente comprendí que desde que habíamos atravesado el estrato de hielo había estado en esa posición. Dentro del hielo habíamos cambiado de rumbo y nos habíamos dirigido nuevamente hacia la superficie de la corteza terrestre. ¡Gracias a Dios! ¡Estábamos a salvo!

Me aproximé al tubo con el cual debíamos recoger las muestras durante la travesía por la tierra, y mis más fervorosas esperanzas se confirmaron: un torrente de aire fresco fluía hacia el interior de la cabina de hierro. El impacto que me produjo la reacción me hizo perder el conocimiento.



Capítulo II

Un mundo extraño

Estuve inconsciente durante poco más de un segundo, pues cuando me caí de la viga transversal a la que había estado aferrado, el choque contra el suelo me volvió en mí.

Mi primera preocupación fue Perry. Me horrorizó la idea de que a un paso de la salvación, pudiera estar muerto. Le abrí la camisa de un tirón y apoyé el oído en su pecho. Casi di un grito de alivio: su corazón latía con regularidad.

Mojé mi pañuelo en el tanque de agua y se lo pasé varias veces por la frente y por las mejillas. En unos instantes, el abrirse de sus párpados recompensó mis esfuerzos. Durante un rato se quedó tendido con los ojos desorbitados sin entender nada. Luego su confusa mente se fue aclarando, y se incorporó husmeando el aire con una expresión de asombro en el rostro.

—¡Pero, David —exclamó al fin—, si es aire, tan seguro como que estoy con vida! Pero... pero, ¿qué significa? ¿Dónde diablos estamos? ¿Qué ha ocurrido?

—Significa que hemos vuelto a la superficie, Perry —repuse—, pero no tengo ni idea de dónde estamos. Todavía no he abierto las compuertas. He estado ocupado haciéndote revivir. ¡Te salvaste por un pelo, compañero!

—¿Dices que hemos vuelto a la superficie, David? ¿Cómo es posible? ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—No mucho. Lo que ha ocurrido es que hemos dado la vuelta en el estrato de hielo. ¿No recuerdas que nuestros asientos rotaron repentinamente? Después de eso, el taladro se colocó encima de nosotros en lugar de debajo. En ese momento no le prestamos atención, pero ahora lo recuerdo.

—¿Quieres decir que volvimos hacia atrás desde el estrato de hielo? Eso es imposible. El Excavador no puede virar si no se desvía la punta. Si la punta hubiera sido desviada desde afuera por alguna fuerza o resistencia externa, el volante hubiera respondido moviéndose. El volante no ha cambiado de posición desde que salimos, David. Tú lo sabes.

Lo sabía; pero allí estábamos, con nuestro taladro zumbando en la intemperie y las abundantes ráfagas de aire que llenaban la cabina.

—No pudimos haber cambiado de rumbo en la capa de hielo, Perry; lo sé tan bien como tú —contesté—; pero el hecho es que ocurrió, pues aquí estamos, en este preciso instante, otra vez en la superficie, y quiero saber dónde exactamente.

—Mejor será esperar hasta que amanezca, David. Debe de ser medianoche ahora.

Eché un vistazo al cronómetro.

—Las doce y media. Hemos estado afuera setenta y dos horas, así que tiene que ser medianoche. De todos modos quiero mirar ese bendito cielo que pensé que nunca volvería a ver.

Con estas palabras levanté las trancas de la compuerta interior y la abrí. Había bastante cantidad de materia suelta en la cámara, y tuve que removerla con una pala para llegar a la compuerta externa.

En poco tiempo había despejado suficiente tierra y piedra como para dejar libre la compuerta de afuera. Perry estaba justo a mi espalda cuando la hice girar sobre sus goznes. La mitad superior estaba sobre el nivel del suelo. Con una expresión de sorpresa me volví hacia Perry. ¡Afuera era pleno día!

—Algo está mal, ya sean nuestros cálculos o el cronómetro —dije.

Perry sacudió la cabeza. Había una mirada de extrañeza en sus ojos.

—Miremos más allá de esa puerta, David —exclamó.

Salimos juntos y nos encontramos contemplando en silencio un paisaje extraño y hermoso a la vez. Una playa baja y llana que llegaba hasta el mar se extendía ante nosotros. Hasta donde era posible ver, la superficie del agua estaba sembrada de incontables islotes diminutos, algunos de imponente y maciza roca de granito, otros desbordantes de una vistosa vegetación tropical, adornada por millares de esplendorosas flores.

Detrás de nosotros se levantaba una selva oscura e impenetrable de gigantescos helechos arbóreos entremezclados con las especies más comunes y primitivas de las selvas tropicales. Enormes enredaderas pendían entre árbol y árbol como lazos gigantes, y la densa maleza formaba una maraña entre los árboles y troncos caídos. En los límites externos podíamos vislumbrar el mismo colorido espléndido que realzaba a los islotes, pero entre las sombras espesas todo parecía penumbroso y lúgubre como una tumba.

Y sobre todo ello, el sol de mediodía derramaba sus tórridos rayos desde un cielo sin nubes.

—¿Dónde diablos estamos? —pregunté, volviéndome hacia Perry.

Durante unos momentos el anciano no respondió. Estaba quieto, con la cabeza agachada, absorto en sus pensamientos. Pero al fin habló.

—David —dijo—, no estoy del todo seguro de que estemos en la Tierra.

—¿Qué quieres decir, Perry? —exclamé —¿Supones acaso que estamos muertos y que este es el cielo?

Sonrió y girando sobre sus talones, señaló el morro del Excavador que sobresalía del suelo a nuestras espaldas.

—De no ser por eso, David, diría que estamos en un paraíso celestial. El Excavador desmiente esa teoría. No cabe duda de que no hubiera llegado al cielo. Estoy, sin embargo, dispuesto a admitir que en realidad, estamos en un mundo distinto al que conocemos. Si no estamos sobre la Tierra, tenemos motivos de sobra para suponer que estamos dentro de ella.

—Posiblemente hayamos deambulado a través de la corteza terrestre y emergido en alguna isla tropical de las Antillas —sugerí yo, pero Perry movió la cabeza.

—Ya lo sabremos, David —repuso—; mientras tanto podríamos explorar a lo largo de la costa. Tal vez encontremos algún nativo que nos resuelva el enigma.

Mientras caminábamos por la playa, Perry miraba larga y detenidamente hacia el agua. Era evidente que se estaba devanando los sesos frente a un formidable problema.

—David —dijo abruptamente—, ¿no percibes algo raro en el horizonte?

Cuando me puse a observar con detenimiento, comencé a advertir el motivo de la rareza del paisaje que me había obsesionado desde el principio con una alucinante impresión de sobrenaturalidad: ¡no había horizonte! Hasta donde llegaba la vista, el mar se prolongaba con los islotes que flotaban en su seno, los más alejados reducidos a diminutos puntos; pero detrás de ellos seguía infinitamente el mar, hasta que la sensación de estar mirando hacia arriba, al punto más lejano, parecía muy real. La distancia se perdía en la distancia misma. Era eso: no había un trazo horizontal definido que marcara la pendiente del globo al hundirse bajo la línea de la visión.

—Una idea se está empezando a formar en mi mente —prosiguió Perry, sacando su reloj—. Creo que en parte he resuelto el misterio. Ahora son las dos. Cuando salimos del Excavador el sol estaba directamente sobre nuestras cabezas. ¿Dónde está ahora?

Miré hacia arriba y vi que el enorme astro estaba aun inmóvil en medio del cielo. ¡Y

qué sol! Apenas le había prestado atención hasta ese momento. Tenía por lo menos tres veces el tamaño del sol que yo conocía de toda mi vida, y estaba aparentemente tan cerca, que viéndolo le daba a uno la impresión de poder tocarlo con sólo estirar el brazo.

—¡Dios mío, Perry! ¿Dónde estamos? —exclamé azorado—. Este asunto está empezando a sacarme de quicio.

—David, creo que puedo aseverar rotundamente —comenzó a decir—, que estamos en...

Pero no pudo seguir más. A nuestras espaldas, desde las proximidades del Excavador, surgió el rugido más ensordecedor y terrorífico que jamás había oído. Ambos nos volvimos al mismo tiempo para averiguar la causa de tan espantoso ruido.

De haber seguido yo con la presunción de que aun estábamos sobre la tierra, el espectáculo que vieron mis ojos a continuación la hubiera disipado definitivamente.

Una bestia colosal, que se asemejaba mucho a un oso, estaba emergiendo de entre la maleza. Era tan voluminosa como el elefante más grande y sus patas estaban armadas de gigantescas zarpas. Su hocico pendía a unas treinta pulgadas por debajo de la mandíbula inferior, a modo de una rudimentaria trompa. Tenía el enorme cuerpo cubierto por un espeso y áspero pelaje.

Se acercó a nosotros rugiendo terriblemente, con un trote pesado y bamboleante. Me volví hacia Perry para sugerirle que buscáramos un sitio más seguro; pero evidentemente, la idea ya se le había ocurrido a él pues estaba a cien pasos de distancia y ésta aumentaba segundo a segundo con sus prodigiosos saltos. Nunca había podido sospechar las posibilidades latentes de velocidad que poseía aquel viejo caballero.

Vi que se dirigía hacia un punto de la selva que sobresalía en dirección al mar, no lejos de donde habíamos estado parados. Al ver que la formidable bestia cuya aparición había espoleado de manera tan notable a Perry se acercaba a mí, resueltamente, empecé a seguir a mi compañero, aunque a un paso algo más decoroso. Era evidente que el corpulento animal no podía correr demasiado rápido, por lo que lo único que me pareció necesario era llegar hasta los árboles con la suficiente ventaja como para subirme a un lugar seguro, en una rama alta, antes de que me alcanzara.

A pesar del peligro, no pude menos que sonreírme ante las desesperadas tentativas de Perry de ponerse a salvo subiéndose a las ramas bajas de los primeros árboles. Los troncos estaban pelados hasta una altura de unos cinco pies, al menos los de aquellos árboles que Perry pretendía escalar, los cuales, como eran los más voluminosos de aquella selva, evidentemente le habían dado mayor sensación de seguridad. Una docena de veces trató de trepar a los troncos como un enorme gato, y tras cada intento volvía a caer al suelo. Luego de cada nuevo fracaso echaba una mirada de terror hacia la bestia que se acercaba, emitiendo simultáneamente alaridos despavoridos que despertaban los ecos de aquella selva macabra.

Al fin echó el ojo a una liana del grosor de la muñeca de un hombre, y cuando llegué hasta los árboles estaba trepando frenéticamente, poniendo una mano sobre la otra. Había casi alcanzado la rama mas baja del árbol del que colgaba la liana cuando esta cedió bajo su peso y cayó despatarrado a mis pies.

La desgracia ya no resultaba divertida, pues la bestia se había acercado peligrosamente. Tomé a Perry por el hombro, lo puse de pie, y corriendo hacia un árbol más pequeño, uno al que pudiera aferrarse con manos y pies, le di un empujón hacia arriba con todas mis fuerzas. Allí lo dejé para que se las arreglara solo, pues un vistazo por encima de mi hombro me permitió advertir que el espantoso animal estaba casi encima de

mí.

El desmesurado tamaño de la bestia fue lo que me salvó. Su enorme mole le restaba la agilidad necesaria para luchar contra la flexibilidad de mis jóvenes músculos. Por lo tanto pude esquivarla y ponerme detrás antes que sus lentas reacciones le permitieran girar hacia donde yo estaba.

Los escasos segundos de gracia que esto me concedió me permitieron ponerme a salvo en lo alto de un árbol que se hallaba a unos pasos de aquél donde Perry finalmente se había resguardado.

¿He dicho a salvo? En ese momento creí que estábamos seguros, y Perry también lo supuso. Estaba rezando, alzando la voz para agradecer que estuviéramos fuera de peligro, y acababa de terminar una especie de himno de gracias porque aquel ser no pudiera subir a los árboles, cuando la bestia, sin que nada lo hiciera prever se irguió sobre las patas traseras y su enorme cola, y extendió sus temibles zarpas hacia la rama donde Perry estaba agazapado.

El rugido casi no se oyó por el grito de terror de Perry, que estuvo a punto de caer de cabeza en las abiertas fauces que lo esperaban, de tan impetuosa que fue su precipitación por dejar la rama en la que se encontraba. Con un profundo suspiro de alivio lo vi llegar sano y salvo a una rama superior.

Y entonces, lo que hizo la bestia, nos heló a ambos la sangre con un renovado espanto. Aferrando el tronco del árbol con sus poderosas zarpas, lo sacudió con toda la fuerza de su inmensa mole y la irresistible potencia de sus formidables músculos. Lenta, pero implacablemente, el tronco empezó a doblarse y pulgada a pulgada fue subiendo las zarpas a medida que el árbol se inclinaba. Perry se sostenía, pero los dientes le castañeteaban de espanto. Trepaba cada vez más alto en el árbol doblado y oscilante. Cada vez más rápidamente la copa se acercaba al suelo.

Entonces me di cuenta por que la fiera estaba armada con tales zarpas, pues el uso que les daba era precisamente aquel que la naturaleza había previsto. Aquella criatura semejante a un perezoso era herbívora, y para alimentar semejante cuerpo debía desnudar árboles enteros de su follaje. La razón de que nos atacara podía atribuirse a su mal temperamento como le ocurre al feroz y tonto rinoceronte africano. Pero estas fueron consideraciones posteriores. En ese momento yo estaba demasiado preocupado por la suerte de Perry como para pensar en otra cosa que no fuera algún modo de salvarlo de la muerte que le rondaba tan de cerca.

Sabiendo que podía dejar atrás al torpe animal en un espacio abierto, dejé mi refugio entre las ramas con la intención de distraer la atención de la bestia el tiempo suficiente como para que Perry encontrara amparo en un árbol más grande. Había unos cuantos en las cercanías que ni siquiera la inmensa fuerza del monstruo podría torcer.

En el instante de tocar el suelo cogí una rama quebrada de la maraña que alfombraba el suelo de la selva, y poniéndome detrás del peludo lomo de la bestia sin que ésta lo notara, le descargué un golpe tremendo. El plan resultó como por arte de magia, pero entonces desapareció todo rastro de lentitud que yo le había atribuido a la bestia. Soltó el tronco con inaudita agilidad y se puso a cuatro patas, al mismo tiempo que blandía su temible cola con una fuerza que me hubiera fracturado todos los huesos de haber dado en el blanco. Afortunadamente, me había dado la vuelta para huir en el preciso momento que sentí que el golpe daba en aquel monumental lomo.

Cometí el error de correr por la orilla de la selva en lugar de dirigirme hacia la playa abierta, de modo que al poco tiempo me había hundido hasta las rodillas en el manto de

vegetación putrefacta y la bestia se iba acercando rápidamente mientras yo tropezaba y forcejeaba por liberarme.

Un tronco caído me dio un segundo de ventaja, pues parándome sobre él pude saltar hasta otro que había unos pasos más adelante, y de este modo logré evitar la masa blanda y espesa que cubría el suelo. Pero este camino zigzagueante que me veía obligado a tomar me retrasaba tanto que mi perseguidor me iba dando alcance progresivamente.

De repente oí a mis espaldas una confusión de aullidos y ladridos tajantes y estridentes, semejantes a los que produce una manada de lobos al acosar a una presa. Involuntariamente me volví para averiguar la causa de ese nuevo y amenazador estrépito y la consecuencia fue que perdí el equilibrio y caí de bruces en la húmeda maleza.

Mi titánico contrincante estaba tan cerca que sabía que iba a sentir el peso de una de sus afiladas zarpas antes de que pudiera levantarme, pero para mi gran sorpresa, eso no ocurrió. La confusión de aullidos y gruñidos que había oído antes parecía estar ahora muy cerca de mí, y cuando me incorporé sobre las manos para mirar hacia atrás, vi que era lo que había apartado al dyryth, como luego supe que se llamaba, de mi persecución.

Una manada de casi un centenar de criaturas lobunas que parecían perros salvajes, había rodeado al perezoso y lo atacaban desde todos los lados, hincando sus blancos colmillos en la carne del torpe animal y retrocediendo para que no les alcanzasen sus poderosos zarpazos y coletazos.

Pero eso no fue lo único que percibieron mis atónitos ojos. Farfullando excitada e ininteligiblemente a través de la selva venía un grupo de seres de aspecto humanoide azuzando evidentemente a la jauría. Tenían una apariencia muy semejante a la de los negros africanos: eran de piel muy oscura y con las facciones profundamente negroides, aunque la cabeza era más chata por encima de los ojos, de modo que apenas tenían frente. Sus brazos eran algo más largos y las piernas más cortas en proporción con el torso, comparados con el hombre, y más tarde observé que los dedos de los pies sobresalían en ángulo recto. Esto se debía, supongo, a sus costumbres arbóreas. Además, tenían una cola larga y sinuosa que utilizaban, lo mismo que las manos y los pies, para escalar árboles.

Apenas me habían puesto en pie vi que los perros mantenían a raya al dyryth. Al verme, varios de aquellos feroces animales abandonaron su presa para dirigirse hacia mí mostrando los colmillos, y cuando me volví para huir en busca del refugio que ofrecían los árboles, advertí que había una gran cantidad de hombres mono que saltaban y gritaban en el follaje del árbol más cercano.

Entre ellos y las bestias a mis espaldas no había mucho que elegir, pero al menos existía la duda en cuanto al recibimiento que pudieran darme aquellos grotescos remedos de hombres, mientras que no cabía ninguna duda del destino que me aguardaba entre los dientes de mis salvajes perseguidores.

Me precipité, pues, hacia los árboles con el propósito de pasar por debajo de aquellos donde se hallaban los humanoides y refugiarme en uno más alejado. Los perros me pisaban los talones y yo había perdido ya la esperanza de salvarme, cuando una de las criaturas que estaban en uno de los árboles se colgó con la cola enroscada en una rama, y, aferrándose por debajo de las axilas, me subió a un sitio seguro.

Sus compañeros se pusieron a examinarme con la mayor curiosidad; me tocaron la ropa, el cabello y el cuerpo. Me dieron la vuelta para ver si yo tenía cola, y al descubrir que no la poseía rompieron a reír sonoramente. Tenían una dentadura muy blanca y pareja, excepto los caninos superiores, que eran un poco más alargados que los demás dientes y asomaban cuando cerraban la boca.

Después de revisarme un rato descubrieron que mi ropa no formaba parte de mí, con el resultado de que me arrancaron prenda tras prenda entre las más divertidas carcajadas. Como monos, intentaron vestirse ellos con mis ropas, pero no se dieron la maña suficiente para hacerlo y pronto desistieron de su propósito.

Mientras tanto había estado esforzándome por tratar de ver dónde estaba Perry, pero no lo distinguía en ninguna parte, aunque el grupo de árboles donde se había refugiado se veía claramente. Estaba muy afligido por el temor de que algo le hubiera sucedido, y aunque lo llamé a gritos repetidas veces no obtuve respuesta.

Cuando se cansaron finalmente de jugar con mis ropas, las arrojaron al suelo, y asíndome uno de cada brazo iniciaron una travesía por las copas de los árboles con una rapidez espeluznante. Nunca he experimentado un viaje así ni antes ni después de esta ocasión, y aun hoy día suelo despertarme de un profundo sueño acosado por el horrendo recuerdo de esa experiencia.

Las ágiles bestias saltaban de árbol en árbol como ardillas voladoras. Un sudor frío me bañaba la frente cuando miraba hacia abajo desde aquella altura, puesto que bastaba un solo paso en falso de cualquiera de mis portadores para que me precipitase al vacío. Mientras me transportaban, sentía mi mente colmada de pensamientos que me azoraban. ¿Qué había sido de Perry? ¿Lo volvería a ver alguna vez? ¿Cuáles eran las intenciones de aquellos seres semihumanos en cuyas manos había caído? ¿Eran habitantes del mismo mundo en que yo había nacido? ¡No! No era posible. Pero, ¿de dónde entonces? Yo no había abandonado la Tierra. De eso estaba seguro. Pero tampoco podía conciliar las cosas que veía con la creencia de que todavía estaba en mi propio mundo. Con un suspiro me di por vencido.





"...una de las criaturas que estaban en uno de los árboles se colgó con la cola enroscada en una rama, y, aferrándome por debajo de las axilas, me subió a un sitio seguro." (Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo III

Un cambio de amos

Debíamos haber viajado varias millas a través de la oscura y tétrica selva cuando repentinamente llegamos a una aldea construida en lo alto de las copas de los árboles. A medida que nos acercábamos mi escolta empezó a proferir un ruidoso griterío que fue contestado inmediatamente desde el interior, y un instante más tarde un enjambre de seres de la misma raza extraña que los que me habían capturado salió a nuestro encuentro. Otra vez fui el centro de atención de la estrepitosa horda. Me llevaron a empellones de un lado a otro, pellizcándome y manoseándome hasta llenarme de moretones. No creo, sin embargo, que lo hicieran por maldad o crueldad, pues yo era una cosa curiosa, un fenómeno, un nuevo juguete, y sus mentes pueriles requerían la total evidencia de todos sus sentidos para respaldar el testimonio de sus ojos.

Luego me arrastraron hacia el interior de la aldea, que consistía en varios cientos de toscos refugios hechos de ramas y hojas asentados en los árboles. Las chozas se hallaban comunicadas unas con otras por medio de troncos y ramas secas que formaban una especie de calles sinuosas. El conjunto de puentes y viviendas formaba un piso casi compacto que distaba unos veinte pies del suelo.

Me pregunté por qué aquellas ágiles criaturas necesitaban aquellos puentes comunicantes, pero cuando más tarde vi la gran cantidad de animales semisalvajes que poblaban la aldea, comprendí la necesidad de estas calles. Había una serie de aquellos mismos feroces perros que habíamos dejado ocupados con el dyryth, y unos animales parecidos a cabras cuyas abultadas ubres explicaban el motivo de su presencia.

Mis guardias me detuvieron frente a una de las chozas y me empujaron hacia dentro. Dos de los simiescos personajes se pusieron en cuclillas frente a la entrada, sin duda para impedir que me escapara, aunque no tenía la menor idea de hacia donde podría haberme escapado. Apenas hube entrado en la densa oscuridad del interior mis oídos percibieron una voz familiar que oraba.

—¡Perry! —exclamé—. ¡Mi querido y viejo Perry! Gracias a Dios que estás a salvo.

—¡David! ¿Es posible que hayas escapado?

Y el anciano vino vacilante a mi lado y me abrazó.

Me había visto caer delante del dyryth y luego lo había tomado prisionero un grupo de hombres mono que lo había llevado a través de los árboles hasta la aldea. Sus secuestradores habían demostrado la misma curiosidad que los míos por su ropa, con idéntico resultado. Nos miramos y no pudimos menos que reírnos.

—Si tuvieras cola, David —comentó Perry—, serías un mono muy apuesto.

—Tal vez podamos conseguir un par de ellas —repuse—. Parecen estar muy de moda esta temporada. Me pregunto que pensarán hacer con nosotros, Perry. No parecen realmente salvajes. ¿Qué supones que son? Estabas a punto de exponerme tu teoría cuando ese enorme tanque peludo se nos echó encima. ¿Tienes realmente alguna idea de donde estamos?

—Sí, David —contestó—, sé exactamente donde nos encontramos. ¡Hemos hecho un descubrimiento maravilloso, muchacho! Hemos probado que la tierra es hueca. Hemos atravesado totalmente la corteza terrestre y llegado a un mundo interior.

—¡Perry, estas loco!

—En absoluto, David. Nuestro Excavador nos llevó a través de doscientas cincuenta millas por debajo de nuestro mundo externo. En ese punto llegó al centro de gravedad de la corteza terrestre, de quinientas millas de espesor. Hasta ese momento habíamos estado descendiendo, aunque la dirección, claro esta, es relativa. Luego cuando los asientos oscilaron, lo que te llevó a pensar que habíamos dado la vuelta y que volvíamos a la superficie, pasamos el centro de gravedad, y aunque no cambió la dirección en que avanzábamos, estábamos en realidad dirigiéndonos hacia arriba, hacia la superficie del mundo interior. ¿No te convence la flora y la fauna que has visto de que no estas en el mundo en que naciste? Y el horizonte, ¿podría presentar un aspecto tan raro como el que vimos si efectivamente no estuviéramos parados en el interior de una esfera?

—¿Pero el sol, Perry! —le recordé—. ¿Cómo demonios puede el sol brillar a través de quinientas millas de corteza sólida?

—No es el mismo sol del mundo exterior, el que nosotros vemos. Es otro sol, totalmente distinto, que arroja su eterno resplandor de mediodía sobre la faz de esta tierra interior. Míralo ahora, David. Fíjate, si lo puedes ver desde la entrada de la choza, y verás que aun continúa en medio del cielo. Hace varias horas que estamos aquí y sin embargo todavía es mediodía. Es muy simple, David. La tierra fue al principio una masa nebulosa. Se enfrió, y a medida que se enfriaba se encogía. Al final, una delgada capa de corteza sólida se formó sobre la superficie externa. Era una especie de cáscara; pero adentro contenía materia parcialmente derretida y gases altamente dilatados. A medida que seguía enfriándose, ¿qué ocurría? La fuerza centrífuga arrojaba rápidamente las partículas del núcleo nebuloso hacia la corteza cuando se iban solidificando. Habrás visto el mismo principio, en la práctica, en una máquina moderna de separar crema. Al poco tiempo, pues, quedó sólo un núcleo sobrecalentado de materia gaseosa dentro de un enorme vacío provocado por los gases que se contraían y se enfriaban. La idéntica atracción ejercida por la corteza maciza desde todas direcciones mantuvo ese núcleo en el centro exacto de la esfera hueca, y lo que queda de él es el sol que has visto hoy: una cosa relativamente pequeña en el centro de la tierra, que emite su luminosidad perpetua y su calor tórrido en forma pareja a todas las zonas de este mundo interior. Debe de haber pasado mucho tiempo después que apareció la vida en el exterior, para que esta parte interna se enfriara lo suficiente y también hubiese vida animal en ella. Pero es evidente que los mismos agentes afectaron a ambos mundos por las formas de vida animal y vegetal que hemos visto aquí, análogas a las que nosotros conocemos. Por ejemplo, el animal que nos atacó. Indudablemente se trata de algo similar al megaterio del período postplioceno de la corteza exterior, cuyo esqueleto fosilizado se ha hallado en América del Sur.

—¿Pero los grotescos habitantes de la selva? —pregunté—. ¿Seguramente no puede haber habido nada parecido en la historia de nuestro mundo?

—¿Quién lo puede saber? —repuso—. Tal vez sean el eslabón entre el mono y el hombre, cuyo rastro ha sido borrado por las innumerables convulsiones que sacudieron la corteza exterior. O tal vez sean simplemente la resultante de una evolución un poco diferente. Cualquiera de las dos suposiciones es plausible.

No pudimos seguir con nuestras especulaciones porque en ese momento aparecieron varios de nuestros secuestradores en la puerta de la choza, dos de los cuales entraron y nos arrastraron afuera. Los precarios puentes y los árboles circundantes estaban atestados de aquellos oscuros hombres mono, sus hembras y sus crías. No tenían un solo adorno, una sola arma ni una sola prenda.

—Están bastante bajo en la escala evolutiva —comentó Perry.

—Pero lo suficientemente alto como para hacernos algún mal, sin embargo — contesté—. ¿Qué supones que piensan hacer con nosotros?

No tardamos en saberlo. Del mismo modo en que nos habían llevado a la aldea dos de aquellas poderosas criaturas nos levantaron y nos transportaron a través de los árboles, mientras una horda estridente y burlona de negros y simiescos seres nos seguía.

En dos ocasiones mis portadores pisaron en falso, y mi corazón se detuvo mientras nos zambullíamos en el vacío hacia una muerte instantánea. Pero ambas veces las ágiles y poderosas colas nos salvaron enrollándose en alguna rama, y ninguna de las dos criaturas aflojó siquiera un poco la mano que me aferraba. En realidad, los incidentes no parecieron preocuparlos más de lo que a uno le preocuparía tropezar al cruzar la calle. Se rieron estrepitosamente y siguieron avanzando.

Durante algún tiempo continuaron a través de la selva, aunque no pude calcular cuánto. Estaba aprendiendo algo que más tarde se grabó muy fuertemente en mi mente, y era que el tiempo deja de ser un factor de importancia desde el momento en que se carece de un instrumento para medirlo. Habíamos perdido nuestros relojes y habitábamos bajo un sol estático. Ya me resultaba difícil calcular la cantidad de tiempo que había transcurrido desde que habíamos emergido al mundo interior. Tal vez eran horas, o tal vez días... ¡Quién diablos podía saberlo cuando siempre era mediodía! Según el sol, no había pasado el tiempo, pero yo calculaba que hacía varias horas que estábamos en aquel extraño lugar.

Finalmente la selva terminó y salimos a un prado uniforme. Frente a nosotros, a escasa distancia, se alzaban unas colinas bajas y rocosas. Hacia ellas nos llevaron, y después de un rato entramos por un angosto paso y nos encontramos en un diminuto valle circular. Aquí se pusieron a trabajar y nos convencimos de que íbamos a morir, ya fuera en una especie de fiesta romana o de algún otro modo. El comportamiento de nuestros acompañantes se transformó en el momento en que entraron al anfiteatro natural entre las colinas. Las risas cesaron. Una sanguinaria ferocidad se dibujó en sus rostros bestiales y nos amenazaron mostrándonos los colmillos.

Nos colocaron en el centro de la arena y el millar de criaturas formó un círculo alrededor de nosotros. Luego trajeron uno de los perros salvajes, un hienodonte según lo llamó Perry, y lo soltaron dentro del círculo. El cuerpo del animal tenía el volumen de un mastín adulto. Las patas eran cortas y poderosas, y las mandíbulas anchas y temibles. Un pelaje oscuro y espeso le cubría el lomo y los costados, mientras que en el pecho y el vientre era blanco. El animal se dirigió hacia nosotros con paso furtivo; presentaba un aspecto formidable con las fauces entreabiertas mostrando los colmillos.

Perry estaba de rodillas, rezando. Yo me agaché y recogí una pequeña piedra. El movimiento hizo cambiar la dirección de la fiera, que empezó a dar vueltas a nuestro alrededor. Evidentemente no era la primera vez que recibía una pedrada. Los hombres mono saltaban y azuzaban a la bestia con gritos salvajes hasta que ésta, viendo que yo no arrojaba la piedra, embistió.

En Andover, y más tarde en Yale, había sido lanzador en los mejores equipos de béisbol. Mi velocidad y mi puntería debían de ser fuera de lo común pues me hice tan famoso durante el último año de colegio que me propusieron para integrar uno de los equipos de primera. Pero ni en el más difícil de los lanzamientos que había hecho antes había sido necesario que tuviese tanta puntería como en ese momento.

Mientras me disponía a tirar, mantuve un estricto control de mis nervios y mis músculos, aunque las mandíbulas hambrientas se abalanzaban sobre mí a una velocidad espeluznante. Y entonces tiré, con cada gramo de mi peso y de mi fuerza y con toda mi

habilidad puestos en ese lanzamiento. La piedra le dio de lleno al hienodonte en el hocico, y rodó sobre el lomo.

En ese mismo momento surgió un coro de alaridos y aullidos de los espectadores, y por un instante pensé que la derrota de su favorito era la causa de aquello, pero enseguida vi que estaba equivocado. Los simios se dispersaron en todas direcciones, hacia las colinas circundantes, y entonces advertí el verdadero motivo del alboroto. Detrás de ellos, atravesando en tropel el paso que daba al valle, venía una multitud de hombres hirsutos semejantes a gorilas, armados con lanzas y hachas, y con unos escudos largos y ovalados.

Estos seres se lanzaron sobre los hombres mono con una saña terrible, y el hienodonte, que había vuelto en sí, huyó despavorido. Perseguidores y perseguidos pasaron a nuestro lado, y todo cuanto hicieron los hirsutos fue echarnos un vistazo hasta que hubieron evacuado de la arena a sus anteriores ocupantes. Luego se volvieron hacia nosotros, y uno que parecía tener cierta autoridad sobre los demás ordenó que nos cogieran.

Cuando dejamos el anfiteatro para salir al vasto prado vimos una caravana de hombres y mujeres, seres humanos como nosotros, y por primera vez sentí esperanza y alivio en mi pecho. Tal era mi felicidad, que hubiera gritado de júbilo. Es cierto que presentaban un aspecto salvaje y que estaban semidesnudos, pero al menos se asemejaban a nosotros. No tenían nada de grotesco ni de horrible como los demás seres con los que nos habíamos topado en aquel mundo extraño e inexplicable.

Pero cuando nos fuimos acercando, nuestras esperanzas se esfumaron una vez más, pues descubrimos que los pobres desdichados estaban encadenados en una larga fila, y que los hombres gorila eran sus guardianes. Sin mucha ceremonia nos incorporaron a la hilera y reanudaron la marcha sin más demora.

Hasta ese momento la excitación nos había mantenido despabilados, pero ahora la extenuante monotonía de la travesía por la llanura calcinada por el sol nos hacía sentir todo el cansancio debido al sueño insatisfecho. Seguimos hora tras hora bajo aquel odioso sol de mediodía. Si tropezábamos nos pinchaban con una puntiaguda lanza. Nuestros compañeros encadenados no se tambaleaban. Caminaban orgullosamente erguidos. De tanto en cuando intercambiaban algunas palabras en un idioma monosilábico. Tenían una apariencia noble, la cabeza bien formada y un físico perfecto. Los hombres tenían espesas barbas y eran altos y musculosos; las mujeres, más pequeñas y graciosas, eran de cabellera negra como el azabache y la llevaban atada sobre la cabeza. Las facciones de ambos sexos eran bien proporcionadas y no había un solo rostro que pudiera llamarse siquiera vulgar según los cánones terrestres. No usaban adorno alguno; pero más tarde supe que eso se debía a que los habían despojado de todos los objetos de valor. Las mujeres vestían una túnica de una piel moteada, de color claro, similar a la del leopardo. La llevaban alrededor de la cintura, sujeta por una tira de cuero de modo que colgase un poco por debajo de la rodilla de un lado, o bien echada delicadamente por encima del hombro. Calzaban sandalias de piel. Los hombres llevaban un taparrabos hecho de la piel de algún animal peludo, del que colgaban largos pedazos por delante y por detrás que casi rozaban el suelo. En algunos casos al final de estos extremos todavía estaban las garras de la fiera a la que se le había quitado el pellejo.

Nuestros guardianes, a quienes ya describí como hombres parecidos a gorilas, eran de cuerpo más liviano que el del gorila, pero no obstante debían de tener una fuerza imponente. Sus brazos y sus piernas estaban moldeados más de conformidad con los de los seres humanos, pero estaban enteramente cubiertos por un pelaje de color marrón, y en su cara se reflejaba la misma brutalidad que la de aquellos especímenes de gorilas

embalsamados que había visto en los museos.

Su única característica externa favorable era el mayor desarrollo de la cabeza por encima y detrás de las orejas. En este aspecto no eran menos humanos que nosotros. Su atuendo consistía en una túnica de tela ligera que les llegaba hasta las rodillas. Debajo de ella llevaban solamente un taparrabo del mismo material, mientras que a modo de calzado usaban sandalias más bien pesadas, hechas de una gruesa piel de algún gigantesco animal del mundo interior.

Alrededor de los brazos y del cuello llevaban una gran cantidad de adornos de metal, principalmente de plata, y en las túnicas tenían bordadas unas cabezas de diminutos reptiles que formaban extraños dibujos aunque bastante artísticos. Hablaban entre ellos mientras marchaban a nuestro lado, pero en un idioma que difería del que hablaban los prisioneros. Cuando se dirigían a estos usaban lo que parecía ser un tercer lenguaje. Después me enteré de que se trataba de una lengua híbrida, análoga al inglés que hablan los jornaleros chinos.

No tenía ni idea de cuánto habíamos andado, ni Perry tampoco, pues ambos dormitábamos durante horas la mayor parte del tiempo antes de hacer un alto. En ese momento nos desplomamos. He dicho “durante horas”, pero, ¡cómo medir el tiempo, allí, donde el tiempo no existe! Cuando comenzamos la marcha, el sol estaba en el cénit; al detenernos, nuestras sombras aun señalaban hacia el nadir. Si había transcurrido un segundo o una eternidad de tiempo terrestre, era imposible saberlo. Nunca sabré si esa marcha consumió nueve años y once meses de los diez años que permanecí en aquel mundo, o si duró una fracción de segundo. Pero lo que sí sé es que desde que usted me dijo que han pasado diez años desde el inicio de mi viaje, he perdido todo respeto por el tiempo. He empezado a pensar que tal cosa no existe más que en la mente débil y finita de los hombres.



Capítulo IV

Dian la hermosa

Cuando nuestros guardianes nos despertaron de nuestro sueño, estábamos considerablemente descansados. Entonces nos dieron de comer unas lonchas de carne salada, que nos infundieron un nuevo vigor, de modo que nosotros también nos pusimos a andar con la cabeza erguida y el paso firme. Al menos yo lo hacía, pues era joven y orgulloso. Pero el pobre Perry detestaba caminar, tanto que en la tierra le había visto a menudo tomar un taxi para un pequeño recorrido. Ahora lo estaba pagando con creces, y sus vetustas piernas le temblaban tanto que tuve que rodearlo con un brazo y sostenerlo durante el resto de aquel infernal trayecto.

Por fin empezó a variar el paisaje, y comenzamos a subir desde la llanura uniforme por enormes montañas de granito virgen. La vegetación tropical de las tierras bajas era más rala en ese sitio, pero aun allí los efectos del calor y de la luz constante se hacían notar en el tamaño de los árboles y en la lozanía del follaje y de las flores. Arroyos cristalinos corrían torrencialmente entre las rocas, alimentados por las nieves eternas que podíamos ver sobre nosotros. Encima de los picos nevados flotaban grandes masas de nubarrones. Perry me explicó que estos servían al doble propósito de renovar las nieves que se derretían y de protegerlas de los rayos directos del sol.

Para aquel entonces ya teníamos algunas nociones del idioma bastardo en el que nos hablaban los guardias. También había hecho progresos en la lengua un tanto encantadora de nuestros camaradas prisioneros. Inmediatamente delante de mí, en la hilera había una joven. La cadena nos vinculaba en un compañerismo obligado del cual yo, al menos, empecé a disfrutar. Hallé en ella a una complaciente maestra que me enseñó el lenguaje de su tribu y todo lo que ella sabía de la vida y las costumbres del mundo interior.

Me dijo que se llamaba Dian la Hermosa y que pertenecía a la tribu de Amoz, que moraba en los acantilados sobre el Darel Az, o mar poco profundo.

—¿Y cómo llegaste aquí? —le pregunté.

—Estaba huyendo de Jubal el Feo —me contestó, como si con esta explicación todo hubiera quedado aclarado.

—¿Quién es Jubal el Feo? —le pregunté—. ¿Y por qué huías de él?

—¿Y por qué una mujer huye de un hombre? —dijo mirándome sorprendida y respondiendo a mi pregunta con otra.

—No ocurre así en el lugar de donde vengo —contesté—. A veces los persiguen ellas.

Pero no logró entender ni pude hacerla comprender que yo provenía de otro mundo, tan convencida estaba —como tantos de la tierra exterior —de que la creación sólo había producido su especie y al mundo que habitaba.

—Pero —insistí—, háblame de ese Jubal el Feo y de por qué te escapaste para que te encadenaran y te arrastraran por la faz de la tierra.

—Jubal el Feo colocó su trofeo frente a la casa de mi padre. Era la cabeza de un gran tander. Allí permaneció, y ningún trofeo mejor fue puesto a su lado. Supe entonces que Jubal el Feo vendría a tomarme como su compañera. No había nadie tan fuerte como él que me deseara, si no habría matado una bestia mayor y me hubiera ganado. Mi padre ya no es un gran cazador. Una vez lo fue, pero un sadok lo lanzó por el aire y su brazo derecho

nunca recuperó las fuerzas. Mi hermano, Dacor el Fuerte, había ido a las tierras de Sari a raptar una compañera para él. De modo que, como no había nadie, ni padre ni hermano ni amante, que pudiera salvarme de Jubal el Feo, me escapé y me oculté en las colinas que rodean la tierra de Amoz. Allí me hallaron estos sagoths y me tomaron prisionera.

—¿Qué harán contigo? —pregunté—. ¿Adónde nos llevan?

Nuevamente me miró atónita.

—Casi podría creer que vienes de otro mundo —dijo—, pues de otro modo es inexplicable tal ignorancia. ¿Realmente quieres decir que no sabes que los sagoths son los guerreros de los mahars, los terribles mahars que creen ser los dueños de Pellucidar y de todo cuanto camina o crece sobre su superficie, se arrastra y reptan por debajo de ella, nada en los lagos y mares, o vuela por el aire? ¡Lo único que faltaría es que nunca hayas oído hablar de los mahars!

A pesar mío tuve que confesarle que así era, y su desprecio aumentó. Pero no me quedaba otra alternativa si deseaba adquirir conocimientos, así que le confesé abiertamente que ignoraba todo sobre los mahars. Estaba escandalizada, pero hizo lo posible por explicármelo, aunque gran parte de lo que me decía era tan incomprensible para mí como lo hubiera sido el griego para ella. Describía a los mahars principalmente por medio de comparaciones; que en cierto sentido eran como un thipdar y, en otro, lampiños como el lidi.

Lo que pude deducir fue que eran bastante horrendos y que poseían alas y pies con membranas entre los dedos; que vivían en ciudades edificadas bajo tierra, podían nadar bajo el agua durante mucho tiempo y eran sumamente sabios. Los sagoths eran sus armas ofensivas y defensivas, mientras que las razas como la de ella les servían de manos y pies, pues sus individuos eran los esclavos y sirvientes que hacían todo el trabajo manual. Los mahars eran los cabecillas, los cerebros del mundo interior, de modo que yo ansiaba ver aquella raza de superhombres.

Perry aprendió el idioma conmigo. Cada vez que nos deteníamos, aunque parecía que pasaba una eternidad entre alto y alto, se sumaba a la conversación, lo mismo que Ghak el Velludo, quien estaba encadenado inmediatamente delante de Dian la Hermosa. A continuación, en la fila, se encontraba Hooja el Astuto, que también participaba de vez en cuando en la conversación, si bien la mayoría de sus comentarios los dirigía a Dian la Hermosa. No era preciso ser muy observador para adivinar sus intenciones, pero la chica parecía estar totalmente ajena a sus insinuaciones apenas veladas. ¿He dicho apenas veladas? Existe una tribu en Nueva Zelanda o Australia —no recuerdo con exactitud— que demuestran su preferencia por una dama aporreándola con un garrote. En comparación con este método podría llamarse escasamente velado el galanteo de Hooja. Al principio me hizo ruborizar intensamente, aunque había estado en alguno de los lugares menos respetables de Broadway, así como de Viena y Hamburgo.

¡Pero la muchacha era magnífica! Era evidente que se consideraba muy por encima y apartada de quienes la rodeaban. Hablaba conmigo, con Perry y con el parco Ghak porque éramos respetuosos, pero no soportaba ni siquiera ver a Hooja el Astuto, y menos escucharlo, y eso a él le ponía furioso. Después quiso convencer a uno de los sagoths para que trasladara a la chica delante de él, pero el guardia se limitó a darle con la punta de la lanza y decirle que ya había elegido a la chica para él. Pensaba comprársela a los mahars no bien llegaran a Phutra. Phutra, al parecer, era la ciudad hacia donde nos dirigíamos.

Después de pasar la primera cadena montañosa llegamos a un mar salado en el que nadaban innumerables bestias horripilantes. Había unas criaturas parecidas a las focas, cuyo

largo cuello sobresalía más de tres pies de su cuerpo macilento, y cuyas cabezas de serpiente tenían una hendidura en la que se erizaban incontables dientes. También había gigantescas tortugas marinas que chapoteaban entre los otros reptiles y que, según Perry, eran plesiosaurios. No puse en tela de juicio sus afirmaciones, pues podrían haber sido cualquier cosa en lo que a mí concernía.

Dian me informó que eran tandorazes, o tandors de mar, y que los otros reptiles más feroces que ocasionalmente emergían de las profundidades para combatir con los primeros, eran azdyryths, o dyryths marinos. Perry les llamaba ictiosaurios. Se asemejaban a la ballena, aunque con cabeza de cocodrilo.

Yo me había olvidado de la escasa geología que había estudiado en el colegio. Casi lo único que me había quedado era la impresión de horror que me habían causado las ilustraciones de los monstruos prehistóricos restaurados, y la firme convicción de que cualquier individuo que dispusiese de un fósil y mucha imaginación podía “restaurar” el monstruo paleolítico que le diera la gana y destacarse como paleontólogo de primera. Pero cuando vi con mis propios ojos aquellos cuerpos lustrosos que brillaban a la luz del sol y que movían sus enormes cabezas, cuando vi que el agua chorreaba por sus sinuosas pieles y formaba diminutas cataratas mientras surcaban el mar ya fuera en la superficie o medio sumergidos, cuando los vi luchar con sus fauces abiertas, bufando y gruñendo, en su enorme belicosidad, me di cuenta de lo fútil que es la imaginación del hombre comparada con el increíble genio de la naturaleza.

Pero Perry estaba fuera de sí, según él mismo me dijo.

—David —dijo, después que hubimos bordeado aquel espantoso mar durante largo rato—. David, he enseñado geología y creía en lo que enseñaba; pero ahora sé que me engañaba, que es imposible creer en tales cosas sin verlas con mis propios ojos. Damos por sentadas cosas quizás porque nos las repiten una y otra vez, y no tenemos manera de comprobarlas. Como ocurre con las religiones, por ejemplo; pero en realidad no creemos en ellas, sólo nos imaginamos que creemos. Si alguna vez vuelves al mundo exterior, verás que los paleontólogos y los geólogos son los primeros en tildarte de embustero, pues están seguros de que ninguno de los animales que restauraron realmente existió. Está bien imaginar que existieron en una época imaginaria... pero ¿ahora? ... ¡Uf!

En el descanso siguiente Hooja el Astuto logró arrimarse bastante cerca de la joven. Estábamos todos de pie, y cuando se acercó a la chica ésta le dio en la espalda de un modo tan terrenalmente femenino que apenas pude reprimir una sonrisa. Pero no duró mucho, pues en ese instante la mano de Hooja se posó sobre el brazo desnudo de la muchacha para atraerla violentamente hacia sí.

Yo no estaba en ese momento familiarizado con las costumbres y la ética propia de Pellucidar, pero aun así no me fue necesaria la mirada de aprensión que me echó la muchacha con sus espléndidos ojos para instarme a tomar medidas. No me detuve a indagar cuales eran las intenciones del Astuto, y antes de que la asiera con la otra mano le propiné un derechazo en la punta del mentón que lo tumbó allí mismo.

Un coro de aprobación se levantó entre los prisioneros y sagoths que habían presenciado el breve suceso, pero más tarde me enteré de que no había sido por defender a la muchacha, sino por la manera hábil y para ellos sorprendente en que me había enfrentado a Hooja.

¿Y la chica? Al principio me miró con los ojos desorbitados y asombrados, y luego bajo la cabeza con la cara ladeada y las mejillas teñidas de un leve rubor. Durante unos momentos se quedó en silencio en esa posición y después levantó la cabeza y me volvió la

espalda como lo había hecho con Hooja. Algunos de los prisioneros se rieron; vi que el semblante de Ghak el Velludo se tornaba sombrío y me lanzaba una mirada penetrante, y, por lo que podía ver, las mejillas de Dian habían pasado del rojo al blanco.

Proseguimos la marcha de inmediato, y, aunque comprendí que había ofendido a Dian de alguna manera, no logré que me explicara en que había errado. Es más: lo mismo me hubiera dado estar hablando con una pared por la respuesta que recibí. Al final, mi propio y recio orgullo se interpuso y me disuadió de seguir intentando nada más. De este modo, la relación que había entablado y que, sin darme cuenta, tanto me importaba, se cortó. De allí en adelante me limité a hablar con Perry. Hooja no insistió más con la chica ni se aventuró a acercarse a mí.

Nuevamente la marcha extenuante y aparentemente inacabable se convirtió en una pesadilla. Cuanto más me daba cuenta de la trascendencia que tenía para mí la amistad de la muchacha, más la anhelaba y más inexpugnable se volvía la barrera de tonto orgullo. Pero yo era muy joven y no quería pedirle a Ghak que me diera la explicación que sin duda me podía dar y que hubiera rectificado toda la situación.

Durante la marcha y en los descansos, Dian se negó en todo momento a fijarse en mí. Cuando sus ojos se dirigían hacia donde yo estaba, miraba por encima de mi cabeza o directamente a través de mí. Al final comencé a desesperarme y decidí dejar a un lado mi amor propio y suplicarle que me dijese en que la había ofendido y como podía reparar la afrenta. Resolví hacerlo en el siguiente alto. Nos aproximábamos en ese momento a otra cadena montañosa, pero cuando llegamos, en lugar de cruzar por algún paso elevado, entramos por un gran túnel natural, una serie de grutas laberínticas, oscuras como el Erebus.

Los guardias no poseían antorchas ni medio de iluminación de ningún tipo. En realidad, desde nuestra llegada a Pellucidar no habíamos visto luz artificial ni señales de fuego. En una tierra donde el mediodía es eterno no hace falta ninguna otra luz al aire libre, pero me asombró que carecieran de otros medios para iluminar el camino a través de estos sombríos pasajes subterráneos. Avanzamos muy lentamente, trastabillando y tropezándonos. Los guardias entonaban una especie de cántico delante de nosotros, en el que intercalaban de vez en cuando ciertas notas más agudas que servían para advertirnos de los lugares más escabrosos o donde el camino se torcía.

Los altos eran ahora más frecuentes, pero no quería hablarle a Dian hasta poder ver en su rostro como reaccionaba ante mis disculpas. Al fin, una tenue claridad más adelante nos anunció que el túnel llegaba a su término, por lo que al menos yo me sentí inmensamente aliviado. Entonces, después de una curva repentina, salimos a plena luz del día.

Pero al mismo tiempo me percaté de algo que me significó una verdadera catástrofe: Dian ya no estaba, así como tampoco otra media docena de prisioneros. Los guardias también lo advirtieron y montaron en una terrible cólera. Sus espantosas caras se crisparon en muecas diabólicas mientras se acusaban mutuamente de ser responsables de la pérdida. Finalmente se arrojaron sobre nosotros, golpeándonos con los astiles de sus lanzas y sus hachas. Habían ya dado muerte a dos, y probablemente hubieran acabado con todos, cuando el jefe intervino y puso fin a la brutal matanza. Nunca en mi vida había presenciado una exhibición tan horrenda de ira bestial, y agradecí a Dios que Dian no hubiera estado allí para soportarla.

De los doce prisioneros que estaban encadenados delante de mí, seis habían sido liberados alternadamente, comenzando por Dian. Hooja se había fugado. Ghak aún estaba.

¿Qué significaba? ¿Cómo había sucedido? El comandante de los guardias estaba investigando y pronto descubrió que las toscas cerraduras de las argollas que ceñían nuestros cuellos habían sido hábilmente forzadas.

—Hooja el Astuto —musitó Ghak, quien ahora estaba junto a mí en la fila—. Se ha llevado a la muchacha a quien tú rechazaste —prosiguió mirándome de soslayo.

—¿Que yo rechacé! —exclamé—. ¿Qué quieres decir?

Me miró detenidamente durante unos instantes.

—He puesto en duda tu historia de que vienes de otro mundo —dijo al fin—, pero no hay otro modo de explicar tu ignorancia con respecto a las costumbres de Pellucidar. ¿Realmente no sabes que has ofendido a la Hermosa, y de qué manera?

—No tengo ni idea, Ghak —repuse.

—Entonces te lo diré. Cuando un hombre de Pellucidar se interpone entre otro hombre y la mujer que éste desea, la mujer corresponde al vencedor. Dian la Hermosa es tuya. Deberías haberla aceptado o haberla dejado en libertad. Si la hubieras tomado de la mano, eso hubiera significado que deseabas desposarla, y si hubieras alzado su mano por encima de su cabeza para luego dejarla caer, habría significado que no la querías como tu compañera y que la liberabas de toda obligación hacia ti. Al no hacer ninguna de las dos cosas la has ofendido de la peor forma que un hombre puede ofender a una mujer. Ahora es tu esclava. Ningún hombre la desposará, ni puede hacerlo sin perder el honor mientras no te derrote en combate. Los hombres no desposan esclavas, al menos no en Pellucidar.

—No lo sabía, Ghak —exclamé—. No lo sabía. Por nada del mundo hubiera hecho daño a Dian la Hermosa ni de palabra, ni con la mirada, ni con acto alguno. No la quiero como esclava. No la quiero como...

Pero aquí me detuve. La visión de aquel rostro dulce e inocente flotaba ante mí en medio de la suave neblina de la imaginación. Aunque sólo me aferraba al recuerdo de una tierna amistad perdida, ahora me parecía desleal por mi parte decir que no deseaba a Dian la Hermosa como esposa. No había pensado en ella sino como una amiga grata en un mundo desconocido y cruel. Aun en ese momento no creía amarla. Creo que Ghak leyó la verdad más en mis ojos que en mis palabras, pues inmediatamente puso una mano en mi hombro.

—Hombre de otro mundo —dijo—, te creo. Los labios pueden decir mentiras, pero cuando el corazón habla a través de los ojos no dice más que la verdad. Tu corazón me ha hablado. Sé ahora que no has tenido intención de ofender a Dian la Hermosa. No es de mi tribu, pero su madre es hermana mía. Ella lo ignora. Su madre fue raptada por su padre cuando este vino con otros hombres de la tribu de Amoz a arrebatar nuestras mujeres, las más hermosas mujeres de Pellucidar. En aquel entonces su padre era rey de Amoz, y su madre era hija del rey de Sari, a quien yo, su hijo, he sucedido en el trono. Dian es de linaje real, aunque su padre ya no es rey desde que se enfrentó con el sadok y Jubal el Feo le quitó el trono. Debido a su ascendencia, el mal que le has hecho se ha agrandado ante los ojos de todos los que te vieron. Ella no te perdonará jamás.

Le pregunté a Ghak si no había alguna forma de liberarla de la esclavitud y la ignominia a la que inconscientemente la había sometido.

—Si alguna vez la encuentras, sí —me respondió—. Simplemente tienes que alzar su mano en presencia de otros y luego dejarla caer. ¿Pero cómo la encontrarás ahora, si tú también estás destinado a una vida de esclavitud en Phutra, la ciudad enterrada?

—¿No hay escapatoria posible? —le pregunté.

—Hooja el Astuto se fugó y se llevo a otros consigo —me respondió Ghak—. Pero

no hay más lugares oscuros en el camino a Phutra, y una vez allí no es tan fácil: los mahars son muy precavidos. Aun cuando alguien pudiera huir de Phutra, tendría que enfrentarse con los thipdars, y entonces... No, nunca te escaparás de los mahars.

Era una alegre perspectiva. Le pregunté a Perry qué pensaba del asunto, pero se limitó a encogerse de hombros y a seguir con una prolongada plegaria que había empezado un rato antes. Había tomado por costumbre afirmar que el único punto favorable de nuestro cautiverio era el tiempo de sobra que tenía para improvisar oraciones, lo que se estaba convirtiendo en una obsesión para él. Los sagoths habían empezado a tomar nota de esa costumbre suya de pasar largos trayectos declamando en voz alta. Uno le preguntó qué decía, a quién le hablaba. Su pregunta me dio una idea, y contesté rápidamente antes de que Perry pudiera abrir la boca.

—No hay que interrumpirle —dije—. Es un hombre muy santo en el mundo de donde vinimos. Habla con espíritus que no se pueden ver; no lo interrumpas o saltarán sobre ti desde el aire y te harán pedazos... ¡así!:

Y di un brinco hacia el guardia, al tiempo que gritaba un “¡Uh!”, que lo hizo trastabillar.

Me di cuenta de que era arriesgado, pero si podía sacarle algún provecho a la inofensiva manía de Perry, quería hacerlo mientras aún tuviera esa posibilidad. Y funcionó a las mil maravillas. Los sagoths nos trataron con marcado respeto durante el resto del viaje, y luego transmitieron la información a sus amos, los mahars.

Hubo dos descansos más después de aquel episodio, y a la sazón llegamos a la ciudad de Phutra, cuya entrada estaba marcada por dos altas torres de granito que resguardaban una escalinata que conducía a la ciudad enterrada. Los sagoths montaban guardia tanto allí como en un centenar o más de torres dispersas sobre una vasta planicie.





"...vi por primera vez a la raza que dominaba el mundo interior e involuntariamente retrocedí..." (Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo V

Esclavos

Mientras descendíamos por las amplias escaleras que llevaban a la avenida principal de Phutra, vi por primera vez a la raza que dominaba el mundo interior e involuntariamente retrocedí ante la criatura que se acercó a inspeccionarnos. Sería imposible imaginar algo más horroroso. Los omnipotentes mahars de Pellucidar son grandes reptiles de unos dos o tres pies de largo, de cabeza alargada y angosta y grandes ojos redondos. Tienen la boca en forma de pico y dientes largos y afilados; el dorso de sus cuerpos de lagarto está recorrido, desde el cuello hasta el extremo de la cola, por unas protuberancias óseas semejantes a los dientes de una sierra. Los pies constan de tres dedos unidos entre sí por membranas, mientras que de las patas delanteras sobresalen unas alas membranosas en un ángulo de 45 grados, unidas al cuerpo cerca de las patas traseras, que terminan en punta casi un pie por encima del cuerpo.

Eché una mirada de reojo a Perry mientras aquel ser pasaba a mi lado y nos inspeccionaba. El anciano observaba fijamente a la horrible criatura con los ojos desorbitados y cuando ésta pasó de largo se volvió hacia mí.

—Un ramforinco del Olítico Medio, David —dijo—, pero, ¡por Dios, qué enorme! Los restos más grandes descubiertos por el hombre nunca fueron de un tamaño mayor que el de una vaca.

Mientras atravesábamos la avenida principal de Phutra vimos muchos miles de criaturas dedicadas a sus tareas cotidianas, las cuales nos prestaron escasa atención. Phutra está edificada bajo tierra con una regularidad que indica una notable maestría arquitectónica. Está hecha de piedra caliza sólida. Las calles son anchas y de una altura uniforme de unos veinte pies. De forma regular, unos tubos atraviesan el techo de la ciudad subterránea y, mediante lentes y reflectores, transmiten la luz solar, amortiguada y difusa, para disipar lo que de otro modo sería una oscuridad total. Además, cumplen la función de suministrar aire.

Perry y yo fuimos llevados, junto con Ghak, a un amplio edificio público donde uno de los sagoths que había integrado la escolta le explicó a un funcionario mahar las circunstancias de nuestra captura. El método de comunicación entre ambos era de lo más singular, pues no intercambiaban ninguna palabra hablada, sino que empleaban una especie de idioma por señas. Después supe que los mahars no poseen oídos ni, por consiguiente, un lenguaje hablado. Perry dedujo que entre ellos se comunican por medio de lo que debe ser un sexto sentido que pertenece a una cuarta dimensión.

Nunca llegué a comprenderlo del todo, aunque se empeñó en explicármelo en repetidas ocasiones. Yo sugerí que se trataba de telepatía, pero él me dijo que no era eso, ya que sólo podían comunicarse cuando unos estaban en presencia de otros, y que no podían hablar con los sagoths ni con los demás habitantes de Pellucidar por el mismo medio.

—Lo que hacen —dijo Perry—, es proyectar sus pensamientos en la cuarta dimensión, donde el sexto sentido de quienes los escuchan pueden captarlos. ¿Me explico?

—En absoluto, Perry —le respondí.

Movió la cabeza con desesperación y volvió a su trabajo. Nos habían puesto a trasladar una gran cantidad de literatura mahar de una habitación a otra, para luego ordenarla en los estantes. Pensé y así se lo dije a Perry, que estábamos en la biblioteca

pública de Phutra; pero, más adelante, a medida que fue descifrando la clave del lenguaje escrito, me aseguró que se trataba de los antiguos archivos de la raza.

Durante este periodo pensé constantemente en Dian la Hermosa. Evidentemente me alegraba de que hubiera podido escapar de los mahars y del destino que le esperaba en manos del sagoth que había manifestado su propósito de comprarla. Me preguntaba a menudo si la pequeña partida de fugitivos habría sido alcanzada por los guardias que volvieron a buscarlos. A veces no sabía si no hubiera sido mejor que Dian estuviera allí, en Phutra, antes que a merced de Hooja el Astuto.

Ghak, Perry y yo hablábamos con frecuencia de una posible fuga, pero el sari estaba tan aferrado a su convicción de que nadie podía huir de Phutra, a menos que ocurriese un milagro, que no nos era muy útil. Su actitud era la de quien espera que el milagro se produzca solo.

Según propuse, Perry y yo nos hicimos unas espadas con unos pedazos de hierro viejo que encontramos entre la chatarra que había en las celdas donde dormíamos, pues teníamos una libertad de acción casi ilimitada dentro del recinto del edificio al cual estábamos asignados. Había tal número de esclavos para servir a los habitantes de Phutra que ninguno de nosotros tenía que trabajar en exceso, ni éramos maltratados por nuestros amos.

Escondimos nuestras armas debajo de las pieles que nos servían de lecho, y luego Perry concibió la idea de construir arcos y flechas, armas que aparentemente eran desconocidas en Pellucidar. Después necesitamos escudos, pero resultaba más sencillo robar estos de las paredes de la sala de guardias externa del edificio.

Habíamos concluido estos preparativos para defendernos en cuanto saliéramos de Phutra, cuando los sagoths que habían salido a dar caza a los prisioneros fugados volvieron con cuatro de ellos entre los que se encontraba Hooja. Dian y los otros dos habían conseguido eludirlos. Dio la casualidad de que Hooja fue confinado al mismo edificio que nosotros, y le dijo a Ghak que no había vuelto a ver a Dian ni a los otros después de haberlos soltado dentro de la oscura gruta. No tenía ni la más remota idea de lo que les pudiese haber acontecido, si bien tal vez estuvieran aun vagando perdidos en medio de aquel túnel laberíntico o muertos ya de hambre.

Mi aprensión por Dian aumentó aun más, y en ese momento supongo, fue cuando me di cuenta de que mi afecto por la muchacha surgía de algo más que de la amistad. Durante las horas de vigilia ella ocupaba constantemente mis pensamientos y, cuando dormía, su tierno rostro rondaba mis sueños. Estaba más decidido que nunca a escapar de los mahars.

—Perry —le confié un día al anciano—, si es preciso buscaré en cada pulgada cuadrada de este mundo diminuto hasta dar con Dian la Hermosa y subsanar el mal que le he hecho.

Aquella fue la excusa que le di a Perry.

—¡Mundo diminuto! —respondió con sorna—. No sabes lo que dices, muchacho.

A continuación extrajo un mapa de Pellucidar que había descubierto en el manuscrito que estaba ordenando.

—Mira —me señaló—, esto es agua, evidentemente, y todo esto es tierra. ¿Notas la configuración de las dos zonas? Donde hay mar en la superficie exterior, aquí hay tierra. Estas áreas relativamente pequeñas de océanos siguen los contornos generales de los continentes de la corteza de nuestro mundo. Sabemos que la corteza terrestre tiene quinientas millas de espesor; luego el diámetro interior de Pellucidar debe ser de siete mil

millas, y la superficie de unas 165.480.000 millas cuadradas. Tres cuartos corresponden a la tierra. ¡Piensa en ello! ¡Una superficie terrestre de 124.110.000 millas cuadradas! Nuestro mundo no tiene más de 53 millones, y el resto está cubierto de agua. Así como a menudo comparamos a los países por sus superficies relativas, de la misma manera podemos comparar a estos dos mundos y nos encontramos con la extraña anomalía de uno grande dentro de otro más pequeño. ¿Dónde buscar en Pellucidar a Dian, entonces? Sin estrellas, ni luna, ni un sol cambiante, ¿cómo hallarla aun cuando supieras dónde puede estar?

La teoría me deshizo y quedé sin aliento; pero sentí que se redoblaba mi afán de encontrarla.

—Si Ghak nos acompaña tal vez lo logremos —dije.

Perry y yo fuimos a buscarle y le preguntamos directamente.

—Ghak —le dije—, estamos decididos a escapar de esta esclavitud. ¿Nos acompañarás?

—Nos echarán encima a los thipdars —dijo vacilante—, y nos matarán. Sin embargo... me arriesgaría si existiera la posibilidad de huir y volver con los míos.

—¿Podrías encontrar el camino de regreso a tu tierra? —le preguntó Perry—. ¿Y podrías ayudar a David a buscar a Dian?

—Sí.

—¿Pero cómo puedes viajar a un país extranjero sin cuerpos celestes ni brújula para guiarte? —insistió Perry.

Ghak no sabía qué eran cuerpos celestes ni brújulas, pero aseguró que se podría llevar a cualquier hombre de Pellucidar con los ojos vendados hasta el rincón más recóndito del mundo, y que sabría regresar a su casa por el camino más directo. Le sorprendió que eso nos maravillara. Perry dijo que debía de ser un instinto similar a aquel que poseían las palomas mensajeras. Yo no sabía con exactitud de que se trataba, pero él me dio una somera idea.

—Entonces, ¿es posible que Dian haya vuelto directamente a reunirse con su gente? —pregunté.

—Sin duda —respondió Ghak—, a menos que alguna fiera la haya matado.

Yo estaba a favor de intentar la fuga cuanto antes, pero tanto Perry como Ghak aconsejaron esperar un momento más propicio para asegurarnos una mayor posibilidad de éxito. No veía qué accidente podía acaecerle a una comunidad entera en una tierra donde siempre hay un perpetuo mediodía y los habitantes carecen de horas específicas para dormir. Tenía la certeza de que algunos de los mahars nunca dormían, mientras que otros, durante largos lapsos, se arrastraban hacia los oscuros recovecos debajo de sus viviendas y se acurrucaban en prolongado sueño. Perry afirmaba que si un mahar permanecía despierto durante un año, después podía recuperar el sueño perdido en una siesta de un año. Puede que sea verdad, pero yo no vi más que a tres de ellos durmiendo, y fue justamente este hecho el que me inspiró una idea para nuestra fuga.

Había estado investigando en los niveles inferiores donde no se permitía ir a los esclavos, a unos cincuenta pies por debajo de la planta baja del edificio. Allí, en medio de una red de pasillos y departamentos, me topé inesperadamente con tres mahars que dormían acurrucados en un lecho de pieles. Al principio los creí muertos, pero después su respiración regular me convenció de mi error. De repente se me ocurrió la maravillosa oportunidad que ofrecían aquellos reptiles dormidos de eludir la vigilancia de nuestros amos y de los guardias sagoths.

Volví a toda prisa a donde estaba Perry absorto en el estudio de una pila de

jeroglíficos, que para mí eran incomprensibles, y le expliqué mi plan. Para mi sorpresa, se mostró escandalizado.

—Sería un asesinato, David —exclamó.

—¿Un asesinato, matar a un reptil monstruoso? —pregunté atónito.

—Aquí no son monstruos, David —me respondió—. Aquí son la raza dominante. Nosotros somos los “monstruos”, la especie más baja. En Pellucidar la evolución ha avanzado de otra forma que en la corteza exterior. Las terribles convulsiones de la naturaleza que se sucedieron una y otra vez extinguieron las especies existentes. De no ser por eso, algún monstruo de la era Saurozoica podría estar en este momento reinando en nuestro mundo. Aquí vemos lo que pudo haber ocurrido en nuestra historia si las condiciones se hubieran dado del mismo modo. La vida en Pellucidar es mucho más reciente que afuera. Aquí, el hombre ha llegado a una etapa análoga a la de la Edad de Piedra en la historia de nuestra humanidad, pero durante incontables millones de años estos reptiles han estado evolucionando. Posiblemente sea el sexto sentido que estoy seguro que poseen, lo que les ha dado una ventaja sobre los demás animales más fuertemente armados, aunque tal vez eso no lo sepamos nunca. Nos miran como nosotros miramos a los animales campestres, y leyendo estos archivos me he enterado de que los mahars se alimentan de hombres. Los guardan en grandes rebaños, tal y como nosotros hacemos con nuestro ganado. Los crían con sumo cuidado, y cuando engordan lo suficiente los matan y se los comen.

Me estremecí.

—¿Qué tiene de horrible, David? —preguntó el anciano—. No nos entienden a nosotros más de lo que nosotros entendemos a las especies inferiores de nuestro mundo. Fíjate, me he encontrado aquí con tratados científicos sobre si los gilaks —es decir, los hombres —tienen algún medio de comunicación. Algunos alegan que ni siquiera razonamos, que nuestros actos son puramente mecánicos o instintivos. La raza dominante de Pellucidar, David, aun no sabe que los hombres conversan entre sí y que razonan. Al no hablar como ellos, no pueden imaginar que lo hagamos de otro modo. Es la misma lógica que aplicamos nosotros con las bestias de nuestro mundo. Saben que los sagoths poseen un lenguaje hablado, pero no lo pueden comprender, ni saben siquiera como se manifiesta, ya que no poseen aparato auditivo. Creen que sólo con los movimientos de los labios transmiten la idea. El hecho de que los sagoths puedan comunicarse con nosotros es incomprensible para ellos. Sí, David, tu plan sería un asesinato.

—Muy bien, Perry —repliqué—. Entonces me convertiré en un asesino.

Revisamos el plan cuidadosamente y, por algún motivo que no entendí claramente, insistió en que describiera minuciosamente los pasillos y departamentos que acababa de explorar.

—Me pregunto, David —dijo al fin—, si ya que estás decidido a llevar a cabo tu descabellado proyecto, no podríamos también hacer algo permanente y auténtico en beneficio de la población humana de Pellucidar. Escucha, he aprendido muchas cosas sorprendentes en estos archivos de los mahars. Para que puedas apreciar mejor mi plan, te haré un breve resumen de la historia de su raza. En una época, eran los machos los que gobernaban, pero hace mucho tiempo que las hembras, poco a poco, tomaron el poder. A lo largo de los años, no hubo ningún cambio notable en la raza de los mahars, y éstos siguieron progresando bajo la dirección hábil y provechosa de las hembras. La ciencia avanzó a grandes pasos. Esto ocurrió principalmente con las ciencias que conocemos nosotros como biología y eugenesia. Finalmente, cierta científica mahar anunció que había

descubierto un método mediante el cual los huevos podían ser fertilizados químicamente después de puestos, pues, como sabes, todos los reptiles nacen de huevos. ¿Qué ocurrió? Inmediatamente dejó de ser necesario que existieran machos. La raza ya no dependía de ellos. Y así siguió pasando el tiempo hasta hoy, en que encontramos una raza formada exclusivamente por hembras. Pero este es el punto capital. El secreto de esa fórmula química lo guarda una sola raza de mahars, que es precisamente la que habita la ciudad de Phutra; y a menos que me equivoque de medio a medio, por tu descripción de las bóvedas que viste hoy, deduzco que se halla oculta en el sótano de este edificio. Hay dos motivos para guardarla con tanto celo. Primero, porque de ella depende la misma vida de los mahars; y, segundo, porque cuando se tenía acceso a ella públicamente había tantos que experimentaban con ella que se corría el riesgo de la superpoblación. David, si podemos huir y llevar con nosotros ese tremendo secreto, ¡qué es lo que no habremos hecho por la raza humana de Pellucidar!

Sólo pensar en ello me abrumaba. Nosotros dos nos encargaríamos de darles a los hombres del mundo interior su lugar debido entre los seres vivos. Solamente los sagoths se interpondrían entonces entre ellos y la supremacía absoluta, y no estaba seguro de que los sagoths no debiesen todo su poder a la inteligencia superior de los mahars. No podía creer que aquellos animales con aspecto de gorilas fueran superiores mentalmente a la raza humana de Pellucidar.

—¡Claro, Perry —exclamé—, tú y yo juntos podemos rescatar un nuevo mundo! Podemos guiar a la raza humana desde las tinieblas de su ignorancia hacia la luz del progreso y la civilización. Con tan sólo un paso podemos trasladarlos de la Edad de Piedra al siglo veinte. Es maravilloso pensar en ello.

—David —dijo el anciano—, creo que Dios nos ha enviado aquí justamente con ese propósito. Dedicaré mi vida a enseñarles Su palabra, a guiarlos hacia la luz de Su misericordia mientras los instruimos para que usen su corazón y sus manos en bien de la civilización y la cultura.

—Tienes razón, Perry —dije—, y mientras les enseñas a rezar yo les enseñare a luchar, y entre ambos haremos una raza que constituirá nuestra honra.

Ghak había entrado en la habitación un rato antes de que concluyera nuestra conversación, y ahora quería saber por que estábamos tan entusiasmados. Perry pensó que era conveniente no contarle demasiado, de modo que me limité a decirle que tenía planeada la fuga. Cuando le di a conocer el plan, a grandes rasgos, pareció estar tan horrorizado como Perry, pero por otro motivo. Ghak el Velludo pensaba solamente en el terrible destino que nos aguardaba si nos descubrían, pero finalmente logré convencerle de que aceptase mi plan como el único posible, y cuando le aseguré que yo tomaría toda la responsabilidad en caso de que nos capturasen, aceptó, aunque de mala gana.



Capítulo VI

El comienzo del horror

En Pellucidar, un momento da lo mismo que otro. No había noches para cubrir nuestra tentativa. Todo debía hacerse a plena luz del día, todo menos el trabajo que tenía que hacer debajo del edificio. Decidimos, por lo tanto, poner en práctica el plan lo antes posible para que los mahars que lo hacían factible no se despertasen antes de que llegásemos hasta ellos; pero enseguida nos llevamos una desilusión, pues apenas descendimos al piso principal del edificio con destino a las bóvedas inferiores, nos topamos con varios grupos de esclavos que salían del edificio empujados bruscamente por escoltas de sagoths hacia la avenida.

Otros sagoths corrían de un lado a otro buscando esclavos, y en el momento en que aparecimos saltaron sobre nosotros y nos incorporaron a las filas de humanos.

Ignorábamos cuál era el objeto o la naturaleza de aquel éxodo general, pero poco a poco empezó a correr en la hilera de esclavos el rumor de que dos de los fugitivos habían sido capturados. Eran un hombre y una mujer, y nos llevaban a presenciar su castigo, ya que el hombre había dado muerte a un sagoth del destacamento que los había perseguido y apresado.

Con esta noticia se me subió el corazón a la garganta, pues estaba seguro de que eran los dos que habían huido en la oscura gruta con Hooja el Astuto, y que Dian era la mujer. Ghak y Perry también pensaron lo mismo.

—¿No podemos hacer nada para salvarla? —le pregunté a Ghak.

—Nada —respondió.

Marchamos por la atestada avenida. Los guardias nos trataban con una crueldad inusitada, como si nosotros también fuésemos culpables del asesinato de su compañero. El evento se efectuaba para darles una lección a todos los demás esclavos y hacerles ver el peligro y la inutilidad de intentar escapar, así como las fatales consecuencias de quitarle la vida a un ser superior. Por eso imagino que los sagoths se sentían con sobrado derecho de hacer que todo el asunto fuera lo más desagradable y doloroso posible.

Nos pinchaban con sus lanzas y nos golpeaban con sus hachas a la menor provocación, e incluso sin que mediase provocación alguna. Fue una media hora de lo más incómoda, hasta que finalmente nos empujaron a través de una entrada baja que daba a un edificio gigantesco cuyo centro había sido convertido en una amplia arena. Este espacio abierto estaba rodeado de bancos por todos los lados menos por uno, donde estaban apiladas unas enormes piedras que llegaban en forma escalonada hasta el techo.

Al principio no pude deducir para qué servía aquella imponente pila de rocas, a menos que sirviera de fondo rústico y pintoresco para las escenas que se desarrollaban en la arena. Pero al poco tiempo, cuando los bancos de madera estaban casi llenos de esclavos y sagoths, advertí el propósito de aquellas piedras, pues los mahars empezaron a desfilar por la entrada.

Marchaban directamente a través de la arena hacia las rocas del otro extremo, donde desplegaron sus alas de murciélago y se elevaron por encima de la alta pared que rodeaba el pozo hasta ubicarse en la cima de las piedras, que resultaron ser los asientos reservados, los palcos de los elegidos.

Como eran reptiles, la áspera superficie de la roca les resultaba tan suntuosa como

el terciopelo o el tapizado para nosotros. Se acomodaban allí, parpadeando con sus ojos horribles, y sin duda conversaban entre ellos en su idioma de sexto sentido y cuarta dimensión.

Por primera vez vi a la reina. No parecía diferir de los otros en nada que pudiera discernir mi ojo de humano, pues en realidad todos los mahars, a mi parecer, se asemejaban. Pero cuando cruzó la arena después del resto de sus súbditos femeninos, fue precedida por una gran cantidad de enormes sagoths, los más grandes que había visto, y acompañada a cada lado por dos gigantescos thipdars, mientras que detrás la seguía otra escolta de guardias sagoths.

Al llegar a la barrera los sagoths treparon con agilidad simiesca, mientras que la altiva reina se elevó con sus alas, con dos de aquellos impresionantes dragones cerca de ella, y se situó en la roca de mayor tamaño que estaba exactamente en el centro de la parte del anfiteatro que correspondía a la raza dominante. Y allí se quedó en cuclillas aquella reina de lo más repulsiva y desagradable; aunque seguramente tan convencida de su belleza y de su derecho divino a reinar como el más orgulloso monarca del mundo exterior.

Entonces empezó la música, pero ¡una música sin sonido! Los mahars no pueden oír, por lo que los tambores, las flautas y los cuernos de las bandas terrestres eran desconocidos por ellos. La “banda” consistía en veinte mahars o más, que desfilaban por el centro de la arena de modo que las criaturas que estaban sobre las piedras pudieran verlos; allí actuaron durante quince o veinte minutos.

La técnica consistía en mover la cola y la cabeza en una sucesión regular de movimientos rítmicos cuyo resultado era una cadencia que evidentemente complacía tanto a la vista de los mahars como nuestra música instrumental complace a nuestros oídos. De tanto en cuanto la banda daba pasos medidos al unísono hacia un lado u otro, o hacia atrás y adelante. A mí eso me parecía absurdo y carente de sentido; pero al concluir la primera pieza, los mahars situados en lo alto de las rocas dieron las primeras muestras de entusiasmo que yo les veía manifestar. Batieron las alas de arriba a abajo y golpearon con la cola sus asientos rocosos hasta hacer temblar la tierra. Luego, la banda comenzó otra pieza y todo volvió a quedar en silencio como una tumba. La música de los mahars tenía eso de positivo: si a uno no le gustaba, bastaba con cerrar los ojos.

Cuando la banda hubo terminado con su repertorio levantó el vuelo y se sentó en las rocas alrededor de la reina. En ese momento empezó la función. Un par de guardias empujaron a un hombre y una mujer al interior de la arena, y entonces me incliné hacia delante para escrutar a la mujer, rogando que no fuera Dian la Hermosa. Al principio estaba de espaldas a mí y su espesa cabellera negra como el azabache me llenó de alarma.

De repente se abrió una puerta de uno de los costados de la arena y entró un enorme animal de características bovinas.

—Un bos —susurró Perry, excitado—. Esta especie vivió en la corteza exterior, junto con el oso de las cavernas y el mamut, hace mucho tiempo. Hemos vuelto atrás un millón de años, David, hasta la infancia del planeta. ¿No es increíble?

Pero lo único que veía yo era el pelo negro de una muchacha semidesnuda y mi corazón se detuvo angustiado mientras la miraba. Poco me importaban las maravillas de la naturaleza. De no ser por Perry y Ghak que me sujetaban, hubiera saltado a la arena para compartir lo que el destino le deparara a aquella inapreciable joya de la edad de piedra.

Al entrar el bos —al que en Pellucidar llaman thag —arrojaron dos lanzas a los pies de los prisioneros. Me pareció que una honda hubiera sido tan eficaz contra semejante bestia como esas miserables armas.

Mientras el animal se aproximaba, bufando y bramando con la fuerza de varios toros, otra puerta se abrió directamente debajo de nosotros y de ella salió el rugido más tremebundo que jamás hayan percibidos mis oídos. Al principio no pude ver al animal que profería aquel temible desafío, pero surtió el efecto de hacer girar bruscamente a las dos víctimas hacia el lugar de donde provenían, y entonces pude ver el rostro de la muchacha... ¡que no era Dian!; casi lloré de alivio.

Mientras los dos se quedaban helados de terror, el ser que había emitido aquel rugido se fue deslizado cautelosamente ante la vista de todos. Era un tigre enorme, como los que acechaban en las antiguas junglas, cuando el mundo era aún joven. Por su figura y color no era distinto del más auténtico de los tigres de Bengala de nuestra tierra, pero así como sus dimensiones eran exageradamente colosales, también sus colores eran exageradamente chillones. El amarillo era vivo e intenso; el blanco el del plumón del pato, y el negro era brillante como el más fino carbón de antracita. Su pelaje era largo y espeso como el de una cabra montañesa, y sin duda era un animal hermoso. Pero si sus colores y tamaño resultaban exagerados en Pellucidar, lo mismo ocurría con la ferocidad de su temperamento. No solamente era miembro de una especie que se alimenta de seres humanos —aunque en Pellucidar prácticamente todas se alimentan de seres humanos— sino que no se limitan sólo a comer hombres, pues no existe carne de ningún tipo que no sean capaces de comer con gusto en su continuo afán de dar a su gigantesco cuerpo el suficiente sustento como para mantener en forma sus poderosos músculos.

De un lado de la pareja condenada avanzaba bramando el thag, y del otro acechaba el tarag con las fauces abiertas y babeando.

El hombre cogió las lanzas y le dio una a la mujer. Los rugidos del tigre y los bramidos del toro eran un verdadero frenesí de furor. Nunca en mi vida había oído un estrépito tan infernal como el que emitían aquellas dos bestias; ¡y pensar que todo aquello se desperdiciaba para los horrendos reptiles sordos que habían preparado el espectáculo!

El thag embistió desde un lado y el tarag desde el otro. Aquellos dos insignificantes seres de pie entre ambos, parecían estar perdidos; pero en el último momento, cuando las bestias estaban casi sobre ellos, el hombre asió a su compañera del brazo y juntos se hicieron a un lado, mientras los dos animales enfurecidos chocaban entre sí como dos locomotoras.

A partir de ese momento se desarrolló un combate cuyo salvajismo y terrible ferocidad sobrepasaba los límites de la imaginación. Varias veces el colosal toro arrojó por los aires al enorme tigre, y cada vez que éste caía a tierra volvía a su encuentro sin que le menguaran las fuerzas y con redoblada furia.

Durante un rato, el hombre y la mujer se preocuparon únicamente de apartarse del camino de los animales, pero después vi que se separaban y que cada uno se dirigía sigilosamente hacia uno de los contendientes. El tigre se había subido sobre el enorme lomo del toro, y estaba aferrado al grueso cuello de éste con los colmillos mientras que con las garras le hacía jirones la piel de los flancos.

Durante un instante el toro bramó y se estremeció de furia y dolor, con sus patas delanteras extendidas y agitando la cola con furia. Luego, en medio de una desenfadada sucesión de coces, echó a correr por la arena tratando desesperadamente de desprenderse de su sanguinario jinete. A duras penas, la muchacha logró evitar la ciega embestida del animal herido.

Todos los esfuerzos del animal por desprenderse del tigre parecían inútiles, hasta que en el colmo de la desesperación se arrojó al suelo y comenzó a rodar. Esto desconcertó

hasta tal punto al tigre que se soltó, dejándolo, me imagino, sin aliento. Veloz como un gato, el gran thag se puso en pie y clavó sus poderosos cuernos en el abdomen del tarag, sujetándolo contra la arena.

El tigre desgarró la peluda cabeza del toro hasta dejarlo sin ojos ni orejas, y todo cuanto quedó de ella fueron unos colgajos de carne en el cráneo. Pero a pesar de aquel tremendo castigo, el thag se mantuvo inmóvil sujetando a su adversario. En ese instante el hombre intervino, y viendo que el toro ciego sería el menos formidable de los dos enemigos, atravesó el corazón del tarag con su lanza.

Cuando cesaron los movimientos del tigre, el toro levantó la ensangrentada cabeza, y ciego, con un terrible rugido, cruzó la arena y se precipitó directamente hacia el muro donde estábamos sentados, y por accidente, uno de sus brincos lo elevó por encima de la barrera en medio de los esclavos y los sagoths que estaban delante de nosotros. Blandiendo su sangrante cornamenta, la bestia abrió un amplio camino que se dirigía en línea recta hacia nosotros. Ante él, los esclavos y los hombres gorila se peleaban en una desenfrenada estampida por escapar de la amenaza de los estertores del animal, pues aquella espantosa embestida no podía ser otra cosa.

Los guardias se unieron a la desbandada general y se olvidaron por completo de nosotros. Las salidas abundaban en el muro del anfiteatro, a nuestras espaldas. Perry, Ghak y yo quedamos separados en el caos imperante después de que la bestia traspusiera la pared de la arena, cada uno de nosotros con la sola idea de ponernos a salvo.

Corrí hacia la derecha y atravesé varias salidas atestadas por una multitud aterrorizada que pugnaba por salir. Parecía que había toda una manada de thags sueltos y no un solo animal ciego y moribundo. Tal es el efecto que provoca el pánico en la muchedumbre.



Capítulo VII

Libertad

Una vez fuera del alcance del animal perdí el temor, pero otra sensación se apoderó de mí con igual rapidez: la esperanza de huir, que facilitaba la desmoralización de los guardias.

Pensé en Perry, y de no ser por la convicción de que, estando yo en libertad, tendría mayores posibilidades de liberarlo a él, hubiera abandonado de inmediato la idea de fugarme. Me apresuré entonces hacia la derecha y busqué alguna salida hacia la que no se dirigiera ningún sagoth. Al final la hallé: una abertura pequeña y angosta que conducía a un oscuro pasillo.

Sin pensar en las posibles consecuencias, me interné en las sombras del túnel y anduve un trecho a tientas en medio de la penumbra. El ruido del anfiteatro había ido disminuyendo a medida que avanzaba, y ahora todo a mi alrededor estaba silencioso como una tumba. Por momentos se filtraba una tenue luz a través de los tubos de ventilación e iluminación, apenas suficiente como para que mis ojos vieran en la oscuridad, por lo cual me vi obligado a avanzar con extrema cautela, tanteando el camino paso a paso con una mano apoyada en la pared.

Repentinamente la luz empezó a aumentar y un momento después, para mi alivio, me topé con una escalera que conducía hacia arriba donde, a través de un hueco que había en el suelo, se derramaba la refulgente luz del sol de mediodía.

Sigilosamente subí las escaleras hasta el final del túnel, y cuando me asomé vi ante mí la vasta planicie de Phutra. Las altas y numerosas torres de granito que marcaban los accesos a la ciudad subterránea estaban frente a mí; detrás se extendía la llanura ininterrumpidamente hasta las colinas próximas. Había salido a las afueras de la ciudad, y mis posibilidades de huir eran inmensamente grandes.

Mi primer impulso fue esperar a que oscureciera para intentar cruzar la planicie —tan profundamente arraigados estaban los hábitos de mi pensamiento —pero de inmediato recordé la perpetua luminosidad diurna que envuelve a Pellucidar y, con una sonrisa, salí a la luz del sol.

Una hierba exuberante que llegaba hasta la cintura cubría la llanura de Phutra. Era la hierba espléndida y lozana del mundo interior, cuyas hojas terminan en una diminuta flor de cinco puntas. Parecen estrellas brillantes de mil colores que titilan entre el verde follaje para darle aún otro encanto más al extraño y hermoso paisaje.

Pero, en aquel momento, lo único que me interesaba era llegar a las colinas donde esperaba hallar resguardo, de modo que apreté el paso sin reparar en que pisoteaba las exquisitas flores. Perry dice que la atracción de la gravedad en la superficie del mundo interior es menor que la del exterior. Me lo explicó en detalle en una ocasión, pero como nunca fui demasiado brillante para esas cosas la mayor parte se me olvidó. Por lo que recuerdo, la diferencia se debe a la contraatracción de la porción de la corteza terrestre directamente opuesta al sitio de Pellucidar en que uno realiza sus cálculos. Sea como fuere, a mí siempre me pareció que me movía con mayor velocidad y agilidad en Pellucidar que en la superficie exterior. Había cierta etérea ligereza en el andar, que era sumamente agradable, y una sensación de liberación física sólo comparable a la que se experimenta a veces en sueños.

Y en aquella ocasión en que crucé la llanura de Phutra salpicada de flores me pareció estar volando, aunque no sabría decir hasta que punto esa sensación no se debía a una autosugestión por lo que me había dicho Perry, o a algo real. Cuanto más pensaba en Perry, menos me deleitaba la libertad que había reencontrado. No podía haber libertad alguna para mí en Pellucidar si el anciano no la compartía conmigo, y sólo la esperanza de hallar algún modo de ayudarlo a huir fue lo que impidió que diera media vuelta y volviera a Phutra.

No tenía idea de qué modo exactamente iba a socorrer a Perry, pero esperaba que alguna circunstancia fortuita me resolviera el problema. Era bastante evidente, sin embargo, que tendría que ocurrir poco menos que un milagro, pues ¿qué podría conseguir yo solo en aquel mundo extraño, desnudo e inerte como estaba? Era dudoso que pudiera volver sobre mis pasos hasta Phutra una vez que perdiera de vista la planicie, pero aun suponiendo que fuera posible, ¿qué auxilio podría llevarle a Perry?

La cuestión me parecía más imposible cuanto más pensaba en ella, pero no obstante seguí avanzando hacia las colinas con obstinada insistencia. Detrás de mí no había señales de persecución; adelante, no vislumbraba a ningún ser viviente. Era como si me moviera a través de un mundo muerto y olvidado.

No tengo idea, claro está, de cuánto tardé en llegar al límite de la llanura, pero al fin me interné entre las colinas siguiendo el curso de una cañada que subía hacia las montañas. A mi lado jugueteaba un arroyuelo que discurría veloz y ruidosamente hacia el silencioso mar. En los remansos más tranquilos descubrí una gran cantidad de pequeños peces que pesarían unas cuatro o cinco libras cada uno. En apariencia, aunque de distinto color y tamaño, se asemejaban a la ballena de nuestros mares. Mientras los observaba jugar noté que amamantaban a sus crías y, además, que a intervalos regulares subían a la superficie a respirar y a alimentarse de ciertas plantas y de un líquen extraño de color escarlata que crecía en las rocas sobre el nivel del agua.

Esta última costumbre me dio la oportunidad que necesitaba para atrapar uno de aquellos cetáceos herbívoros —así los llamaba Perry—, comerlo y disfrutar hasta donde es posible disfrutar de un pescado crudo y de sangre caliente. Aunque ya me había acostumbrado a tomar alimentos en su estado natural, todavía me disgustaban los ojos y las entrañas, para alegría de Ghak, a quien siempre le cedía tales manjares.

Agazapado junto al arroyo, esperé hasta que una de aquellas minúsculas ballenas purpúreas emergiera para mordisquear los largos pastos que colgaban sobre el agua, y luego, como el animal de caza que es realmente el hombre, salté sobre mi víctima y sacié mi apetito mientras aún se revolvía.

Después bebí del estanque cristalino, me lavé la cara y las manos y proseguí mi fuga. Cuando llegué al nacimiento del arroyuelo subí a la cima de una accidentada cresta. Del otro lado había un escarpado declive que daba a la playa de un placido mar interior en cuya superficie flotaban varias islas muy hermosas.

La vista era encantadora, y como no había animal ni hombre que pusiera en peligro mi reciente libertad, me deslicé por encima del peñasco y, entre resbalones y saltos, caí en el delicioso valle cuyo aspecto era el de un refugio de paz y seguridad.

La playa ligeramente inclinada por la que caminaba estaba llena de caracolas de colores y formas extrañas. Algunas estaban vacías, otras aún contenían una variedad de moluscos que arrastraban sus perezosas vidas por las mudas playas de aquel mundo antediluviano. Mientras andaba, no podía evitar compararme con el primer hombre del mundo exterior. La soledad que me rodeaba era completa y las virginales maravillas de la

naturaleza adolescente estaban intactas en su primitivismo. Me sentía como un segundo Adán abriéndose paso a través de la infancia de un mundo, buscando a su Eva. Este pensamiento me despertó la imagen de los exquisitos rasgos de un rostro perfecto rodeado de una cascada de maravilloso cabello negro. Como caminaba con la vista abajo no vi el objeto que derrumbó mis sueños de soledad, paz y seguridad hasta que estuve casi encima de él. Se trataba de un tronco alargado y hueco que yacía en la arena. En su fondo había una especie de remo tosco.

Aún me estaba recuperando del imprevisto impacto que me había producido el descubrimiento de lo que podía representar una nueva forma de peligro, cuando oí un tamborileo de guijarros sueltos que provenía del peñasco. Me volví hacia aquella dirección y vi al causante del estrépito: un hombre enorme de piel cobriza que corría hacia mí.

Había algo en la precipitación con que se aproximaba que daba claros indicios de su belicosidad, por lo que no me hizo falta ver su cara ceñuda y la lanza que blandía para darme cuenta de que en modo alguno me hallaba en situación segura. Pero era de suma importancia decidir hacia donde huir.

La velocidad del sujeto excluía la posibilidad de escapar por la playa. Quedaba una sola posibilidad: la rústica canoa. Con la misma celeridad que él, empujé el bote al agua y cuando éste estuvo flotando le di el empujón final y trepé a bordo.

El dueño de aquella primitiva embarcación profirió un alarido de cólera, y un segundo más tarde la lanza de punta de piedra me rozó el hombro y se clavó en la proa del bote. Tomé el remo y con desesperada prisa traté de alejarme en aquella precaria embarcación.

Al mirar sobre mi hombro advertí que el nativo de piel cobriza se había zambullido en el agua y nadaba rápidamente hacia mí. Sus poderosas brazadas acortaban velozmente la distancia que nos separaba, pues yo avanzaba muy lentamente en aquel bote con el que no estaba familiarizado. Éste viraba en todas direcciones menos en la que yo quería, de modo que despilfarraba la mitad de mis energías en poner su obstinada proa en el rumbo debido.

Apenas había recorrido unas cien yardas cuando tuve la certidumbre de que mi perseguidor iba a llegar a la popa del bote con media docena más de brazadas. Presa de la desesperación, puse todo mi empeño en un inútil esfuerzo por escapar, pero el gigante seguía dándome alcance.

Su mano estaba por asirse a la popa cuando de repente vi un cuerpo esbelto y sinuoso salir disparado de las profundidades. El hombre también lo vio, y el brillo de terror que había en sus ojos me persuadió de que ya no tenía que temerle más, pues era el miedo a la muerte segura lo que se traslucía en su mirada.

Se enroscaron a su alrededor los poderosos pliegues de aquel horrendo monstruo de las profundidades prehistóricas: una viscosa serpiente de mar, de mandíbulas dentadas y lengua bífida. Tenía ojos saltones y protuberancias óseas en la cabeza y el hocico que formaban unos cuernos cortos y poderosos.

Mientras presenciaba aquella lucha mis ojos se encontraron con los del hombre, y podría haber jurado que había en ellos una expresión de desesperanzada súplica. Fuere aquello cierto o no, de pronto sentí compasión por el nativo. Era, sin duda, mi congénere, y el hecho de que probablemente me hubiera eliminado con gusto de haberme atrapado se me olvidó en aquel momento de peligro.

Inconscientemente había dejado de remar cuando la serpiente se irguió para enfrentarse a mi perseguidor, de manera que en ese momento la canoa flotaba cerca de ellos. El monstruo parecía estar jugando con su víctima antes de aprisionarla

definitivamente con sus espantosas mandíbulas y llevarla a su oscura morada bajo la superficie para devorarla. El gigantesco cuerpo de la serpiente se enroscaba y se desenroscaba alrededor de su presa, y su boca se abría y se cerraba cerca de la cara del hombre mientras su lengua bífida recorría como un relámpago su piel cobriza.

El gigante luchaba heroicamente por su vida, asestando un golpe tras otro con su hacha de piedra sobre la armadura huesuda que cubría el temible cuerpo, pero el mismo daño le habría hecho si le hubiera pegado con la palma de la mano.

Al final no pude soportar más el quedarme mirando tranquilamente como aquel congénere se precipitaba a una muerte horrible a causa del reptil. La lanza arrojada por quien yo repentinamente deseaba salvar estaba clavada en la proa de la canoa. La arranqué de un tirón y poniéndome de pie en la embarcación la introduje entre las abiertas fauces del monstruo con toda la fuerza de mis dos brazos.

Con un silbido la criatura abandonó a su presa y se volvió hacia mí. Pero la lanza, hundida en su garganta, le impedía asirme, aunque estuvo a punto de volcar el bote en sus desesperados intentos por alcanzarme.





"...la arranqué de un tirón y poniéndome de pie en la embarcación, la introduje entre las abiertas fauces del monstruo..." (Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo VIII

El templo mahar

El aborígen, aparentemente ileso, se subió rápidamente a la canoa y agarrando la lanza me ayudó a mantener a distancia al enfurecido monstruo. La sangre del reptil herido enrojecía el agua alrededor de nosotros, y por los esfuerzos cada vez más débiles que realizaba era evidente que estaba herido de muerte. Repentinamente cesó por completo en su intento de alcanzarnos, y con unos movimientos convulsivos se quedó muerto flotando de espaldas.

En aquel momento me di cuenta del apuro en el que yo mismo me había puesto. Estaba completamente a merced del salvaje a quien le había robado el bote. Sin soltar la lanza le miré a la cara, y le encontré escudriñándome de cerca. Nos quedamos así varios minutos, ambos agarrando la lanza tenazmente mientras nos mirábamos con embozado asombro.

Ignoro lo que pasaba por su cabeza, pero en la mía solamente estaba la pregunta de cuando volverían a comenzar las hostilidades.

Me empezó a hablar, pero en un idioma que no entendí. Moví la cabeza como para darle a entender que desconocía su lengua. Al mismo tiempo, me dirigí a él en el idioma bastardo que los sagoths utilizaban para comunicarse con los esclavos de los mahars.

Para mi alivio, descubrí que me comprendía y me respondió en la misma jerga.

—¿Para qué quieres mi lanza? —preguntó.

—Sólo para que no me atraveses con ella —le contesté.

—Yo no haría eso —me respondió—. Acabas de salvarme la vida.

Y con estas palabras la soltó y se sentó en cuclillas en el fondo de la canoa.

—¿Quién eres, y de qué país vienes? —me preguntó.

Yo también me senté, dejando la lanza entre ambos, y traté de explicarle cómo había llegado a Pellucidar, y de dónde; pero le fue tan imposible captar y creer el extraño relato como me temo que lo sea para los habitantes de la corteza exterior el creer en la existencia del mundo interior.

Le parecía sumamente ridículo imaginar que hubiese otro mundo bajo sus pies, habitado por seres similares a él, de manera que empezó a reír ruidosamente cuanto más pensaba en aquella posibilidad. Pero siempre ha sido así. Todo aquello que no entra en el campo de nuestra insignificante y magra experiencia no puede existir. Nuestras mentes finitas no pueden comprender lo que no está en concordancia con las condiciones que conocemos sobre este grano de polvo que traza su derrotero a través de los astros del universo: esta húmeda fécula que con tanto orgullo llamamos Tierra.

Me di por vencido y le pedí que me hablara de él. Me dijo que era un mezop y que su nombre era Ja.

—¿Quiénes son los mezops? —le pregunté—. ¿Dónde habitan?

Me miró sorprendido.

—Realmente me atrevería a creer que eres de otro mundo —dijo—, pues ¡qué persona de Pellucidar puede ser tan ignorante! Los mezops viven en las islas del océano. Que yo sepa, ningún mezop vive en otra parte, y nadie más que los mezops viven en las islas. Pero claro está, tal vez sea distinto en otras tierras lejanas. No lo sé. Aquí, al menos en este mar, es cierto que sólo los de mi raza moran en las islas. Vivimos de la pesca,

aunque somos grandes cazadores también. A menudo vamos a tierra firme a buscar las presas que escasean en todas las islas salvo en las más grandes.

—También somos guerreros —añadió con orgullo—. Hasta los sagoths nos temen. Hubo un tiempo, cuando Pellucidar era joven, que los sagoths solían capturarnos como esclavos al igual que a los demás hombres de Pellucidar. Así cuenta la tradición de nuestra raza. Pero luchamos tan encarnizadamente y matamos tantos sagoths, y aquellos que fueron capturados dieron muerte a tantos mahars en sus propias ciudades, que al fin comprendieron que era mejor dejarnos en paz. Más tarde llegó la época en que los mahars se volvieron demasiado perezosos hasta para pescar, salvo por diversión; y como necesitaban proveerse, se hizo un pacto entre las dos razas. Ahora nos dan ciertas cosas que no podemos producir a cambio del pescado que sacamos, y los mahars y los mezops viven en paz. A veces hasta vienen a nuestras islas. Allí es donde, lejos de la curiosa mirada de los sagoths, practican sus ritos religiosos en los templos que han construido con nuestra ayuda. Si vienes a vivir con nosotros, sin duda verás sus ceremonias, que son sumamente raras y muy desagradables para los pobres esclavos que llevan para que tomen parte en ellas.

Mientras Ja hablaba tuve oportunidad de observarle más detenidamente. Era gigantesco; debía medir más de seis pies, estaba muy bien desarrollado y tenía una pigmentación cobriza similar a la de los indios norteamericanos. A decir verdad, en sus facciones también había una semejanza: tenía la misma nariz aguileña que se encuentra en las tribus superiores, los pómulos altos y prominentes, y los ojos y el cabello negros, aunque su boca y sus labios estaban mejor formados. En conjunto, Ja era un ser imponente y apuesto, y además, hablaba bien en el pobre lenguaje improvisado que nos veíamos obligados a usar.

Durante la conversación, Ja había tomado el remo e impulsaba la canoa con vigorosas brazadas hacia una gran isla que distaría una milla de tierra firme. La destreza con la que manejaba la tosca e incómoda embarcación provocó mi más profunda admiración, ya que hacía escasísimo tiempo que yo había probado a hacerlo con los resultados tan lastimosos que ya he referido.

Cuando llegamos a la uniforme playa, Ja salió de un salto y yo le seguí; juntos arrastramos el bote hasta los matorrales que crecían más allá de la arena.

—Debemos esconder nuestras canoas —me explicó—. Los mezops de Luana siempre están en guerra con nosotros y nos las roban cuando las encuentran.

Señaló con la cabeza una isla que se hallaba tan adentro en el mar y tan distante que parecía una mancha en el cielo. La curva de Pellucidar, que se dirigía hacia arriba, no dejaba de ofrecer sorpresas para los desacostumbrados ojos del habitante del mundo exterior. Ver la tierra y el agua curvarse hacia arriba hasta fundirse con el lejano cielo, y sentir el mar y las montañas suspendidos directamente encima, requería tal reversión de las facultades de percepción y razonamiento que lo dejaba a uno estupefacto.

Apenas ocultamos la canoa, Ja se internó en la selva; al poco rato desembocamos en una senda angosta, pero claramente marcada, que serpenteaba bruscamente al modo de las sendas de todas las tribus primitivas, aun cuando había en esta una particularidad que la distinguía de todas las demás que había visto en la tierra: la senda continuaba durante un trecho, clara y bien definida, y de pronto terminaba en una maraña de vegetación selvática. Entonces Ja volvía sobre sus pasos una corta distancia, trepaba a un árbol, bajaba del otro lado sobre un tronco caído, y saltaba por encima de un arbusto hasta toparse con una nueva senda por la que seguía otra milla más hasta que esta acababa tan brusca y misteriosamente

como el tramo anterior. Entonces volvía a retroceder, y luego de trasponer alguna cosa sin dejar rastro, retomaba la senda más adelante.

A medida que fui entendiendo el propósito de aquel notable proceso, no pude menos que admirar la sagacidad de los primeros mezops al idear ese plan para despistar y detener a sus enemigos en sus intentos por llegar a sus ciudades ocultas.

Os puede parecer una forma lenta y tortuosa de viajar a través de la selva; pero, de ser de Pellucidar, sabríais que el tiempo no es un factor importante allí donde el tiempo no existe. Estas sendas son tan laberínticas y sinuosas, y los pasos que las conectan tan complejos y variados, que el mezop a menudo llega a la pubertad sin conocer todas las que conducen desde su propia ciudad natal hasta el mar.

En realidad, casi las tres cuartas partes de la educación de los jóvenes mezops consisten en familiarizarse con estas avenidas selváticas, y el prestigio de que gozan los adultos se basa principalmente en la cantidad de sendas que pueden seguir dentro de su propia isla. Las mujeres nunca las aprenden, pues desde su nacimiento hasta su muerte nunca abandonan el claro donde está edificada su aldea natal, salvo en el caso de que se casen con un hombre de otra aldea, o de que sean capturadas por algún enemigo de su tribu.

Después de recorrer a través de la selva una distancia de unas cinco millas, salimos a un claro en cuyo centro se levantaba una aldea sumamente extraña.

Grandes árboles habían sido talados hasta una altura de unos quince o veinte pies sobre el nivel del suelo, y sobre estos se habían construido unos habitáculos esféricos de paja tejida cubierta de barro. Cada casa estaba coronada por una especie de imagen tallada. Ja me explicó que ésta indicaba la identidad del dueño.

Unas aberturas horizontales de unas seis pulgadas de altura y de dos o tres pies de ancho, aproximadamente, servían para la ventilación y la iluminación. Las entradas de las casas eran pequeños orificios en la base de los árboles en cuyo interior ahuecado había una rústica escalera que daba a las habitaciones de arriba. Las casas tenían dos o más habitaciones. La de mayor tamaño que conocí estaba dividida en dos plantas y ocho piezas.

Alrededor de la aldea hasta el límite de la jungla, había campos muy bien cultivados en los que los mezops plantaban los cereales, verduras y frutas que necesitaban. Las mujeres y los niños que trabajaban en aquellas huertas saludaron a Ja con deferencia cuando cruzamos hacia la aldea, pero a mí no me prestaron atención alguna. Entre ellos y el borde exterior de la zona cultivada había una cantidad de guerreros que también saludaron a Ja, tocando con la punta de sus lanzas en el suelo.

Ja me condujo a una casa grande en el centro de la aldea —la casa tenía ocho habitaciones —y me llevó al interior donde me dio comida y bebida. Allí conocí a su esposa, una muchacha agradable con un niño de pecho en sus brazos. Ja le contó que yo le había salvado la vida, y de allí en adelante me trató con mucha amabilidad y hospitalidad, dejándome incluso sostener y divertir al pequeño ser que algún día, según me dijo Ja, habría de gobernar la tribu, pues Ja era en realidad el jefe de aquella comunidad.

Comimos y descansamos, e incluso yo dormí —lo cual divirtió a Ja quien al parecer dormía en raras ocasiones—, y luego me propuso que lo acompañara a un templo mahar que no estaba muy lejos de la aldea.

—No debemos visitarlo —dijo—, pero ellos no nos pueden oír y si nos mantenemos fuera de su vista nunca sabrán que hemos estado allí. Yo los detesto y siempre los he detestado, pero los demás jefes de la isla consideran conveniente que mantengamos una relación amistosa entre las dos razas. De no ser por eso, con gusto conduciría a mis guerreros y exterminaría a esas horrendas bestias. Pellucidar sería un lugar mejor para vivir

sin ellos.

Estaba completamente de acuerdo con Ja, pero se me ocurrió que no sería una tarea fácil exterminar a la raza dominante de Pellucidar. Y así, charlando, seguimos el sendero que conducía al templo, con el cual nos topamos en un pequeño claro rodeado por enormes árboles similares a aquellos que quizás existieron en la corteza externa durante el periodo carbonífero.

Allí se levantaba un gran templo tallado en la piedra, de forma ligeramente ovalada, en cuyo techo había varias aberturas. No se veía puerta ni ventana alguna en los costados de la estructura, ni había necesidad de más de una entrada para el acceso de los esclavos, pues, como me explicó Ja, los mahars acudían volando al lugar de la ceremonia y se iban de la misma manera utilizando los orificios del techo para entrar y salir.

—Pero —añadió Ja—, hay una entrada cerca de la base que ni los mismos mahars conocen. Sígueme.

Me condujo a través del claro hacia un montículo de piedras sueltas situado al pie del muro. Allí apartó un par de grandes rocas, y quedó al descubierto una pequeña abertura que daba directamente al interior del edificio, o al menos así lo parecía, porque cuando entré después de Ja, me encontré en un sitio angosto y muy oscuro.

—Estamos dentro del muro externo, que es hueco —dijo Ja—. Sígueme de cerca.

El hombre cobrizo avanzó unos pasos a tientas y después empezó a ascender por una primitiva escalera semejante a la que había en su casa. Subimos unos cuarenta pies hasta que el interior del espacio entre los muros empezó a iluminarse y enseguida llegamos a un agujero en el muro interno que nos permitía ver una panorámica completa del templo.

El piso inferior era un enorme estanque de agua cristalina en el que numerosos mahars nadaban parsimoniosamente. En aquel diminuto mar había islas artificiales de granito, y en varias de ellas vi a hombres y mujeres como yo.

—¿Qué hacen aquí esos seres humanos? —pregunté.

—Espera un poco y lo verás —respondió Ja—. Desempeñan un papel principal en las ceremonias que se van a desarrollar en cuanto llegue la reina. Puedes dar gracias de que no estés en el mismo lado del muro que ellos.

Apenas hubo terminado de hablar, cuando oímos un gran batir de alas sobre nosotros, y un momento más tarde una larga sucesión de reptiles volaron lenta y majestuosamente a través de la abertura central y dieron varias vueltas por el interior del templo.

Primero entraron varios mahars seguidos por una veintena de temibles pterodáctilos, llamados thipdars en Pellucidar, y después de ellos llegó la reina, flanqueada por otros thipdars como cuando había entrado en el anfiteatro de Phutra.

Dieron tres vueltas alrededor de la cámara ovalada, y finalmente se posaron en las húmedas piedras que rodeaban el estanque. En el medio de uno de los lados había una roca de mayor tamaño reservada para la reina, y en ella se ubicó ésta junto con su temible escolta.

Después de que se hubieran instalado hubo un rato de silencio. Se les podría imaginar rezando. Los desdichados esclavos los miraban desde las diminutas islas con los ojos desorbitados. Los hombres, en general, mantenían una posición digna y erguida, con los brazos cruzados; pero las mujeres y los niños se abrazaban unos a otros y se escondían detrás de los hombres. La raza de los cavernícolas de Pellucidar tiene una noble estampa, y si nuestros progenitores fueron como ellos, la raza humana de la corteza exterior se ha deteriorado antes que perfeccionado con el transcurrir del tiempo. A ellos les falta

únicamente la oportunidad. A nosotros nos sobran las oportunidades, y algo más que eso.

La reina se movió. Levantó su repugnante cabeza y miró a uno y otro lado. Luego se arrastró hasta el borde del trono y se deslizó silenciosamente en el agua. Nadó de un extremo a otro de la laguna, y para volver sobre sí misma lo hizo a la manera de las focas que se hallan en cautividad, que se ponen de espaldas y se zambullen bajo la superficie.

Se acercó cada vez más a la isla más grande que se hallaba frente a su trono, y al fin se detuvo delante de ella. Alzó la cabeza fuera del agua y clavó sus redondos ojos sobre los esclavos más gruesos y de mejor aspecto, pues habían sido traídos de una lejana ciudad mahar en la que a los seres humanos, agrupados en rebaños, se les criaba y alimentaba del mismo modo en que nosotros criamos y alimentamos al ganado bovino.

Cuando la reina fijó su mirada en una joven muchacha, la víctima intentó escabullirse cubriéndose la cara con las manos y arrodillándose detrás de otra mujer. Pero el reptil, cuyos ojos no parpadearon, siguió mirando con tal fijeza, que podría jurar que su mirada atravesaba a la mujer y a las manos de la chica hasta llegar al centro mismo de su cerebro.

Lentamente el reptil empezó a balancear la cabeza, pero sin que sus ojos se apartasen de la aterrorizada muchacha, hasta que al final la víctima respondió. Volvió sus horrorizados ojos hacia la reina mahar, se puso en pie y, como atraída por un poder invisible, se acercó en trance directamente al reptil, con la mirada vidriosa clavada en los ojos de su verdugo.

Se aproximó al agua y, sin vacilar, entró en ella. Entonces se fue acercando cada vez más al mahar, que iba retrocediendo y atrayendo hacia sí a su víctima. El agua llegaba hasta las rodillas de la muchacha, pero ésta seguía avanzando encadenada a aquellos fríos ojos. Después, el agua la llegó a la cintura; luego a las axilas. Sus compañeros, desde la isla, seguían todo aquello con horror, imposibilitados de salvarla del destino que a ellos también les aguardaba.

El mahar se había sumergido casi por completo, dejando ver apenas sus ojos y la mandíbula superior sobre la superficie del agua. La chica había avanzado tanto que aquel repulsivo hocico estaba apenas a una pulgada o dos de su cara y ella no podía apartar sus horrorizados ojos de los del reptil.

El nivel del agua estaba por encima de la boca y la nariz de la muchacha y lo único que asomaba era su nariz y su frente. Sin embargo, siguió caminando hacia la reina, cuya cabeza desaparecía ya bajo el agua, hasta que desapareció ella también. Sólo quedó una lenta onda que se expandió hasta la orilla, señalando el lugar donde se habían sumergido.

Durante un rato el silencio cundió en el templo. Los esclavos se habían quedado helados de miedo y los mahars vigilaban la superficie del agua aguardando la reaparición de su reina, cuya cabeza asomó al poco tiempo en un extremo del estanque, retrocediendo hacia la superficie con los ojos fijos hacia delante, como cuando había llevado a la indefensa joven hacia su fin.

Pero en aquel momento vi asombrado como la frente y los ojos de la muchacha emergían con lentitud de las profundidades, siguiendo siempre la mirada del reptil. La chica continuó avanzando hasta que el agua le llegó apenas a las rodillas; y aunque había estado sumergida al tiempo suficiente como para ahogarse tres veces, no mostraba signo alguno, a no ser porque el pelo y el cuerpo le chorreaban, de haber estado en el fondo.

Varias veces la reina llevó a la muchacha a las profundidades y la volvió a sacar, hasta que el carácter demoníaco y misterioso del rito empezó a soliviantarme de tal manera que tuve que controlarme con firmeza para no zambullirme en el estanque en auxilio de la

muchacha.

En una ocasión permanecieron sumergidos mucho más tiempo que las otras veces, y cuando volvieron a la superficie vi con espanto que a la chica le faltaba uno de los dos brazos: había sido seccionado completamente desde el hombro. La pobre criatura no daba indicios de sentir dolor alguno, y sólo se había intensificado la expresión de horror de sus ojos.

En la siguiente aparición vi que la faltaba el otro brazo, luego los pechos, después una parte de la cara... Aquello era horrendo. Las desdichadas víctimas que esperaban su destino trataron de taparse los ojos para no ver el atroz espectáculo, pero me di cuenta que ellas también estaban bajo el hechizo hipnótico de los reptiles, y que no tenían más remedio que agazaparse y quedarse mirando fascinados la terrible escena que se desarrollaba frente a ellas.

Al fin, la reina permaneció más tiempo aún bajo el agua, pero al emerger lo hizo sola y nadó lentamente hacia su trono. El instante en que se subió a él pareció ser la señal para que los demás mahars se precipitaran en el estanque, pues en ese momento se repitió en masa la extraña función que la reina había representado con su víctima.

Sólo las mujeres y niños fueron sus víctimas, ya que eran los más tiernos y débiles; de modo que, satisfecho ya su apetito de carne humana, puesto que algunos devoraron hasta dos y tres presas, sólo quedó una veintena de hombres a los que por un momento creí que perdonarían por alguna causa. No obstante, enseguida advertí mi error, pues apenas se hubo sentado el último mahar en su puesto, los thipdars echaron a volar y luego de dar una vuelta sobre el estanque se arrojaron como locomotoras sobre los restantes esclavos.

No medió en aquello ningún tipo de hipnotismo, sino sólo la ferocidad brutal del ave de rapiña que desgarró, despedaza y se atraganta con la carne. Con todo era menos horrible que el método de los mahars. Cuando los thipdars acabaron con el último de los esclavos, los mahars ya se encontraban dormidos en sus rocas; un instante después, los pterodáctilos retornaron a sus puestos junto a la reina y también se sumieron en el sueño.

—Pensé que los mahars dormían muy poco —le dije a Ja.

—Hacen muchas cosas en este templo que no hacen en ninguna otra parte —respondió—. A los mahars de Phutra no se les permite comer carne humana, y sin embargo traen aquí a millares de esclavos, y siempre hay mahars dispuestos a consumirlos. Me imagino que no traen con ellos a sus sagoths porque se avergüenzan de esta práctica, considerada señal de barbarie en su raza. Pero apostaríamí canoa contra un remo roto a que no hay un solo mahar que no coma carne humana cuando puede conseguirla.

—¿Y por qué no, si nos consideran animales inferiores? —objeté.

—No es porque nos consideren sus iguales por lo que aparentan aborrecer el hecho de comer nuestra carne —contestó Ja —sino simplemente porque somos animales de sangre caliente. No se les ocurriría comer la carne de un thag —que nosotros consideramos un manjar— del mismo modo que a mí no se me ocurriría comerme una serpiente. De todas formas, es difícil saber con exactitud a que responde ese sentimiento en ellos.

—Me pregunto si habrán dejado una sola víctima —agregué, asomándome cuanto pude por la abertura para inspeccionar mejor el templo.

Directamente debajo de mí, el agua acariciaba la pared y había un espacio entre las piedras al igual que en otros puntos del templo.

Mis manos estaban apoyadas en un pequeño pedazo de granito que formaba parte del muro, el cual, al no resistir toda la masa de mi peso, se salió de su sitio y me precipité al vacío. Como no había nada a lo que aferrarme me zambullí de cabeza en el agua.

Afortunadamente, el agua era profunda en aquel punto y no sufrí daño alguno en la caída; pero mientras subía a la superficie mi pensamiento se deshizo con la idea del suplicio que me esperaba en el momento en que los ojos de los reptiles advirtieran que era lo que había perturbado su sueño.

Me mantuve bajo el agua el mayor tiempo posible y nadé rápidamente hacia las islas para prolongar al máximo mi vida. Cuando al fin me vi obligado a salir para respirar, miré aterrorizado en dirección a donde se encontraban los mahars y los thipdars y me quedé atónito al ver que no había uno solo ni sobre las rocas ni en ninguna otra parte del templo.

Durante unos momentos no pude comprender que había ocurrido, hasta que me di cuenta de que los reptiles, como eran sordos, no podían haber oído el ruido de mi cuerpo al golpear en el agua, y que al no existir en Pellucidar el factor tiempo, era imposible el saber cuánto había permanecido bajo el agua. Era muy difícil de calcular el tiempo transcurrido según las mediciones terrestres, y cuando me dispuse a hacerlo, empecé a pensar que pude haber estado sumergido un segundo, un mes o directamente no haberlo estado. Es difícil tener un concepto de las extrañas contradicciones que surgen cuando todos los medios que conocemos sobre la tierra para medir el tiempo dejan de existir.

Estaba a punto de felicitar me por el milagro que me había salvado, cuando recordé el poder hipnótico de los mahars y me invadió el terror al pensar que tal vez estuviesen practicando en mí su misteriosa habilidad con el fin de hacerme creer que estaba solo. Empecé a sudar profusamente sólo de pensarlo, y cuando me arrastré fuera del agua estaba temblando de pies a cabeza. Nadie puede imaginar la repulsión que causa a un ser humano el sólo pensar en los mahars de Pellucidar y sentir que uno está en sus manos... ¡Es horroroso saber como reptan, viscosos y repugnantes, para devorarte bajo el agua!

Pero no ocurrió nada, y al fin llegué a la conclusión de que efectivamente estaba solo en el templo. Entonces me pregunté durante cuánto tiempo estaría nadando de un lado a otro en busca de alguna vía de escape.

Llamé a Ja repetidas veces, pero debía de haberse ido después de mi caída pues no recibí ninguna respuesta. Sin duda se había sentido tan seguro de mi destino como yo, al verme caer desde aquella altura, y había regresado apresuradamente a su aldea antes de que también lo descubrieran a él.

Sabía que tenía que existir algún otro acceso al edificio además de las aberturas del techo, pues no parecía lógico suponer que los miles de esclavos que los mahars transportaban hasta allí para satisfacer su hambre de carne humana entraran por el aire. Por lo tanto, continué mi búsqueda hasta que al fin dio frutos, pues en un extremo del templo descubrí varios bloques de granito sueltos en la mampostería.

Con poco esfuerzo pude quitar la suficiente cantidad de piedras como para salir a gatas al claro, y un momento después había cubierto la distancia hasta la selva y penetrado en ella.

Una vez allí me desplomé jadeando y temblando sobre la espesa hierba bajo los gigantescos árboles, pues sentía como si directamente me hubiera escapado de las profundidades de mi propia tumba. Cualesquiera que fueran los peligros que me aguardasen ocultos en aquella isla selvática, ninguno podía ser tan temible como aquel del que me acababa de escapar. Sabía que podría enfrentarme valientemente con la muerte si provenía de algún animal conocido, de algún hombre o de cualquier cosa que no fueran los odiosos y abominables mahars.





"...atraída por un poder invisible, se acercó en trance directamente al reptil..."
(Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo IX

El rostro de la muerte

Debí quedarme dormido por la fatiga, pues cuando desperté sentí mucha hambre. Luego de buscar frutas durante un rato emprendí mi camino a través de la selva para encontrar la playa. Sabía que la isla no era tan grande y que, caminando en línea recta, llegaría fácilmente al mar, pero no tenía ninguna forma de orientarme. El sol, por supuesto, estaba siempre directamente encima de mí, y el follaje era tan denso que me era imposible ver ningún objeto distante que me ayudase a guiarme.

Tuve que haber recorrido una gran distancia antes de llegar al mar, ya que comí cuatro veces y dormí dos; pero cuando al fin lo logré, sentí un gran alivio, tanto más cuanto que justo antes de llegar a la playa, me topé con una canoa oculta entre la maleza.

Puedo asegurar que me llevó escaso tiempo arrastrar aquella embarcación hasta el agua y empujarla lejos de la orilla. Sabía por experiencia que, si quería robar una canoa, tenía que apresurarme y alejarme lo antes posible del alcance del dueño.

Debí haber salido en el lado opuesto de aquel al que había desembarcado con Ja, pues no se veía tierra firme por ningún lado. Estuve costeando la isla desde una distancia prudente, hasta que a lo lejos vi tierra firme. Apenas la divisé me dirigí de inmediato hacia allí, pues ya estaba decidido a entregarme en Phutra con tal de volver a estar con Perry y con Ghak el Velludo.

Pensé que no había sido muy inteligente por mi parte el haber intentado escapar solo, en especial teniendo en cuenta que entre todos habíamos trazado un plan de fuga. Me daba cuenta, no obstante, de que las posibilidades de éxito de nuestra aventura eran bastante escasas, pero también sabía que nunca disfrutaría de la libertad sin la compañía de Perry al menos mientras él viviera. Ahora la probabilidad de encontrarlo era más que remota.

De estar Perry muerto, con gusto hubiera opuesto mi fuerza e ingenio contra aquel mundo salvaje y primitivo en el que me hallaba. Podría haberme recluido en alguna cueva hasta encontrar el medio de fabricarme algún arma elemental, y luego salir en busca de aquella mujer que se había transformado en la compañera constante de mi vigilia y en la figura central y querida de mis sueños.

Pero, por lo que sabía, Perry estaba aún con vida, y era mi deseo y mi deber estar a su lado para compartir los peligros y vicisitudes del mundo que ambos habíamos descubierto. Y también al lado de Ghak; el enorme e hirsuto hombre había encontrado un sitio en nuestros corazones, pues era hombre y rey hasta la médula. Tal vez fuera inculto y grosero según los cánones de la decadente civilización del siglo veinte; pero, con todo, era noble, digno y caballeroso.

El azar me llevó a la misma playa en la que había hallado la canoa de Ja, y poco después me encontré subiendo por la empinada ladera que me conduciría a la llanura de Phutra. Pero las dificultades empezaron cuando entré en el cañón, más allá de la cima, pues encontré que había una encrucijada de varios cañones, y ni remotamente podía recordar cual de ellos había tomado para llegar al paso.

Era una cuestión de suerte, por lo que me encaminé por donde me parecía más fácil transitar. Al hacer esto cometí el mismo error que muchos cometen al elegir la senda por la cual encauzar su vida, y aprendí una vez más que no siempre es provechoso escatimar esfuerzos.

Luego de haber comido ocho veces y dormido dos, me convencí de que había errado el rumbo, pues entre Phutra y el mar interior no había dormido y sólo había comido en una ocasión. Volver sobre mis pasos hasta la cima de la divisoria parecía ser la única solución, pero un ensanchamiento repentino del cañón por el que andaba parecía sugerir la proximidad de campo abierto y uniforme, y con el aliciente de este nuevo descubrimiento, decidí seguir un trecho más antes de emprender el regreso.

En el recodo siguiente terminaba la boca del cañón, y más adelante vi una angosta llanura que bajaba hacia un mar. A la derecha, la ladera del cañón continuaba hasta la orilla del agua, en tanto que el valle se extendía hacia la izquierda hasta empalmar gradualmente con una playa regular y amplia.

El paisaje lo constituían extraños árboles que llegaban hasta el agua y una hierba exuberante que crecía en medio. Por el tipo de vegetación, estaba convencido de que la tierra situada entre las colinas y el océano debía de ser pantanosa, aunque directamente frente a mí el terreno parecía seco hasta la zona arenosa sobre la cual las aguas avanzaban y retrocedían.

La curiosidad me impulsó a bajar a la playa, pues el paisaje era muy hermoso. Mientras atravesaba la espesa y enmarañada vegetación de la ciénaga, me pareció notar un movimiento entre los helechos, a mi izquierda; pero aunque me detuve a mirar, no se repitió, y si había algo allí oculto, mis ojos no lograron distinguirlo entre el denso follaje.

Al poco tiempo me encontré de pie en la playa, abarcando con la vista aquel mar amplio y desolado que aun no había sido cruzado por seres humanos. Me preguntaba qué tierras desconocidas y misteriosas habría más allá y que aventuras y maravillas podrían aguardar en sus islas invisibles. ¡Qué razas salvajes, qué bestias formidables e indómitas se encontrarían en ese preciso instante mirando, al vaivén de las olas, desde la otra costa! ¿Hasta dónde se extendería? Perry me había dicho que los océanos de Pellucidar eran pequeños en comparación con los de la corteza externa, pero aun así aquel inmenso océano podía extenderse miles de millas. Durante incontables eones había lamido sus incontables millas de costa, y todavía en ese momento permanecía ignoto más allá de la diminuta porción que se divisaba desde la playa.

Estaba fascinado con aquellas especulaciones. Era como si me hubiera transportado a los albores de nuestro mundo para admirar sus tierras y mares millones de años antes de que el hombre los surcara. Allí había un nuevo mundo, totalmente virgen, que me invitaba a explorarlo. Soñaba pensando en la emoción y en la aventura que nos aguardaban a Perry y a mí si tan sólo pudiésemos huir de los mahars, cuando algo, supongo que un leve ruido a mi espalda, me llamó la atención.

Al volverme, la aventura, el descubrimiento y el romanticismo se esfumaron ante la terrible materialización de estas tres cosas en la figura que se dirigía hacia mí.

Era una especie de reptil enorme y viscoso, de cuerpo retorcido y poderosas mandíbulas de cocodrilo. Su inmensa mole debía pesar toneladas, pero avanzaba hacia mí rápida y silenciosamente. A un lado estaba el despeñadero que iba desde el cañón hasta el mar; al otro, el pantano del que había salido furtivamente el reptil; detrás se encontraba el desconocido mar, y enfrente, justo en medio del angosto pasaje que conducía a la salvación, estaba aquella montaña de carne terrible y amenazadora.

Un vistazo a aquella bestia me confirmó que me encontraba frente a uno de aquellos monstruos prehistóricos extinguidos, cuyos restos fósiles se hallan en la corteza externa en formaciones tan antiguas como la triásica: un gigantesco laberintodonte. Y allí me encontraba yo, desarmado, y, con excepción hecha del taparrabos que llevaba, tan desnudo

como cuando vine al mundo. Podía imaginarme como se había sentido mi primer antepasado en los albores de la prehistoria, al encontrarse por primera vez frente a frente con el antecesor de aquella cosa que me arrinconaba junto al mar inquieto y misterioso. Sin duda alguna aquel antepasado había logrado escapar, pues de otro modo yo no habría estado en Pellucidar ni en ninguna otra parte. En ese momento deseaba que me hubiera legado, además de los diversos atributos que me imagino que heredé de él, la forma específica de aplicar el instinto de supervivencia que le había salvado en una situación similar.

Tratar de escapar por el pantano o por el mar hubiera sido como saltar a una jaula de leones para eludir al que estaba afuera. Tanto el mar como la ciénaga debían estar atestados de aquellos reptiles carnívoros; y aun cuando no fuera así, el monstruo que me perseguía podría hacerlo con igual facilidad en el agua o el pantano.

No parecía quedar otro remedio que esperar impasible el fin. Pensé en Perry, que se preguntaría qué habría sido de mí. Pensé en mis amigos del mundo exterior y en como seguirían viviendo sus vidas ignorando por completo el insólito y cruel destino que tenía reservado, sin poder imaginar el extraño paisaje que había sido testigo de mi agonía. Y a estos pensamientos se sumó la conciencia de lo poco importante que es la existencia de todos nosotros para la vida y el bienestar del mundo. Podemos extinguirnos sin previo aviso, y por un día nuestros amigos hablarán de nosotros en voz baja. Al día siguiente, mientras el primer gusano se ocupa de poner a prueba la consistencia de nuestro ataúd, se prepararán para jugar al golf y luego lamentarse más por una pelota desviada que por nuestra prematura defunción.

El laberintodonte se acercaba ahora más lentamente. Parecía saber que no tenía escapatoria posible, y podría haber jurado que sus fauces de afilados dientes sonrieron satánicamente ante mi situación. ¿O acaso sería ante la perspectiva del jugoso bocado que pronto sería pulpa entre aquellas formidables mandíbulas?

Estaba a unos cincuenta pies de mí cuando oí una voz que me llamaba desde el peñasco, a mi izquierda. Miré, y lo que vi casi me hizo gritar de alegría, pues allí se encontraba Ja urgiéndome desesperadamente a que corriera hasta el pie del acantilado.

No tenía ninguna esperanza de escapar del monstruo que me había escogido para su desayuno, pero al menos no moriría solo. Otros ojos humanos presenciarían mi fin. Supongo que era un pobre consuelo, pero de cualquier forma infundió cierta paz a mi espíritu.

Correr parecía ridículo, en especial hacia aquel acantilado escarpado e imposible de escalar. Sin embargo lo hice; y mientras corría vi a Ja, ágil como un mono, descender por la empinada ladera rocosa, aferrándose a los pequeños salientes de la roca y a las enredaderas que crecían dispersas aquí y allá.

El laberintodonte, evidentemente, pensó que Ja iba a duplicar su ración de carne humana, por lo que no tenía intención de perseguirme hasta el acantilado y ahuyentar a aquel otro bocado. De modo que se limitó a trotar detrás de mí.

Mientras se aproximaba al pie de la escarpa comprendí lo que Ja pretendía hacer, pero dudé que diera resultado. Había descendido a unos veinte pies del suelo y desde allí, asido con una mano del pequeño reborde y con los pies apenas apoyados en unos diminutos arbustos, bajó la punta de su larga lanza hasta que esta quedó a unos seis pies del suelo.

Subir por aquella lanza sin arrastrar a Ja y precipitarnos ambos al mismo fin me parecía totalmente imposible. Así pues, cuando me acerqué a Ja se lo dije, y agregué que no le pondría en peligro para salvarme yo.

Insistió en que sabía lo que estaba haciendo y que no correría peligro alguno.

—Quien corre peligro eres tú —gritó— pues si no te mueves con más rapidez el sithic te alcanzará antes de que llegues a la mitad de la lanza. Puede alzarse sobre las patas traseras y atraparte sin dificultad en cualquier punto por debajo de donde yo me encuentro.

Bueno, pensé que Ja debía saber lo que estaba haciendo, de manera que me así de la lanza y comencé a trepar lo más rápidamente posible si se tiene en cuenta lo lejos que me encontraba de mis simiescos antepasados. Me imagino que el estúpido sithic —como lo llamaba Ja —había empezado a darse cuenta de nuestras intenciones y que probablemente se quedaría sin su comida en lugar de tener una ración doble.

Cuando me vio trepar por la lanza, soltó un tremebundo silbido y se precipitó a la carrera hacia mí. Yo casi había llegado a la parte superior de la lanza, y apenas me faltaban seis pulgadas para poder asirme de la mano de Ja. De repente, sentí un tirón hacia abajo y vi que las poderosas mandíbulas del monstruo se cerraban sobre la punta del arma.

Hice un esfuerzo desesperado por llegar hasta Ja, pero en ese momento el sithic dio otro tirón tremendo que estuvo a punto de hacerlo caer. La lanza se le resbaló de las manos y me precipité hacia mi verdugo.

En el preciso instante en que el monstruo sintió que la lanza se desprendía de las manos de Ja, debió abrir la boca para recibirme, pues cuando caí, aun asido al cabo de la lanza, la punta descansaba todavía dentro de su boca. El resultado fue que el extremo afilado le perforó la mandíbula inferior.

El dolor le hizo cerrar la boca de golpe. Caí sobre su hocico, solté la lanza y rodé por su cabeza y su corto cuello y de allí, al lomo y al suelo.

Apenas toqué tierra, me puse en pie y empecé a correr a toda velocidad hacia el camino por el que había entrado a aquel horrible valle, y al echar una mirada atrás pude ver al sithic que pugnaba con la lanza que le atravesaba la mandíbula. Tan ocupado se encontraba el monstruo con aquella tarea que pude ponerme a salvo en la cima del acantilado antes de que él estuviera en condiciones de proseguir la persecución. Al no verme por ninguna parte se internó siseando en la lozana vegetación del pantano, y aquélla fue la última vez que lo vi.



Capítulo X

De nuevo en Phutra

A toda prisa me dirigí hacia el borde del precipicio hasta situarme por encima de donde se encontraba Ja, y le ayudé a subir; no quiso saber nada de agradecimientos por su intento de salvarme, que por poco había estado a punto de echarse a perder.

—Te di por muerto cuando caíste en el templo mahar —dijo—, pues ni siquiera yo podía salvarte de ellos. Te puedes imaginar la sorpresa que me llevé cuando, al encontrar una canoa en tierra firme, descubrí tus huellas junto a ella. De inmediato me lancé en tu busca, sabiendo que estarías totalmente indefenso ante los numerosos peligros que acechan en tierra firme, tanto en forma de bestias y reptiles como de hombres. No fue difícil seguirte hasta aquí. Ha sido una suerte que haya llegado justo a tiempo.

—¿Pero por qué lo hiciste? —pregunté, perplejo por aquella demostración de amistad por parte de un hombre de otro mundo y de otra raza y color.

—Me salvaste la vida —respondió—, y a partir de ese momento mi deber era protegerte y ampararte. No sería digno de ser un mezop si eludiera ese deber. Pero en este caso además lo hice con gusto, pues eres de mi agrado. Desearía que vinieras a vivir conmigo. Serías un igual entre los miembros de mi tribu. Contamos con los mejores cazadores y pescadores y, para escoger esposa, tendrás a las mujeres más hermosas de Pellucidar. ¿Vendrás conmigo?

Entonces le hablé de Perry y de Dian la Hermosa, y le dije que me sentía primeramente obligado hacia ellos. Después volvería a visitarlo si podía localizar su isla.

—Eso es fácil, amigo —dijo—, simplemente tienes que llegar hasta el pie del pico más elevado de las Montañas de las Nubes. Allí encontrarás un río que desemboca en el Lural Az. Directamente frente a la desembocadura del río verás tres grandes islas en la distancia, tan lejanas que casi no es posible discernirlas. La que está situada a la izquierda es Anoroc, donde yo reino sobre la tribu de Anoroc.

—¿Pero cómo puedo encontrar las Montañas de las Nubes? —pregunté.

—Se dice que son visibles desde el centro de Pellucidar —respondió.

—¿Qué tamaño tiene Pellucidar? —pregunté, queriendo saber qué teoría tendrían aquellos hombres primitivos acerca de la forma y dimensión de su mundo.

—Los mahars dicen que es redondo, como el interior del caparazón de una tortuga —contestó—; pero eso es ridículo ya que, de ser cierto, caeríamos hacia atrás si avanzáramos mucho en una dirección, y todas las aguas de Pellucidar se acumularían en un punto y nos ahogarían. No, Pellucidar es completamente plano y se extiende en todos los sentidos quién sabe hasta dónde. En los lindes, cuentan mis antepasados que hay un gran muro que impide que la tierra y el agua se derramen en el mar hirviente sobre el que flota Pellucidar; pero yo no he ido tan lejos de Anoroc como para ver ese muro con mis propios ojos. Sin embargo, es lógico suponer que eso es cierto mientras que la estúpida creencia de los mahars carece de toda lógica. ¡Según ellos, los habitantes de Pellucidar que vivieran al otro lado caminarían siempre con la cabeza hacia abajo!

Ja se rió sonoramente al pensarlo. Era evidente que los seres humanos del mundo interior no habían avanzado mucho en sus conocimientos, y el pensar que los mahars los habían aventajado hasta ese punto era sumamente patético. Me pregunté cuánto tiempo llevaría sacar a esta gente de su ignorancia, aun cuando Perry y yo tuviéramos la

posibilidad de hacerlo. Posiblemente fuéramos asesinados al tratar de conseguirlo, al igual que aquellos hombres del mundo exterior que se atrevieron a desafiar la total ignorancia y las supersticiones imperantes en la Tierra cuando ésta era más joven. Pero valía la pena correr el riesgo si se nos llegaba a presentar la oportunidad.

Y en aquel momento se me ocurrió que allí se presentaba la oportunidad, pues podía comenzar con Ja, que era mi amigo, y tomar nota del efecto que le causarían mis enseñanzas a ese respecto.

—Ja —le dije—, ¿qué pensarías si te dijera que la teoría de los mahars acerca de la forma de Pellucidar es totalmente cierta?

—Pensaría que eres un loco —respondió—, o que me tomas por loco a mí.

—Pero Ja —insistí—, si su teoría es errónea, ¿cómo te explicas el que yo haya podido atravesar la corteza terrestre externa y llegar hasta Pellucidar? Si tu teoría es correcta, todo es un mar de llamas bajo nosotros, en el que nadie podría habitar. Y sin embargo, vengo de un gran mundo poblado por seres humanos, bestias, pájaros, y peces que viven en grandes océanos.

—¿Tú vives en la parte de abajo de Pellucidar y caminas con la cabeza hacia abajo? —preguntó con sorna—. Si creyera eso amigo mío, estaría realmente loco.

Intenté explicarle lo que era la fuerza de la gravedad, y utilicé el ejemplo de la fruta que cae para demostrar que sería imposible que un cuerpo se cayera de la Tierra en ninguna circunstancia. Me escuchó tan atentamente que creí que lo había convencido y que había comenzado con él una sucesión de ideas que darían por resultado la comprensión, al menos parcial, de la verdad. Pero me equivoqué.

—Tu mismo ejemplo demuestra la falsedad de tu teoría —dijo al fin, haciendo caer una fruta al suelo—. ¿Ves?, sin sostén alguno, aun esta pequeña fruta cae hasta que choca con algo que la detiene. Si Pellucidar no estuviera sostenido por un mar ígneo, también caería al igual que la fruta. ¡Tú mismo lo has demostrado!

Esta vez me había ganado; se le veía en los ojos. Parecía una tarea inútil, de modo que la abandoné, al menos temporalmente. Cuando contemplé la necesidad de explicarle el sistema solar y el universo, comprendí lo fútil que sería intentar describir el sol, la luna, los planetas y las incontables estrellas a Ja o a cualquier otro habitante de Pellucidar. Los que habían nacido en el mundo interior no podían concebir aquellas cosas mejor de lo que nosotros podemos visualizar en nuestras mentes finitas los conceptos de espacio y eternidad.

—Bueno, Ja —dije riendo—, estemos hablando con los pies hacia arriba o hacia abajo, el hecho es que aquí estamos, y la cuestión más importante no es de donde hemos venido sino hacia donde nos dirigimos. Por mi parte, quisiera que me guiaras hasta Phutra para poder entregarme otra vez a los mahars y llevar a cabo con mis amigos el plan que nos interrumpieron los sagoths cuando nos llevaron al anfiteatro a presenciar el castigo de los esclavos. Ahora desearía no haber huido en aquel momento, pues a esta altura es posible que ya hubiéramos logrado fugarnos. Esta demora puede haber significado el derrumbamiento de todos nuestros planes, cuya realización dependía del sueño continuado de los tres mahars que yacían en la bóveda bajo el edificio en el que estábamos confinados.

—¿Volverás a ser su prisionero? —exclamó Ja.

—Mis amigos están allí —contesté—, los únicos amigos que tengo en Pellucidar además de ti. ¿Qué otra cosa puedo hacer dadas las circunstancias?

Se quedó un momento pensando en silencio. Después sacudió la cabeza con tristeza.

—Es lo que corresponde a un hombre valiente y a un buen amigo, aunque me

parece estúpido, pues no me cabe duda de que los mahars te condenarán a muerte por haber huido, y por tanto nada lograrás en bien de tus amigos al regresar. Nunca en mi vida he sabido de ningún prisionero que volviera a entregarse a los mahars por voluntad propia. Son pocos los que escapan, y éstos preferirían la muerte antes que volver a ser capturados.

—No veo que exista otro modo, Ja —le dije—, aunque te aseguro que preferiría ir a buscar a Perry al infierno antes que a Phutra. No obstante, Perry es demasiado devoto como para que exista alguna posibilidad de tener que ir a buscarlo a esos territorios subterráneos.

Ja me preguntó qué era el infierno, y cuando se lo explique lo mejor que pude, dijo:

—Te refieres al Molop Az, el mar llameante sobre el que flota Pellucidar. Todos los muertos enterrados en la tierra van a ese lugar. Son llevados al Molop Az pedazo a pedazo por los pequeños demonios que moran allí. Lo sabemos porque cuando abrimos alguna tumba descubrimos que los cuerpos han sido llevados allí total o parcialmente. Por eso nosotros, los habitantes de Anoroc, ponemos a los muertos en las copas de los árboles para que las aves los encuentren y los transporten por partes hacia el Mundo Muerto que está sobre la Tierra de la Horrible Sombra. Si matamos un enemigo, sepultamos su cuerpo en la tierra para que vaya al Molop Az.

Mientras hablábamos, íbamos caminando por el cañón que yo había seguido y que me había conducido hasta el gran océano y el sithic. Ja hizo lo posible por disuadirme de que fuera a Phutra, pero al ver que estaba decidido a hacerlo, consintió en guiarme hasta un punto desde el cual pudiera ver la llanura donde se encontraba la ciudad. Para mi sorpresa, el camino desde la playa en la que me había reencontrado con Ja fue muy corto. Era obvio que había estado siguiendo los meandros de un sinuoso cañón y que al otro lado de su cresta se encontraba la ciudad de Phutra, cerca de la cual debía haber estado más de una vez.

Me dio lástima separarme de Ja, pues había empezado a cobrarle un afecto considerable. Teniendo como base la ciudad oculta en la isla de Anoroc y disponiendo de sus guerreros como escolta, Perry y yo podíamos haber logrado un gran éxito en una hipotética exploración, y por eso esperaba que, de prosperar en nuestro intento de fuga, podríamos volver a Anoroc más tarde.

Había sin embargo, un objetivo más importante, al menos para mí, y ese era encontrar a Dian la Hermosa. Quería reparar la ofensa que la había inferido por mi ignorancia, y quería... Pues bien, quería volver a verla y estar con ella.

Descendí por la pendiente de la colina y luego atravesé el espléndido campo de flores en dirección a las columnas sin sombra que vigilaban los accesos a Phutra. A media milla de la entrada más cercana, un guardia sagoth me vio y un momento después cuatro hombres gorila vinieron corriendo hacia mí.

Aunque blandían sus afiladas lanzas y vociferaban como comanches, no les presté la más mínima atención y seguí caminando tranquilamente hacia ellos como si ignorara su existencia. Mi comportamiento surtió el efecto deseado, y cuando me acerqué un poco más a ellos cesó su infernal griterío. Era evidente que esperaban que saliera corriendo al verlos, dándoles así un blanco móvil humano al que arrojar sus lanzas.

—¿Qué haces aquí? —gritó uno, y enseguida me reconoció—. ¡Ah! Es el esclavo que dice ser de otro mundo, el que escapó cuando el thag se enfureció en el anfiteatro. ¿Pero por qué vuelves si habías logrado huir?

—No me escapé —contesté—. Salí corriendo para salvarme del thag, como todos los demás. Me introduje en un largo pasillo, y allí me perdí y me encontré en las colinas que hay más allá de Phutra. Sólo ahora pude hallar el camino de regreso.

—¿Y vuelves a Phutra por tu propia voluntad? —inquirió uno de los guardias.

—¿Adónde podría ir? —contesté—. Soy extranjero en Pellucidar, y no conozco otro lugar más que Phutra. ¿Por qué no habría de querer estar en Phutra? ¿Acaso no se me alimenta y se me trata bien? ¿Acaso no soy feliz? ¿Qué mejor destino puede pedir un hombre?

Los sagoths se rascaron la cabeza. Aquello era nuevo para ellos, y dadas sus escasas luces decidieron llevarme a presencia de sus amos, a quienes suponían más capaces de resolver el enigma.

Les había hablado así a los sagoths con el propósito de apartar de ellos la idea de que tuviese la intención de escapar. Si pensaban que estaba tan satisfecho con mi suerte en Phutra como para regresar voluntariamente después de haber tenido una oportunidad tan ideal de escapar, no se les cruzaría ni remotamente por la cabeza el que pudiera estar tramando otra fuga apenas volviese a la ciudad.

Así pues, me llevaron ante un viscoso mahar que se encontraba echado sobre una roca en una amplia habitación que hacia las veces de oficina. Con sus fríos ojos de reptil, la criatura parecía penetrar el tenue velo de mi mentira y leer mis más recónditos pensamientos. Atendió a la historia que le contaban los sagoths acerca de mi retorno a Phutra, observando los dedos y los labios de los hombres gorila, y luego me interrogó por medio de uno de ellos.

—Dices que has vuelto a Phutra por decisión propia porque te consideras mejor aquí que en ninguna otra parte. ¿Acaso no sabes que puedes ser el próximo que se elija para que dé la vida en beneficio de alguna de las maravillosas investigaciones científicas en las que se ocupan nuestros sabios?

No había oído hablar de nada al respecto, pero creí conveniente no decirlo.

—No puedo correr aquí mayor peligro —dije —que desnudo y desarmado en las salvajes junglas o en las desoladas llanuras de Pellucidar. Tuve suerte, creo, al poder regresar a Phutra. Estuve a punto de morir entre las mandíbulas de un sithic. No, estoy convencido de estar más seguro en manos de seres inteligentes como los que gobiernan en Phutra. Al menos, así me sentiría en mi mundo, donde los seres humanos como yo son los reyes de la creación. Allí, las razas superiores de la humanidad brindan amparo y hospitalidad al extranjero; y siendo yo extranjero aquí, di por sentado que se me trataría con la misma cortesía.

El mahar me miró en silencio durante un rato cuando terminé de hablar y el sagoth hubo traducido mis palabras. El reptil parecía estar sumido en sus pensamientos. Al poco tiempo le comunicó algo al sagoth. Este se volvió hacia mí y, haciéndome un ademán para que lo siguiera, nos fuimos de la habitación. Detrás de mí y a ambos lados venía el resto de la escolta.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —le pregunté al sujeto que estaba a mi derecha.

—Te llevarán ante los sabios para que te interroguen sobre ese extraño mundo del que dices venir.

Después de un rato de silencio me volvió a hablar.

—¿Tienes alguna idea de lo que hacen los mahars con los esclavos cuando mienten?

—No —repuse—, ni me interesa saberlo, puesto que no tengo ninguna intención de mentirles a los mahars.

—Entonces ten cuidado de no repetir esa absurda historia que acabas de contar a Sol-to-to. ¡Un mundo donde gobiernan los gilaks! —dijo con marcado desdén.

—Pero es la verdad —insistí—. ¿De dónde he venido, si no? Cualquiera que tenga

dos dedos de frente puede darse cuenta de ello.

—Sería una desgracia para ti, entonces —replicó secamente—, que te juzgaran nada más que con dos dedos de frente.

—¿Qué harán conmigo —pregunté—, si se les ocurre no creerme?

—Tal vez te condenen a la arena, o tal vez a ser usado por los sabios en los experimentos —contestó.

—¿Y qué harán allí conmigo? —insistí.

—Nadie lo sabe mas que los mahars y aquéllos a los que se llevan para hacer los experimentos; aunque como estos últimos nunca vuelven, su conocimiento no les sirve de mucho. Se comenta que los mahars desmenuzan a los gilaks mientras aún están con vida, y de ese modo aprenden muchas cosas de interés. Sin embargo, no creo que resulte muy interesante para el desmenuzado. Pero esto no son más que conjeturas. Es probable que dentro de poco sepas más al respecto que yo.

Esto último lo dijo con una sonrisa. Era evidente que los sagoths tenían un sentido del humor bastante desarrollado.

—Y suponiendo que sea la arena —proseguí—, ¿qué pasa entonces?

—¿Viste a los dos que se enfrentaron con el tarag y el thag cuando escapaste? —me preguntó.

—Sí.

—Tu muerte en la arena sería similar a la que tenían preparada para ellos —explicó—, aunque por supuesto pueden utilizar otro tipo de animal.

—¿Significa una muerte segura en cualquiera de los dos casos?

—Lo que ocurre con los que van abajo con los sabios ni lo sé yo ni lo sabe nadie —respondió—, pero los que van al anfiteatro pueden salir con vida, y en ese caso recuperan su libertad, como sucedió con los dos que tú viste.

—¿Recuperaron su libertad? ¿De qué manera?

—Los mahars tienen por costumbre liberar a aquellos que quedan con vida en la arena cuando los animales mueren o huyen. En ocasiones ha ocurrido que algunos bravos guerreros de tierras lejanas, a los que conseguimos capturar en nuestras incursiones, han luchado contra las bestias y han vencido, y de esa forma se ganaron su libertad. En el caso que presenciaste, los animales se mataron entre sí, pero el resultado fue el mismo: el hombre y la mujer fueron liberados, armados y enviados a sus tierras de origen. En el hombro izquierdo de ambos se les imprimió una marca a fuego, la marca de los mahars, que les protege para siempre de las partidas de caza de esclavos.

—¿Entonces hay una remota posibilidad si me mandan a la arena, y ninguna si voy con los sabios?

—Así es —contestó—, pero no te consideres demasiado afortunado si te condenan a la arena; apenas uno de cada mil sale vivo de allí.

Para mi asombro me devolvieron al mismo edificio donde había estado confinado con Perry y con Ghak antes de mi fuga. En la puerta me entregaron a los guardias.

—Sin duda será llamado a comparecer frente a los investigadores dentro de poco —dijo el que había estado hablando conmigo—, así que tenedlo listo.

Los guardias en cuyas manos me encontraba ahora, al saber que había regresado a Phutra por voluntad propia, evidentemente no tuvieron reparo alguno en que me paseara libremente por cualquier parte del edificio, lo mismo que solía hacer antes de mi huida, y me dijeron que retomara la tarea que había desempeñado con anterioridad.

Mi primer objetivo era hallar a Perry, a quien localicé absorto como siempre en la

lectura de los gigantescos volúmenes que tenía que limpiar y que ordenar en otros estantes.

Cuando entré en la habitación levantó la vista y me saludó amablemente con un leve movimiento de cabeza, retomando de inmediato su lectura como si jamás hubiéramos estado separados. Su indiferencia me llenó de asombro y a la vez me dolió. ¡Pensar que me arriesgaba a morir para regresar a su lado exclusivamente movido por la amistad y el afecto!

—¡Perry! —exclamé—. ¿No tienes nada que decirme después de mi larga ausencia?

—¿Larga ausencia? —repitió atónito—. ¿De qué me estás hablando?

—¿Estás loco, Perry? ¿Me quieres decir que no me has echado de menos desde aquella vez en que nos vimos separados por el thag en la arena?

—“Aquella vez” —repitió—. Pero muchacho, ¡si acabo de volver de la arena! Llegaste aquí casi al mismo tiempo que yo. Si hubieras tardado mucho más me hubiera preocupado, sin lugar a dudas. De todos modos estaba por preguntarte como te escapaste del animal apenas terminase de traducir este interesantísimo pasaje.

—Perry, no me cabe duda de que estás loco. Sólo Dios sabe cuánto tiempo estuve fuera. He estado en otras tierras, he descubierto una nueva raza de seres humanos en Pellucidar, he visto a los mahars practicar sus ritos en un templo oculto, y he escapado de ellos por un pelo y de un enorme laberintodonte con el que después me topé. Luego he seguido mi largo y tedioso deambular por este mundo desconocido. He debido estar ausente durante meses, Perry, y ahora apenas levantas la vista de tu trabajo y me dices que no hemos estado alejados más de un momento. ¿Es esa manera de tratar a un amigo? Me sorprendes, Perry, y de haberme imaginado por un segundo que no te importaba más que esto, no hubiera vuelto para buscarte, exponiéndome a la muerte.

El anciano se quedó mirándome un largo rato antes de hablar. Había una expresión de perplejidad en su arrugado rostro, y una lastimera congoja en sus ojos.

—David, muchacho —dijo—, ¿cómo pudiste dudar por un instante de mi afecto? Aquí hay algo misterioso que no logro descifrar. Sé que no estoy desvariando, y que tú tampoco; ¿pero cómo podemos explicar las extrañas alucinaciones que ambos parecemos tener con respecto al tiempo transcurrido desde la última vez que nos vimos? Tú estás seguro de que han pasado meses, mientras que yo afirmo con igual certidumbre que no hace más de una hora que estuvimos sentados juntos en el anfiteatro. ¿Es posible que ambos tengamos razón y estemos equivocados al mismo tiempo? Primero dime que es el tiempo, y luego tal vez pueda resolver nuestro problema. ¿Me entiendes?

No le entendí y así se lo hice saber.

—Sí —prosiguió el anciano—, ambos tenemos razón. Para mí, inclinado aquí, sobre mi libro, no ha habido casi ningún lapso de tiempo. He hecho muy poco como para gastar energías, y por tanto no he necesitado ni comida ni reposo. Tú, en cambio, has caminado, peleado y gastado fuerzas y tejidos que precisaban ser renovados por medio de alimentos y descanso. Por tanto, como has comido y dormido varias veces desde la última vez que me viste, calculas principalmente el tiempo con arreglo a esos hechos. A decir verdad, David, estoy llegando a la conclusión de que el tiempo no existe, y menos aun aquí, en Pellucidar, donde no hay ningún modo de medirlo ni de registrarlo. Los mismos mahars no tienen en cuenta siquiera el factor tiempo. He descubierto que en todas sus obras literarias sólo usan un tiempo verbal, el presente. Parece que para ellos no existe ni el pasado ni el futuro. Claro que es imposible que nuestra mentalidad de seres de la tierra exterior comprenda este asunto, pero nuestra reciente experiencia parece corroborarlo.

Era una cuestión demasiado compleja para mí y así se lo dije a Perry; pero él

parecía divertirse con sus especulaciones al respecto. Después de escuchar con interés mi relato de las aventuras por las que había pasado, retomó el tema, y ya lo estaba ampliando considerablemente cuando nos interrumpió la irrupción de un sagoth.

—¡Ven! —ordenó el individuo, señalándome—. Los investigadores desean hablar contigo.

—¡Adiós, Perry! —dije tomando la mano del anciano—. Tal vez no haya más que el presente y el tiempo no exista, pero tengo la sensación de estar a punto de hacer un viaje al más allá del que nunca volveré. Si tú y Ghak lográis escapar, quiero que me prometáis que hallaréis a Dian la Hermosa y le diréis que mis últimas palabras fueron de disculpa por la ofensa que le inferí, y que mi único deseo fue conservar la vida el tiempo suficiente como para reparar mi error.

Los ojos de Perry se llenaron de lágrimas.

—No puedo creer que no volverás, David —dijo—. Sería horrible pensar en pasarme el resto de mi vida sin ti entre estos seres aborrecibles y repulsivos. Si te llevan a ti, nunca me escaparé, pues siento que estoy tan bien aquí como en cualquier otra parte de este mundo enterrado. ¡Adiós, muchacho, adiós!

Su anciana voz quebró y se desfalleció. Hundió la cara entre las manos, y los guardias sagoths me agarraron bruscamente de los hombros y me sacaron de la habitación.



Capítulo XI

Cuatro mahars muertos

Un rato después estaba de pie ante una docena de mahars, quienes me hicieron muchas preguntas a través de un interprete sagoth. Contesté a todas con veracidad, y me pareció que se interesaban particularmente con mi descripción del mundo externo y del extraño vehículo que nos había conducido a Perry y a mí a Pellucidar. Pensé que los había convencido, pues al permanecer sentados en silencio durante algún tiempo después de finalizado el interrogatorio, creí que iban a ordenarme que volviera a mi puesto.

Durante aquel aparente silencio, lo que hicieron fue discutir por medio de su extraño lenguaje sin sonidos los detalles de mi relato. Al final, el que presidía el tribunal le comunicó el veredicto al oficial que comandaba la escolta sagoth.

—Ven —me dijo éste—, se te ha condenado a las bóvedas de investigación por haberte atrevido a insultar la inteligencia de los poderosos mahars con la ridícula historia que has tenido la temeridad de contarles.

—¿Quieres decir que no me creen? —pregunté totalmente atónito.

—¿Creerte? —se rió—. ¿No me digas que esperabas que alguien creyera semejante embuste?

Era inútil, de modo que eché a andar junto a los guardias a través de los oscuros pasadizos hacia mi horrible destino. En un nivel más abajo nos encontramos con varias cámaras iluminadas donde había gran cantidad de mahars ocupados en diversas tareas. La escolta me llevó a una de aquellas cámaras y me encadenó a una de las paredes laterales. Había otros humanos también encadenados. Cuando me hicieron pasar ya había una víctima sobre la mesa. Varios mahars sujetaban al pobre hombre para que no pudiera moverse mientras otro, con su pata tridígita, abría el pecho y el vientre de la víctima. Como no le habían suministrado anestesia alguna, los alaridos y gemidos del hombre atormentado eran horribles. Se trataba, verdaderamente, de una vivisección por pura venganza. Empecé a transpirar profusamente al caer en la cuenta de que pronto me llegaría el turno. ¡Y al pensar que donde no existe el tiempo era posible que mi suplicio durase meses antes de que la muerte finalmente me liberara!

Los mahars no me habían prestado ninguna atención cuando fui llevado a la cámara. Estaban tan inmersos en su labor que tenía la certeza de que ni siquiera se habían percatado de que dos sagoths habían entrado conmigo. La puerta estaba muy cerca. ¡Si tan sólo pudiera llegar a ella! Pero las pesadas cadenas excluían la posibilidad. Busqué desesperado a mi alrededor algún medio de desembarazarme de mis ataduras, y entonces, en el suelo, entre los mahars y yo, vi un pequeño instrumento quirúrgico que se le debía haber caído a uno de ellos. Se parecía a un abotonador, pero era mucho más pequeño y estaba afilado. En mi infancia había forzado miles de veces las cerraduras con un abotonador; de manera que si podía alcanzar aquella pequeña pieza de reluciente acero, podría escapar aunque sólo fuera temporalmente.

Me deslicé hasta donde me lo permitía la cadena y entonces advertí que, por mucho que alargase la mano, mis dedos quedaban a un par de pulgadas del codiciado instrumento. ¡Era enloquecedor! Aunque alargase cada fibra de mi cuerpo no lograba alcanzarlo.

Por último me di la vuelta y extendí una pierna hacia el objeto. ¡El corazón se me subió a la garganta! ¡Casi podía tocarlo! Pero tenía que tener sumo cuidado de no alejarlo

más en mis intentos por apoderarme de él. Tenía la frente empapada en sudor. Lenta y cautelosamente hice otro esfuerzo, y los dedos de mis pies tocaron el frío metal. Poco a poco lo fui acercando hasta que calculé que ya estaba al alcance de mi mano. Luego giré y lo levanté.

Me puse a trabajar afanosamente en la cerradura, pero la tarea fue tan sencilla que hasta un niño podría haberla forzado. Así pues, un minuto más tarde me había soltado. Los mahars estaban evidentemente concluyendo su labor en la mesa. Uno ya se había vuelto y estaba examinando a los esclavos con el propósito de elegir una nueva víctima. Los de la mesa estaban de espaldas. De no ser por el que se dirigía hacia nosotros, hubiera podido escaparme en ese momento. Ya se acercaba lentamente hacia mí cuando de repente atrajo su atención un gigantesco esclavo encadenado unos pies a mi derecha. El reptil se detuvo y empezó a examinar cuidadosamente al pobre diablo. Al hacerlo me dio por un instante la espalda y entonces, en un segundo, di dos saltos que me llevaron afuera, al pasillo, por el cual eché a correr con todas mis fuerzas.

No tenía ni idea de dónde estaba ni de hacia dónde me dirigía. Mi único pensamiento era el de poner la mayor distancia posible entre mi persona y aquella espantosa cámara de tortura.

Al rato reduje mi velocidad a un simple trote, y luego, al darme cuenta de que corría el riesgo de encontrarme en un nuevo apuro, procedí con mayor mesura y cautela. Al cabo de un rato, llegué a un pasaje que de alguna manera me era familiar, y un poco más adelante, dentro de una habitación, hallé a tres mahars sumidos en el sueño. Poco faltó para que diera un grito de alegría y alivio, pues se trataba del mismo corredor y de los mismos tres mahars que debían desempeñar un papel tan importante en nuestra fuga de Phutra. La providencia me había tratado generosamente, pues los reptiles aun dormían.

El principal peligro consistía ahora en regresar a los pisos superiores a buscar a Perry y a Ghak; pero como no había más remedio que hacerlo, me apresuré a subir. Cuando llegué a las partes más frecuentadas del edificio encontré un gran fardo de pieles en un rincón. Tomé entonces aquel fardo y me lo puse sobre la cabeza, de modo que las puntas de las pieles colgasen sobre mis hombros y me ocultasen por completo la cara. Enmascarado de esta forma, encontré a Perry y a Ghak juntos en la habitación donde solíamos comer y dormir.

Ambos se pusieron contentos de verme, claro está, aunque ninguno conocía la sentencia que me había sido impuesta. Se decidió no perder más tiempo en poner en práctica nuestro plan de evasión, ya que yo no podía permanecer oculto durante mucho tiempo, ni tampoco podía cargar siempre con aquel fardo de pieles sin despertar sospechas. Sin embargo, como parecía factible que pudiera usar el disfraz para volver una vez más a los niveles superiores a través de los concurridos pasillos y compartimentos, me aventuré por ellos junto a Perry y a Ghak. El hedor de las pieles mal curtidas me estaba sofocando.

Nos trasladamos juntos hasta el primer nivel de pasillos por debajo de la planta principal; allí Perry y Ghak se detuvieron a esperarme. Los edificios estaban hechos íntegramente de piedra caliza y no había nada notable en su construcción. Las habitaciones eran rectangulares, redondas u ovaladas, unidas por corredores angostos y no siempre rectos. Las cámaras estaban iluminadas por una luz solar difusa reflejada a través de tubos similares a los que iluminaban las calles. Cuanto más abajo estaban situadas las cámaras más oscuras eran, y la mayoría de los corredores estaban enteramente en penumbras pues los mahars podían ver bastante bien en la oscuridad.

En nuestro trayecto hasta el piso principal nos encontramos con muchos mahars,

sagoths y esclavos, pero nadie nos prestó demasiada atención ya que formábamos parte de la vida cotidiana del edificio. Había una sola entrada que llevaba desde aquel lugar a la avenida principal, la cual estaba muy bien vigilada por los sagoths y nos estaba prohibido cruzar el umbral de aquella puerta. Es cierto que no debíamos penetrar en los corredores y las cámaras subterráneas, salvo que tuviéramos orden especial de hacerlo; pero como nos consideraban una especie inferior y no había motivo para temer que pudiéramos causar algún daño, nadie nos estorbó cuando comenzamos a descender al pasillo de abajo.

Yo llevaba envueltos en una de las pieles las tres espadas, los dos arcos y las flechas que Perry y yo habíamos hecho. Mi carga no llamó la atención, pues había numerosos esclavos que llevaban cosas envueltas en pieles de un lado a otro. No había nadie a la vista en el lugar donde dejé a Perry y a Ghak. Extraje una espada del bulto, y después de dejarle el resto de las armas a Perry, seguí descendiendo solo.

Encontré la cámara donde dormían los tres mahars y entré de puntillas, pues no me acordé de que aquellas criaturas no poseían sentido auditivo. Con un rápido movimiento despaché a la primera atravesándola el corazón, pero con la segunda no fui tan afortunado, ya que antes de morir, se había arrojado contra la tercera, la cual se levantó velozmente y me hizo frente con las fauces abiertas. Pero a la raza de los mahars no le apasiona demasiado el luchar, de modo que cuando la bestia vio que ya había dado cuenta de sus dos compañeros y que la punta de mi espada estaba tinta en sangre, se precipitó hacia la puerta. Me moví con celeridad también y la perseguí por los pasillos a escasa distancia.

Si escapaba, el fracaso total de nuestro plan era inevitable y, con toda seguridad, significaría mi muerte inmediata. Este pensamiento le prestó alas a mis pies, pero a pesar de mis esfuerzos no podía más que mantenerme al paso del reptil. De repente éste se introdujo en una cámara, a la derecha del pasadizo, y cuando entré en ella un segundo más tarde, me encontré frente a un nuevo mahar. El que se encontraba adentro cuando entramos estaba manipulando una serie de recipientes de metal en los que había dispuestos varios polvos y líquidos, según pude deducir por la colección de frascos que se veía en un banco.

Al instante comprendí con lo que me había topado: se trataba de la misma habitación de la que Perry me había hablado, aquella cámara oculta en la que se guardaba el Gran Secreto de la raza de los mahars. Y sobre el banco, junto a los frascos, yacía el libro forrado en piel que contenía la única copia de la fórmula que yo tenía que buscar luego de haber terminado con los tres mahars que dormían.

La habitación no contaba con ninguna otra salida más que la puerta en la que yo estaba parado haciendo frente a los dos horribles reptiles. Como estaban acorralados, sabía que pelearían como demonios y, además, estaban bien pertrechados para luchar en caso de ser necesario. Juntos se abalanzaron contra mí, y aunque logré atravesarle el corazón a uno, el otro me asió con sus afilados dientes del brazo con el que sostenía la espada, mientras que con sus poderosas garras me empezó a arañar el cuerpo con la evidente intención de destriparme. Me di cuenta de que era inútil tratar de librar mi brazo de aquellas mandíbulas que me sujetaban como una prensa y amenazaban con arrancármelo. El dolor que sentía era inmenso, pero sirvió para que me esforzara aun más por vencer a mi adversario.

Rodamos por el suelo en una encarnizada lucha. El mahar me asestaba tremendos golpes con las patas delanteras, mientras yo trataba de proteger mi cuerpo con la mano izquierda y al mismo tiempo buscaba una oportunidad para trasladar la espada de mi inútil brazo derecho al otro, que por cierto perdía fuerzas rápidamente. Al final lo logré, y con lo que me pareció que eran mis últimas reservas de fuerza le traspasé el cuerpo.

Mi adversario murió en silencio, como había peleado. Aunque estaba debilitado por

el dolor y la pérdida de sangre, con orgullo triunfal pasé por encima del cuerpo que se endurecía convulsivamente para recoger el más importante secreto del mundo. De un vistazo constaté de qué se trataba, sin duda alguna, de lo mismo que me había descrito Perry; pero en el momento de levantarlo, ¿pensé acaso en lo que significaría para la raza humana de Pellucidar? ¿Cruzó por mi mente el pensamiento de las innumerables generaciones de mi especie que tendrían motivo para venerarme por lo que había hecho por ellos? En absoluto. Pensé en un hermoso rostro oval, de ojos límpidos, enmarcado por una espesa cabellera negra. Pensé en unos labios muy rojos, creados por Dios para besar, y de repente, de la nada, de pie allí, solo en la cámara secreta de los mahars de Pellucidar, me di cuenta de que amaba a Dian la Hermosa.



Capítulo XII

Persecución

Durante un instante me quedé allí pensando en ella. Luego, con un suspiro, guardé el libro en el cinturón de mi taparrabos y me volví para abandonar la habitación. En el extremo del pasillo que conducía hacia arriba desde las cámaras inferiores, silbé en la manera que habíamos convenido previamente para anunciarles a Perry y a Ghak que había tenido éxito. Unos momentos después nos reunimos, y, para mi sorpresa, vi que Hooja el Astuto los acompañaba.

—Se unió a nosotros —me explicó Perry —y se negó a irse. Es un zorro. Huele la fuga, y para no echar a perder ahora nuestra oportunidad le dije que lo traería para que tú decidieras si puede venir con nosotros.

No le tenía ninguna simpatía a Hooja, y mucho menos confianza. Estaba seguro de que, si le convenía, era capaz de traicionarnos; pero no veía otra salida, y el hecho de que hubiese dado muerte a cuatro mahars en lugar de los tres que había planeado, hacía posible incluir a otro más en nuestra fuga.

—Muy bien, Hooja —dije—, puedes acompañarnos. Pero al primer signo de traición te atravieso con la espada. ¿Entiendes?

Dijo que sí, y un rato más tarde habíamos despellejado a los cuatro mahars y nos habíamos colocado sus pieles de tal modo que parecía bastante posible el que pudiésemos huir de Phutra. No fue tarea fácil unir los pellejos en el lugar donde los habíamos abierto para sacárselos a los cadáveres, pero antes de ponerme el mío cosí los de los demás y luego Perry hizo lo mismo con mi disfraz a través de una abertura que dejamos en el suyo. El efecto final resultó mucho mejor de lo que esperaba, pues logramos mantener erectas las cabezas metiendo las espadas a través del cuello de manera que pudiéramos movernos con naturalidad. Nuestro principal problema radicaba en los membranosos pies, pero también lo logramos resolver. Además hicimos dos diminutas perforaciones en los holgados cuellos para ver lo suficiente mientras avanzábamos.

De aquella forma nos encaminamos hacia el nivel principal del edificio. Ghak encabezaba la fila, seguido por Perry. Luego marchaba Hooja, mientras que yo iba a la retaguardia después de advertirle que había colocado mi espada de forma que podía manipularla a través de la cabeza de mi disfraz y atravesarle los órganos vitales en caso de notar alguna actitud sospechosa.

Un rumor de pasos apresurados me indicó que habíamos llegado a los pasadizos del nivel principal; el corazón se me subió a la garganta. No me avergüenza en absoluto confesar que tuve miedo. Nunca en mi vida he experimentado una sensación tan profunda de temor y angustia como en aquella ocasión. De ser posible sudar sangre, yo la sudaba en aquel momento.

Lentamente, imitando el modo de andar de los mahars cuando no hacen uso de sus alas, serpenteamos entre infinidad de esclavos, sagoths y mahars atareados. Después de un tiempo que me pareció durar una eternidad, llegamos a la puerta exterior que daba a la avenida principal de Phutra, donde holgazaneaban numerosos sagoths. Miraron de reojo a Ghak cuando este pasó entre ellos. Luego pasó Perry y después Hooja. Era mi turno, pero de pronto me quedé helado de terror al darme cuenta de que de mi brazo herido manaba sangre caliente a través de la piel del mahar, y de que iba dejando su huella delatora en el

pavimento. Uno de los sagoths la vio y puso sobre aviso a un compañero.

El guardia me interceptó el paso y, señalándome el pie ensangrentado, me habló en el idioma de señas que las dos razas utilizaban para comunicarse. Aunque hubiera entendido lo que me decía, no habría podido responder con aquella piel de reptil encima. Había visto una vez a un mahar congelar a un presuntuoso sagoth con la mirada. Era mi única esperanza, y la puse en práctica. Me detuve y alcé mi espada de modo que la cabeza se levantara y mirara al hombre gorila con sus ojos escrutadores. Durante un largo rato me quedé mirando fijamente al guardia con aquellos ojos encolerizados y muertos. Luego volví a agachar la cabeza y seguí andando lentamente. Por un instante, todo estuvo pendiente de un hilo, pero antes de que rozara al sagoth éste ya se había echado a un lado y conseguí salir a la avenida.

Avanzamos por la amplia calle, pero ya estábamos a salvo a pesar del número de enemigos que nos rodeaban por todos lados. Afortunadamente, una gran cantidad de mahars se habían trasladado a un lago que distaba una milla o más de la ciudad, en el que podían satisfacer sus inclinaciones acuáticas, zambullirse para pescar y disfrutar de la frescura del agua. Se trataba de un lago de agua dulce, de poca profundidad, libre de los reptiles de mayor tamaño que imposibilitan el uso de los mares de Pellucidar a todos los que no pertenecen a su especie.

Ascendimos por la escalinata entre el grueso de la muchedumbre, y salimos a la llanura. Durante un trecho Ghak siguió a la caravana de mahars que se dirigía al lago, hasta que por fin se detuvo al pie de un pequeño barranco. Nos quedamos allí hasta que se hubieron alejado todos y, sin quitarnos los disfraces, nos fuimos en dirección opuesta a Phutra. Como el calor de los perpendiculares rayos del sol nos tornaba insoportables nuestras pieles, nos deshicimos de ellas apenas penetramos en una frondosa selva.

No entraré en detalles acerca de nuestra ardua y azarosa fuga: de como corrimos sin interrupción hasta caer rendidos de fatiga, como nos asediaron monstruos extraños y terribles, como escapamos por un pelo de los colmillos de leones y tigres comparados con los cuales los felinos del mundo exterior son absolutamente insignificantes.

Seguimos nuestra desenfrenada carrera horas y horas, con el único pensamiento de poner la mayor distancia posible entre nosotros y Phutra. Ghak nos guiaba a su propia tierra: la tierra de Sari. No había señales de persecución, pero estábamos convencidos de que, en alguna parte, detrás de nosotros, una partida implacable de sagoths nos seguía los pasos. Ghak dijo que nunca abandonaban la caza de su presa hasta darle alcance o verse obligados a volver atrás por razones de fuerza mayor.

Nuestra única esperanza era llegar hasta la tribu de Ghak, que tenía fuerzas suficientes en su guarida de las montañas como para mantener a raya a los sagoths cualquiera que fuese su número.

Al fin, después de lo que al parecer fueron meses y que ahora me doy cuenta de que tal vez hayan sido años, divisamos las escarpadas colinas de Sari. Casi en el mismo instante, Hooja, que siempre tenía los ojos puestos en la retaguardia, anunció que vislumbraba una partida de hombres que atravesaba una cresta de poca altura en nuestra búsqueda. Era la tan largamente esperada persecución.

Le pregunté a Ghak si podríamos llegar a tiempo a Sari.

—Es posible —respondió—, pero como ves los sagoths son capaces de moverse con una celeridad increíble, y al ser casi incansables, no me cabe duda de que están más frescos que nosotros. Además...

Esto último lo añadió mirando de soslayo a Perry. Comprendí lo que quería decir: el

anciano estaba exhausto. Durante un gran trecho de nuestra fuga, Ghak o yo lo habíamos ayudado a andar. Con semejante desventaja, aunque se hubiera tratado de perseguidores menos veloces que los sagoths, nos darían alcance fácilmente antes de que pudiéramos escalar las empinadas alturas que nos esperaban.

—Id delante Hooja y tú —dije—. Perry y yo haremos lo que podamos. No podemos ir tan rápido como vosotros dos, y no hay motivo para que todo se pierda por esta causa. No hay otro remedio y hay que reconocerlo así.

—No abandonaré a un compañero —fue la sencilla respuesta de Ghak.

No había sospechado que aquel enorme hombre primitivo albergara tal nobleza de carácter. Siempre me había agradado, pero ahora sentía también veneración y respeto por él, además de afecto.

Como quiera que fuera, insistí en que se adelantara, pues existía la posibilidad de que pudiera llegar hasta su gente y volver con un contingente lo suficientemente fuerte como para ahuyentar a los sagoths.

No obstante, se mantuvo firme en su decisión, y no pude agregar nada más. Sin embargo, sugirió que podría adelantarse Hooja y poner sobre aviso a los habitantes de Sari de que su rey corría peligro. No hubo que insistirle demasiado a Hooja, pues la sola idea de hacerlo fue suficiente para que se internara a saltos en las colinas a cuyo pie habíamos llegado.

Perry sabía que Ghak y yo arriesgábamos nuestras vidas por salvarlo y por ello nos rogó que siguiéramos sin él, aunque me daba cuenta de que se moría de miedo al pensar que podía caer en manos de los sagoths. Ghak resolvió finalmente el problema, al menos parcialmente, alzando a Perry sobre sus poderosos brazos para proseguir la marcha. Si bien de ese modo disminuía su velocidad, así podíamos avanzar más aprisa que sosteniendo al extenuado anciano.



Capítulo XIII

El astuto

Los sagoths nos estaban dando alcance rápidamente, pues al divisarnos se apresuraban aun más, mientras que nosotros avanzábamos con muchos tropiezos por el cañón que Ghak había elegido para llegar a las alturas de Sari. A ambos lados se levantaban escarpados precipicios de espléndidas rocas multicolores, en tanto que bajo nuestros pies una alfombra de pasto ahogaba nuestros pasos. Desde que nos internamos en el cañón habíamos perdido de vista a nuestros perseguidores, de modo que ya había empezado a tener la esperanza de que hubiesen perdido nuestro rastro y que lograríamos llegar a los ya cercanos precipicios con tiempo suficiente como para empezar a escalarlos antes de que nos alcanzasen.

No podíamos ver ni oír ninguna señal que nos anticipase el resultado de la misión de Hooja. Este ya debía de haber alcanzado los puestos de avanzada de la tribu de Ghak, por lo que tendríamos que estar oyendo al menos el griterío de los hombres armándose para acudir en auxilio de su rey. De un momento a otro esperábamos ver los acantilados colmados de furiosos guerreros, pero nada de eso ocurrió: en realidad, Hooja el Astuto nos había traicionado. En el preciso instante en que abrigábamos la esperanza de ver a los guerreros de Sari acudir en nuestra ayuda guiados por él, aquel cobarde traidor daba un rodeo por las afueras de la aldea más cercana para aparecer del otro lado cuando ya fuera demasiado tarde para salvarnos, alegando haberse extraviado en las montañas.

Hooja aún albergaba rencor hacia mí por el golpe que le había dado en defensa de Dian, y su malvado espíritu no tenía inconveniente en sacrificarnos a todos para vengarse de mí.

A medida que nos aproximábamos a la barrera rocosa sin que viésemos indicio alguno de rescate, Ghak se empezó a encolerizar y a alarmar, y cuando oímos el ruido de los pasos de nuestros perseguidores me dijo que todo estaba perdido.

Miré hacia atrás y divisé al primero de los sagoths en el extremo de un paso bastante amplio del cañón que se extendía en línea recta, pero lo perdí de vista en un recodo. El estridente aullido de triunfo que surgió del hombre gorila fue la prueba de que nos había visto.

De nuevo el cañón se desviaba abruptamente hacia la izquierda; pero hacia la derecha se desprendía otro ramal con una desviación menos brusca, por lo cual aquella parecía más ser la continuación del cañón que el ramal izquierdo. Los sagoths se encontraban ahora a unas doscientas cincuenta yardas detrás de nosotros, y comprendí que sería inútil escapar a no ser por medio de un ardid. Había una remota posibilidad de salvar a Ghak y a Perry, de modo que cuando llegamos a donde el cañón se bifurcaba, decidí arriesgarme.

Me detuve y esperé a que apareciera el primer sagoth. Como Ghak y Perry habían tomado por el ramal izquierdo, cuando el salvaje grito del sagoth anunció que me había visto, yo tome por el de la derecha. La artimaña surtió éxito y toda la partida de cazadores de hombres me siguió por aquel camino mientras Ghak llevaba a Perry por el otro hacia un lugar seguro.

Correr nunca ha sido mi punto fuerte en el deporte, de suerte que en aquel momento en que mi propia vida dependía de mi rapidez, puedo asegurar que no desarrollé más

velocidad que en las ocasiones en que corría en los partidos de béisbol y los espectadores me gritaban desahogados diversos epítetos de carácter irónico.

Los sagoths me pisaban los talones. Había uno en especial, más veloz que sus compañeros, que estaba peligrosamente cerca. El cañón se había convertido en un resquicio rocoso que subía en empinado ángulo hacia lo que parecía ser un pasadizo entre dos montañas colindantes. No podía adivinar que había detrás: quizá un abismo de cientos de pies sobre el valle del otro lado. ¿Me habría metido en un callejón sin salida?

Al percatarme de que no podría llegar a la cima del cañón antes que los sagoths, tomé la determinación de arriesgar todo en un intento de detenerlos temporalmente. Con ese objeto tomé el tosco arco que llevaba sobre los hombros y extraje una flecha del carcaj de cuero. Mientras colocaba la saeta con la mano derecha me detuve y giré sobre mis talones.

En mi mundo de origen jamás había disparado una flecha, pero desde nuestra huida de Phutra había matado varias piezas de caza menor y, a fuerza de hacerlo, había adquirido cierta puntería. Durante nuestra fuga, había vuelto a encordar mi arco con un trozo de tripa de un enorme tigre que Ghak y yo habíamos cazado con flechas, lanzas y espadas. La madera del arco era muy resistente, y esto, junto con la elasticidad de la nueva cuerda, me dio una inusitada confianza en mi arma.

Nunca antes había necesitado tanto de la serenidad como en aquel momento, y nunca estuvieron mis nervios y mis músculos tan perfectamente controlados. Tomé puntería con tanta precisión y cautela como si le fuera a disparar a un blanco. El sagoth no había visto jamás arcos ni flechas; pero de pronto debió ocurrírsele a su mente obtusa, que aquel artefacto que yo empuñaba debía ser algún tipo de arma, pues él también se detuvo y se preparó para arrojar su hacha. Ésta es una de las muchas formas en que utilizan esta arma, y la precisión con que lo hacen, aún en las circunstancias más desfavorables, es poco menos que milagrosa.

Tenía la cuerda estirada al máximo y mi ojo estaba centrado en el pectoral izquierdo de mi antagonista. Entonces, en el mismo instante, él arrojó su hacha y yo disparé mi flecha. En el preciso momento en que volaron nuestros proyectiles salté hacia un costado, pero el sagoth se precipitó hacia adelante para seguir su ataque con un lanzazo. Sentí el hacha silbar junto a mi cabeza, y vi como mi flecha le perforaba el corazón al sagoth que, con un aullido, cayó muerto casi a mis pies.

Detrás de él venían otros dos más, a unas cincuenta yardas aproximadamente; pero la distancia me dejó suficiente tiempo como para levantar el escudo del guardia muerto, ya que mi reciente experiencia me había advertido que era algo muy necesario. No habíamos podido traer los que había cogido en Phutra, pues su tamaño no permitía esconderlos debajo de las pieles de los mahars con las que habíamos podido huir de la ciudad.

Con el escudo bien ceñido a mi brazo izquierdo dejé volar una segunda flecha que echó por tierra a otro sagoth. Detuve el hacha de su compañero con el escudo y me dispuse a disparar otra flecha, pero éste no esperó a recibirla, sino que se volvió y retrocedió hacia el cuerpo principal de hombres gorila. Evidentemente, había visto suficiente por el momento.

Nuevamente reanudé mi huida, pero los sagoths ya no parecían tan deseosos de seguirme desde tan cerca. Llegué sin obstáculos a la cima del cañón donde encontré un precipicio de unos doscientos o trescientos pies que daba a un abismo rocoso. Hacia la izquierda había una angosta cornisa, de modo que avancé por ella. En un recodo, unas yardas más allá del extremo del cañón, la cornisa se abría, y hacia mi izquierda vi la entrada

de una gran caverna. La cornisa seguía hasta desaparecer de la vista tras un promontorio de la montaña.

Allí sentía que podía enfrentarme con un ejército, pues sólo se podía avanzar de uno en uno y quienquiera que llegase no sabría que yo estaba esperando que apareciese por el recodo y se encontrase cara a cara conmigo. Alrededor había piedras desprendidas de la escarpa. Eran de diversos tamaños y formas, pero algunas tenían las dimensiones adecuadas para usarlas como municiones en lugar de mis valiosas flechas. Reuní una gran cantidad de ellas frente a la entrada y esperé la llegada de los sagoths.

Mientras esperaba, tenso y silencioso, aguzando el oído para percibir el primer leve rumor que me advirtiera de la llegada de mis enemigos, un ruido que vino de las oscuras profundidades de la cueva me llamó la atención, provocado tal vez por el movimiento del cuerpo de alguna gigantesca bestia al levantarse del suelo. Casi en el mismo instante percibí el rozar de unas sandalias de cuero sobre la cornisa, al otro lado del recodo. Durante unos segundos no supe que hacer.

Y entonces en la profunda oscuridad de la cueva, vi dos ojos llameantes que me miraban fijamente. Estaban a un nivel superior a los dos pies por encima de mi cabeza. Es cierto que el animal quizás estuviese parado sobre alguna plataforma dentro de su cubil, o que quizás se hubiese erguido sobre las patas traseras; pero ya había visto suficientes monstruos en Pellucidar como para saber que podía tratarse de algún temible y nuevo titán cuyas dimensiones y ferocidad eclipsaran las de las demás fieras que había visto con anterioridad.

Sea lo que fuere, se acercaba lentamente a la entrada de la caverna emitiendo un profundo y horripilante gruñido, de modo que no quise disputar la posesión de la cornisa con el dueño de aquella voz. Como el sonido no había sido fuerte era improbable que los sagoths lo hubieran oído. Pero las posibilidades que aquello insinuaba eran tales que sabía que sólo podía provenir de un animal feroz y enorme.

Seguí caminando por la cornisa más allá de la boca de la cueva, donde ya no podía ver el destello de aquellos ojos, y un segundo después apareció el rostro diabólico de un sagoth que avanzaba cauteloso por el recodo del otro lado de la caverna. Apenas me vio se lanzó en mi persecución, seguido por varios de sus compañeros, pero en ese mismo momento el animal salió de su guarida y se encontró cara a cara con el sagoth en la angosta cornisa.

Se trataba de un oso gigantesco, cuya colosal mole mediría fácilmente ocho pies desde el hombro hasta el suelo, y más de doce desde el hocico hasta la punta del rabo. Al ver a los sagoths emitió un tremendo bramido y se abalanzó sobre ellos. Con un aullido de terror el sagoth que llevaba la delantera se volvió para escapar, pero chocó con sus compañeros.

Lo que sucedió en los segundos que siguieron fue una escena de indescriptible horror. El sagoth más cercano al oso, al encontrar obstruido el paso, se arrojó deliberadamente a la muerte horrenda en las abruptas rocas, a trescientos pies de profundidad, y luego las mandíbulas tremendas de aquella bestia asieron al siguiente. Hubo un crujir de huesos triturados y el cadáver mutilado cayó al vacío, pero la inmensa bestia prosiguió su embestida por la cornisa.

Los sagoths saltaban al precipicio gritando enloquecidos para escapar del animal, y lo último que vi fue que el oso doblaba por el recodo persiguiendo a los desmoralizados supervivientes. Durante un largo rato pude oír los rugidos de la fiera entremezclados con los aullidos de sus víctimas, hasta que finalmente los sonidos fueron menguando hasta

desvanecerse a lo lejos.

Más tarde supe por Ghak —que había llegado hasta su tribu y salido con un contingente para rescatarme—, que el ryth, como se llamaba a aquel animal, había perseguido a los sagoths hasta exterminarlos a todos. Ghak, claro está, tenía el convencimiento de que yo había caído en las fauces de aquel terrible monstruo que, en Pellucidar, era en verdad el rey de las fieras.

Como no tenía deseos de volver por el cañón, donde podía toparme con el oso o con los sagoths, seguí andando por la cornisa con la creencia de que si daba un rodeo por la montaña podría llegar hasta la tierra de Sari desde otra dirección. Pero, evidentemente, me extravié en las vueltas y recodos, pues no llegué hasta mucho tiempo después.



Capítulo XIV

El jardín del Edén

No era de extrañar que me hubiera perdido en el laberinto que formaban aquellas inmensas colinas, teniendo en cuenta que carecía de medios para orientarme. Lo que en realidad hice fue atravesar por completo las colinas y salir por el lado opuesto. Sé que anduve vagando durante mucho tiempo hasta que, ya cansado y hambriento, hallé una pequeña cueva en la piedra caliza que había reemplazado al granito.

La caverna que me atrajo la atención estaba situada en medio de una ladera escarpada del elevado precipicio. El camino que conducía a ella era lo suficientemente difícil como para que fuera accesible a los animales mayores, y además era demasiado reducida como para que habitara en ella otra cosa que no fueran mamíferos o reptiles pequeños. Sin embargo, entré con la mayor cautela.

Me encontré en una cámara con una hendidura en la roca que permitía la entrada de suficiente luz solar como para disipar en parte la oscuridad. La cueva estaba totalmente vacía, sin ningún indicio de haber sido habitada recientemente, y la entrada era relativamente pequeña. Sin embargo, no sin realizar un considerable esfuerzo, logré subir una roca desde el valle para tapar por completo la abertura.

Luego volví a descender al valle para buscar un manojo de hierbas y en la ocasión tuve la suerte de encontrar y dar caza a un orthopi, el diminuto caballo de Pellucidar, no mayor que un fox terrier, que abunda por todas partes en el mundo interior. Así, con comida y lecho, regresé a mi morada, donde después de comer la carne cruda, costumbre a la que a esas alturas ya me había acostumbrado por completo, cerré la entrada con la piedra y me acurruqué en mi cama de hierbas. Era un cavernícola desnudo y primitivo, tan salvaje como mis antepasados prehistóricos.

Al despertar, renovado aunque con hambre, aparté la roca y salí a la pequeña plataforma rocosa que hacía las veces de porche de entrada. Ante mí se extendía un reducido pero hermoso valle, a través del cual serpenteaba un río cristalino que desembocaba en un mar interior cuyas azules aguas eran apenas visibles entre las dos montañas que cercaban aquel pequeño paraíso. Las laderas de las colinas estaban rebosantes de vegetación, y una gran selva las revestía hasta la cima rojiza y amarillenta. El valle mismo estaba alfombrado de abundante hierba, mientras que en un lado y en otro se veían flores silvestres que interrumpían el verdor con sus encendidos colores.

En algunos lugares había grupos de tres o cuatro árboles parecidos a palmeras, debajo de los cuales podían verse antílopes parados, mientras otros pacían o se dirigían graciosamente a beber a un vado cercano. Eran varias las especies que había de estos magníficos animales, los más espléndidos de los cuales se asemejaban al íbice gigante de Africa, excepto por los cuernos que en ellos formaban una espiral que luego de una vuelta completa detrás de las orejas se dirigían hacia delante para terminar en dos formidables y afiladas puntas. Su tamaño es el de un toro de pura raza Hereford, pero se mueven con mucha mayor velocidad y agilidad. Las anchas bandas amarillentas que surcan sus pieles de color roano oscuro, hizo que en un primer momento los confundiese con cebras. Eran animales muy hermosos que le daban un digno toque final al extraño y encantador panorama que se abría ante mi nuevo hogar.

Había decidido convertir la cueva en una base y, a partir de ella, realizar una

exploración sistemática de las inmediaciones hasta encontrar la tierra de Sari. Con todo, primero devoré lo que quedaba del orthopi que había cazado antes de dormir. Después escondí el Gran Secreto en un hueco del fondo de la cueva, coloqué la roca delante de la entrada y eché a andar armado con arco, flechas, mi espada y mi escudo.

A mi paso los rebaños se hacían a un lado y los pequeños orthopis mostraban la mayor cautela y se alejaban al galope hasta una distancia prudencial. Todos los animales dejaban de comer cuando me acercaba, y luego de alejarse se quedaban contemplándome con una mirada grave y las orejas tías. Uno de los animales de rayas amarillas bajó la cabeza y bramó con furia. Incluso dio algunos pasos hacia mí, por lo que temí que atacara; pero al verme pasar de largo siguió comiendo como si nada hubiera ocurrido.

Cerca del extremo inferior del valle pasé junto a una gran cantidad de tapires, y en la otra ribera del río divisé un sadok, el enorme antepasado bicorne del rinoceronte moderno. Al terminar el valle, los peñascos situados a mi izquierda se continuaban en el mar, por lo que para atravesarlos como deseaba hacer, era necesario buscar alguna cornisa por donde proseguir la marcha. A unos cincuenta pies de altura hallé un saliente que formaba un sendero natural sobre el frente del precipicio, y continué por él hasta el final de aquél.

En ese lugar la cornisa ascendía bruscamente hacia la cresta del acantilado. El estrato que lo formaba había sido evidentemente empujado hacia arriba al originarse las montañas que había detrás. Mientras subía por la empinada cuesta, un sonido raro y sibilante, y lo que parecía un batir de alas atrajeron repentinamente mi atención. Al volver la vista me encontré con el espectáculo más horrendo que había presenciado desde mi llegada a Pellucidar: era un dragón gigante, como los que aparecían en las leyendas y en los cuentos de hadas. El cuerpo debía medir más de cuarenta pies de largo, mientras que las alas de murciélago que le servían para mantenerse en el aire tenían una extensión de treinta pies. Las fauces estaban armadas de unos dientes largos y afilados, y las patas tenían unas garras espantosas.

El sonido siseante que me había llamado la atención al principio provenía de su garganta y parecía estar dirigido a algo que se hallaba más abajo de donde yo me encontraba y que no lograba ver. La cornisa por la que caminaba se acababa unos pasos más adelante, y al llegar a su fin comprendí el motivo de la agitación del reptil.

En algún momento de una edad pasada un seísmo había provocado una falla en aquel punto, de modo que el nivel había bajado unos veinte pies. El resultado era que la cornisa se continuaba unos veinte pies más abajo, donde terminaba tan abruptamente como en el sitio en el que me encontraba.

Y allí, obviamente detenida por el obstáculo insalvable de aquel desnivel, estaba el objeto del ataque de la bestia: una muchacha que, agachada en aquella angosta plataforma, se cubría el rostro con las manos como para ahuyentar la imagen de la horrible muerte que revoloteaba sobre ella.

El dragón había bajado y parecía estar a punto de precipitarse sobre su presa. No había tiempo que perder, ni siquiera un segundo para sopesar las posibilidades que tenía contra un animal tan formidablemente armado, y la escena de aquella muchacha aterrorizada despertaba lo mejor que había en mí. El instinto de protección del sexo opuesto, que casi debió ser idéntico al de autoconservación en el hombre primitivo, me impulsó a acudir en auxilio de la joven como si se tratara de la atracción ejercida por un imán.

Sin pensar en las consecuencias, salté desde el extremo de la cornisa hasta la

plataforma. En el mismo instante el dragón se lanzó al ataque, pero mi brusca llegada debió tomarlo por sorpresa, pues desvió su dirección y volvió a levantar el vuelo.

El ruido que hice al caer junto a la muchacha debió hacerle pensar que yo era el dragón y que había llegado su fin. Pero al no sentir cerrarse los crueles colmillos sobre ella, alzó asombrada los ojos. Cuando me vio noté en ellos una expresión que me resulta difícil de describir; pero dudo que sus sensaciones fueran un ápice más complejas que las mías, porque los ojos que se enfrentaban a los míos eran los de Dian la Hermosa.

—¡Dian! —exclamé—. ¡Dian! ¡Gracias a Dios que llegué a tiempo!

—¿Tú? —susurró ella, y de nuevo volvió a ocultar su rostro.

No pude acertar a saber si estaba contenta o enfadada por mi presencia, porque una vez más el dragón venía hacia nosotros, y a tal velocidad que no tuve tiempo de empuñar el arco. Lo único que conseguí hacer fue coger una enorme piedra y arrojársela a la cabeza. Por suerte mi puntería fue buena, y con un silbido de dolor y de rabia el reptil viró y se alejó nuevamente.

Rápidamente coloqué una flecha en el arco para estar preparado para el siguiente ataque, y mientras lo hacía miré a la muchacha. La sorprendí observándome subrepticamente, pero de inmediato volvió a cubrirse la cara con las manos.

—¿Por qué no me miras, Dian? —conseguí decir—. ¿No te alegras de verme?

Me miró directamente a los ojos.

—Te odio —dijo, y luego, cuando estaba a punto de suplicarle que me escuchara, señaló por encima de mi hombro.

—¡Viene el thipdar! —dijo, y entonces me tuve que volver para enfrentar al animal.

Porque aquel era el thipdar, el sabueso de los mahars, el pterodáctilo extinguido del mundo exterior. Pero esta vez me enfrentaba a él con un arma que nunca había visto. Había elegido la flecha más larga, y tenía el arco tan tenso que la punta de esta tocaba mi dedo pulgar; de modo que cuando el reptil estuvo lo suficientemente cerca, le disparé directamente en la mitad del pecho.

La enorme bestia soltó un horrible grito y cayó al mar dando vueltas y retorciéndose, siseando como la válvula de escape de una máquina de vapor, con la flecha clavada en el cuerpo. Entonces me volví hacia la chica. No me miraba, pero era evidente que había visto sucumbir al thipdar.

—Dian —dije—, ¿no me dirás que no te alegra que te haya encontrado?

—Te he dicho que te odio —fue su única respuesta, aunque se me ocurrió que lo decía con menos vehemencia que antes.

—¿Por qué me odias, Dian? —pregunté.

Pero no me contestó.

—¿Qué haces aquí? —proseguí entonces—. ¿Qué has hecho desde que Hooja te liberó de los sagoths?

Al principio pensé que iba a ignorarme por completo, pero finalmente lo pensó mejor.

—Estuve huyendo otra vez de Jubal el Feo —dijo—. Después de fugarme de los sagoths volví sola a mi país, pero pensé en Jubal y no me atreví a entrar en las aldeas ni anunciar mi llegada a ninguno de mis amigos por temor a que él se enterara. Después de observar durante largo tiempo me di cuenta de que mi hermano no había vuelto aun, por lo que permanecí en un valle que mi pueblo raras veces frecuenta, a la espera de que regresara y me librase de Jubal. Pero al final uno de los cazadores de Jubal me vio cuando me acercaba sigilosamente a la morada de mi padre para ver si había regresado mi hermano y

dio la voz de alarma. Jubal salió en mi búsqueda. No debe estar lejos ahora. Cuando llegue te matará y me llevará a su cueva. Es un hombre terrible.

—He llegado hasta donde he podido —concluyó mirando con desaliento la continuación de la cornisa, veinte pies más arriba—. ¡Pero no me tendrá! El mar está allí, y el mar me tendrá antes que Jubal.

—Pero ahora quien te tiene soy yo, Dian —dije—. No serás de Jubal ni de nadie, puesto que eres mía.

La tomé de la mano, pero no se la levanté por encima de la cabeza ni la dejé caer como señal de que la devolviese la libertad. Se había puesto de pie y me miraba directamente a los ojos con una mirada impasible.

—No te creo —dijo—; si fuera verdad lo hubieras hecho cuando estaban presentes los demás para presenciarlo. Entonces sí hubiera sido verdaderamente tu esposa. Ahora no hay nadie que nos vea y sabes que sin testigos tu acto no nos ata el uno al otro.

Tras decir esto retiró su mano de la mía y se alejó. Traté de convencerla de que era sincero, pero ella no podía perdonarme la humillación que había sufrido en la anterior ocasión.

—Si es cierto todo lo que dices, tendrás oportunidad de sobra de probarlo —dijo—, siempre que Jubal no te coja y te mate. Estoy en tu poder, y el trato que me des será la mejor prueba de tus intenciones hacia mí. No soy tu esposa, y te repito que te odio y que me alegraría no volver a verte nunca más.

No se podía negar que Dian era muy franca. A decir verdad, encontré que la ingenuidad y la franqueza eran características bastante marcadas en los cavernícolas de Pellucidar. Finalmente la insté a que intentáramos llegar a mi cueva donde podríamos eludir a Jubal, pues debo admitir sin reservas que no tenía el menor deseo de enfrentarme con el formidable y feroz gigante de cuya fuerza y destreza me había hablado Dian cuando la conocí. Él era quien había combatido y vencido a un oso armado sólo con un insignificante cuchillo. Era Jubal el que podía atravesar la coraza de un sadok con su lanza a cincuenta pasos de distancia. Era él quien había hundido el cráneo de un dyryth de un solo golpe de su garrote. No, ciertamente no deseaba toparme con Jubal el Feo, y menos aun tenía la intención de salir a su encuentro. Pero, como a menudo suele ocurrir con estas cosas, el asunto no estuvo en mis manos y me vi forzado a encontrarme cara a cara con mi adversario.

Sucedió de este modo: había echado a andar con Dian por la misma cornisa por la que ella había venido, buscando un acceso a la cima del precipicio, pues sabía que desde allí podríamos pasar al pequeño valle y hallar alguna forma de descender hasta él. Mientras avanzábamos, le di a Dian instrucciones detalladas de como llegar a mi cueva en caso de que me ocurriese algo. Sabía que estaría fuera de peligro una vez que se encontrase en mi refugio y que en el valle hallaría lo suficiente para alimentarse.

Además, me sentía muy dolido por el trato que me había dado. Tenía el corazón oprimido y lleno de tristeza, y quería hacer que ella se sintiera mal insinuándole que algo terrible podía pasarme y, más aún, que podía perder la vida. Pero no dio resultado alguno, o cuando menos yo no lo noté, pues Dian se limitó a levantar sus magníficos hombros y musitar algo acerca de que no es tan fácil librarse de los problemas.

Me quedé en silencio. Estaba totalmente aplastado. ¡Pensar que en dos oportunidades había acudido en su ayuda y que había expuesto mi vida en la segunda de ellas! Era increíble que incluso una hija de la Edad de Piedra fuera tan desagradecida y tuviera tan poco corazón. Pero tal vez su corazón tenía las cualidades de su época.

Poco después, en el precipicio hallamos una grieta que había sido ensanchada por efecto del agua que discurría por ella desde la altiplanicie. La grieta complicó nuestro ascenso a la cumbre, pero al fin nos encontramos en la meseta que se extendía varias millas hasta la cadena principal de montañas. Detrás de nosotros se encontraba el mar interior, que se curvaba en la distancia sin horizontes y se confundía con el azul del cielo, por lo que parecía que se alzaba en un arco sobre nuestras cabezas hasta perderse detrás de las lejanas montañas, a nuestra espalda. Los extraños y misteriosos paisajes de Pellucidar superan cualquier descripción posible.

A nuestra derecha había una densa selva, pero a la izquierda había campo abierto hasta el límite de la meseta. Decidimos proseguir nuestro viaje en esa dirección; estábamos a punto de reanudar la marcha cuando Dian me tocó el brazo. Me volví hacia ella pensando que quería hacer las paces, pero estaba equivocado.

—¡Jubal! —exclamó, señalando hacia la selva.

Miré en la dirección que ella indicaba y vi que del espeso follaje salía un hombre enorme. Debía medir siete pies de alto y estaba bien proporcionado, pero aún se hallaba demasiado lejos como para que pudiese distinguir sus facciones.

—Corre —le dije a Dian—. Puedo distraerlo hasta que le lleves una buena ventaja, y tal vez pueda retenerlo hasta que te hayas deshecho de él completamente.

Luego, sin mirar atrás, fui al encuentro de Jubal el Feo. Esperaba que Dian me hubiera dirigido alguna palabra amable antes de partir, pues debía saber que me dirigía hacia la muerte por su causa; pero ni siquiera se despidió, y con el corazón oprimido avancé por la pradera salpicada de flores a enfrentarme con mi destino.

Cuando me acerqué lo suficiente a Jubal como para ver sus facciones, comprendí al instante por que se había ganado el apodo de “El Feo”. Aparentemente, algún animal feroz le había arrancado un lado de la cara, pues le faltaba un ojo, la nariz y la carne, de forma que se le veían las mandíbulas y los dientes en medio de aquella espantosa herida.

Quizá su aspecto hubiera sido antes tan agradable como el de los demás miembros de su apuesta raza, y era posible que el terrible resultado de aquella lucha hubiera agriado su temperamento ya de por sí fuerte y violento. Sea como fuere, lo cierto es que el espectáculo que ofrecía no era hermoso; y ahora que su semblante, o lo que quedaba de él, estaba alterado aún más por la ira que le producía ver a Dian con otro hombre, era verdaderamente espantoso... aunque más espantoso todavía era enfrentarse a él.

En aquel momento había empezado a correr blandiendo su lanza. Mientras tanto yo puse una flecha en mi arco y tomé puntería. La operación me llevó más tiempo que de costumbre, pues he de confesar que el talante de aquel hombre espantoso me había alterado los nervios hasta tal punto que mis rodillas temblaban. ¿Qué posibilidad tenía contra aquel imponente guerrero que no temía ni siquiera a un oso? ¿Qué esperanza había de que superara a quien había derrotado sin ayuda a un sadok y a un dyryth? Me estremecí, pero, a fe mía, debo decir que mi temor era más por el destino de Dian que por mí mismo.

Entonces arrojó su gran lanza de punta de piedra y tuve que levantar mi escudo para contrarrestar la fuerza de su tremenda velocidad, pero el impacto me tiró al suelo. El escudo había desviado el arma y estaba ileso. Jubal se abalanzó entonces con la única arma que le quedaba: un cuchillo que infundía pavor. Estaba demasiado cerca como para tomar puntería con el arco, pero a pesar de todo le disparé una flecha. Esta penetró en la parte carnosa de su muslo y le produjo una herida dolorosa pero no grave. Un segundo más tarde estaba sobre mí.

Mi agilidad me salvó por un instante. Esquivé su brazo, y cuando se volvió para

seguir su ataque se encontró con mi espada cerca de su rostro. Un instante después le hice sentir unas pulgadas de su filo en el brazo, y a partir de ese momento procedió con más cautela.

Era un duelo de estrategia. Aquel hombre enorme e hirsuto maniobraba para romper mi guardia y poder emplear su gigantesca fuerza, mientras que yo apelaba a mi ingenio para mantenerlo a distancia. Tres veces me atacó y las tres detuve su cuchillo con mi escudo, y en todas ellas mi espada le alcanzó el cuerpo e incluso en una llegó hasta el pulmón. En ese momento el cuerpo se le cubrió de sangre y la hemorragia interna le provocó un acceso de tos que hizo que de la boca y de la nariz le brotase un chorro rojizo. Con la cara y el pecho cubierto de una espuma sanguinolenta presentaba un aspecto nada agradable, pero distaba mucho de morir.

A medida que se desarrollaba el duelo empecé a tener más confianza en mí mismo pues, a decir verdad, no esperaba ni siquiera soportar la primera embestida de aquella monstruosa máquina de cólera y odio descontrolados. Y creo que también Jubal cambió su actitud de total desprecio hacia mí por un cierto respeto. Evidentemente por su mente primitiva había pasado la idea de que acaso se hubiera encontrado al fin con un adversario superior y que su fin estaba próximo.

De todas formas, sólo esta hipótesis pudo explicar su actitud a partir de entonces, pues al parecer constituyó su último recurso, una especie de intento desesperado dictado por la certeza de que si no me mataba cuanto antes, lo iba a matar yo. Y eso ocurrió al lanzar su cuarta embestida, en la que en lugar de atacar con el cuchillo arrojó lejos el arma, y asiendo la hoja de mi espada con ambas manos me la arrebató con la misma facilidad con que se la hubiera arrebatado a un niño. Luego la arrojó lejos de mi alcance y se quedó inmóvil durante un instante mirándome con una perversa expresión de triunfo que casi me hizo perder toda mi confianza. Entonces se abalanzó sobre mí con sus manos, pero aquel era el día en el que Jubal estaba destinado a aprender nuevos métodos de combate. Era la primera vez que veía un arco y una flecha y jamás había tenido un duelo contra una espada, pero además iba a descubrir lo que podía hacer otro hombre con los puños si sabía usarlos.

Lo esquivé en el momento en que se arrojaba sobre mí, y un segundo después le descargué con todas mis fuerzas un golpe directo en el mentón. La montaña de carne se derrumbó despatarrada en el suelo. Estaba tan sorprendido y aturdido que permaneció allí durante varios segundos antes de que consiguiera levantarse; yo permanecía cerca, preparado para darle una nueva dosis apenas se pusiera en pie.

Al fin lo hizo, casi rugiendo de ira e indignación, aunque no pudo mantenerse mucho tiempo en pie, pues le di otro golpe en el mentón que volvió a tenderlo de espaldas. Creo que después de aquello Jubal enloqueció de furor, porque ningún hombre en su sano juicio hubiera insistido tantas veces. En varias ocasiones consecutivas le hice rodar por tierra casi sin darle tiempo de que, tambaleándose, se pusiera en pie. Hacia el final, el tiempo que permanecía tendido entre golpe y golpe fue aumentando y cada vez se le veía más débil.

Sangraba profusamente de la herida que le había inferido en el pulmón, y finalmente un golpe tremendo en el corazón lo tumbó. Se quedó inmóvil, y entonces supe que Jubal el Feo no volvería a levantarse nunca más. Y sin embargo, al mirar aquella horrenda mole muerta, no podía creer que yo hubiese vencido a aquel temible cazador de fieras, a aquel ogro de la Edad de Piedra, tan sólo con mis manos.

Recogí mi espada y me apoyé en ella; mientras revivía la batalla que acababa de concluir, una gran idea se despertó en mi mente: el significado que aquello tenía y la

sugerencia que Perry me había hecho en Phutra. Si la ciencia y la destreza podían convertir a un enano en el vencedor de aquel imponente gigante, ¿qué no lograrían los congéneres de aquel bruto con la misma ciencia y destreza a su disposición? Todo Pellucidar estaría a sus pies; yo sería su rey y Dian su reina.

¡Dian! Una duda surgió ante mí. Era bastante posible que Dian me desdénara aunque yo fuera rey, pues era la persona con más orgullo que había conocido, con una manera muy convincente de hacérselo saber a uno. Con todo, podía ir a la cueva y contarla que había dado muerte a Jubal; así posiblemente sería más bondadosa conmigo, ya que la había librado de su perseguidor. Esperaba que hubiera hallado sin dificultades la caverna, pues habría sido terrible volver a perderla. Así pues, me volví a recoger mi arco y mi escudo para acudir en su busca, pero para mi sorpresa la encontré a no más de diez pasos de distancia.

—¡Muchacha! —exclamé—. ¿Qué demonios haces aquí? Pensé que te habías ido a la cueva, como te dije.

Levantó la cabeza y me dirigió una mirada que me despojó de todo mi enfado y me hizo sentir como si fuera el portero de un palacio, siempre que en los palacios haya porteros.

—¡Cómo que tú me dijiste que lo hiciera! —gritó indignada—. Yo hago lo que quiero. Soy la hija de un rey y, lo que es más, te aborrezco.

Me quedé estupefacto. ¡Vaya forma de agradecerme el que la hubiera salvado de Jubal! Me volví a mirar su cadáver. “Quizá te salvé de un destino peor, amigo”, comenté; pero creo que Dian no captó la sutileza pues no pareció entenderla.

—Vayamos a la cueva —dije—. Estoy cansado y hambriento.

Me siguió de cerca, pero ninguno de los dos hablamos. Yo estaba demasiado enfadado y ella, evidentemente, no tenía interés en conversar con personas inferiores. Estaba muy enojado pues pensaba que indudablemente me merecía al menos alguna palabra de agradecimiento. Sabía que, aun para la idea que ella tenía de las cosas, yo había hecho algo muy meritorio al dar muerte al formidable Jubal en una lucha mano a mano.

Una vez en mi refugio, a donde llegamos sin dificultades, bajé de inmediato al valle para cazar un antílope que luego llevé a rastras por la empinada ladera hasta la entrada de la cueva. Comimos en silencio. De vez en cuando la miraba, pensando que el verla comer y despedazar la carne cruda con las manos y los dientes como un animal salvaje provocaría algún cambio en mis sentimientos hacia ella. Pero para mi sorpresa vi que comía con tanta delicadeza como la dama más civilizada de cuantas había conocido, y finalmente terminé por observar con tonta fascinación la belleza de sus dientes blancos y fuertes. Así es el amor.

Después de nuestra comida fuimos juntos al río a lavarnos la cara y las manos, y luego de saciar nuestra sed regresamos a la cueva. Sin una palabra, me acurriqué en un rincón y me quedé profundamente dormido.

Cuando desperté me encontré a Dian sentada en la entrada mirando hacia el valle. Se hizo a un lado para dejarme pasar, pero no pronunció una sola palabra. Quería odiarla, pero no podía. Cada vez que la miraba algo se atascaba en mi garganta y sentía que me ahogaba. Nunca había estado enamorado, pero no necesité ayuda para diagnosticar el caso: estaba enamorado hasta la médula. ¡Dios, como quería a aquella hermosa, tentadora y desdenosa muchacha prehistórica!

Después de nuestra segunda comida le pregunté a Dian si tenía intenciones de volver a su tribu ahora que Jubal había muerto, pero movió la cabeza con tristeza y dijo que

no se atrevía, pues había que tener en cuenta que aún quedaba el hermano mayor de Jubal.

—¿Y qué tiene que ver él? —pregunté—. ¿Acaso también te quiere? ¿O es que el deseo de tenerte se ha vuelto hereditario en esa familia y pasa de generación en generación? No entendió muy bien lo que la quería decir.

—Es probable —dijo— que todos quieran vengar la muerte de Jubal. Son siete, siete hombres tremendos. Alguien tendría que matarlos a todos para que pudiese volver a reunirme con mi gente.

Empezaba a parecerme que había asumido un compromiso demasiado excesivo para mí; siete veces excesivo para ser exacto.

—¿Tenía Jubal algún primo? —pregunté, queriendo saber lo peor.

—Sí —respondió Dian—, pero ellos no cuentan, porque ya tienen esposas. Los hermanos de Jubal no las tienen porque él no podía conseguir ninguna. Era tan feo que las mujeres huían de él. Algunas han llegado a arrojarse al Darel Az desde los acantilados de Amoz antes que tener que unirse a él.

—¿Pero eso qué tiene que ver con sus hermanos? —pregunté.

—Había olvidado que no eres de Pellucidar —dijo Dian con una expresión de lástima y de desprecio; y ese desprecio parecía exagerarlo, dadas las circunstancias, para que no hubiera posibilidad alguna de que yo lo pasase por alto.

—Lo que ocurre —prosiguió—, es que el hermano menor no puede tomar esposa hasta que todos sus hermanos mayores lo hayan hecho, a menos que estos quieran ceder la prerrogativa, cosa que Jubal no quería hacer, pues sabía que mientras ellos permaneciesen solteros harían lo posible por ayudarlo a encontrar compañera.

Noté que Dian estaba un poco más comunicativa y aquello me infundió la esperanza de que se estuviera reconciliando conmigo, aunque pronto descubrí que mi esperanza pendía de un hilo muy delgado.

—Ya que no te atreves a regresar a Amoz —dije— ¿qué será de ti, si no puedes ser feliz aquí conmigo y me detestas de esa forma?

—Tendré que soportarte —replicó con frialdad— hasta que decidas irte a otra parte y dejarme en paz. Después me las arreglaré sola.

La miré atónito. Parecía inaudito que aun una mujer prehistórica fuera tan fría y desagradecida. Me puse de pie.

—Yo te dejaré ahora mismo —dije con soberbia—. Ya he soportado demasiado tus insultos y tu ingratitud.

Y me fui caminando altivamente hacia el valle. Anduve cien pasos en absoluto silencio y entonces Dian habló.

—¡Te odio! —me gritó, y su voz se quebró de ira, supuse yo.

Me sentía absolutamente desdichado, pero no me había alejado mucho cuando me di cuenta de que no podía dejarla allí sola y sin protección, para que tuviese que conseguir su propio alimento en medio de los peligros de aquel mundo salvaje. Podía odiarme, vituperarme y mortificarme a cada instante, como ya había hecho, hasta que la odiase; pero lo cierto era que la amaba y que no podía dejarla allí sola.

Cuanto más pensaba en ello, más me encolerizaba, de modo que cuando llegué al valle estaba furioso y el resultado fue que giré sobre mis talones y volví a escalar el acantilado con la misma rapidez con que lo había bajado. Vi que Dian se había metido en la cueva, así que yo también entré. Estaba recostada con la cara escondida en el montón de hierba que yo había recogido para hacer la cama, y al oírme se puso en pie de un salto.

—¡Te odio! —me volvió a decir.

Al entrar de la luz brillante del sol de mediodía a la semipenumbra de la cueva no pude distinguir sus facciones, lo que fue un alivio, pues no deseaba leer el odio que había escrito en ellas.

No le dije una palabra. Crucé la caverna y la cogí por las muñecas. Ella luchó, pero le sujeté las manos contra la espalda con un brazo. Luchaba como una tigresa, pero con mi otra mano le tiré de la cabeza hacia atrás. Supongo que de repente me volví un animal salvaje, que retrocedí un millón de años y me convertí en un verdadero cavernícola que tomaba por la fuerza a su hembra. Entonces besé una y otra vez aquellos labios hermosos.

—Dian —exclamé sacudiéndola bruscamente—, yo te amo. ¿No puedes comprender que te amo?, ¿que te amo más que a nada en este mundo y en el mío?, ¿que tengo que tenerte porque un amor así no puede ser rechazado?

Noté que estaba muy quieta entre mis brazos; y a medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, vi que estaba sonriendo, con una sonrisa satisfecha y feliz. Me quedé estupefacto. Me di cuenta que, muy dulcemente, estaba tratando de soltar sus brazos, y entonces yo aflojé el mío para permitirle hacerlo. Lentamente sus manos me ciñeron el cuello, y atrajo mis labios hacia los suyos reteniéndolos allí largo rato. Por fin habló.

—¿Por qué no hiciste esto al principio, David? ¡Lo he estado esperando tanto tiempo!

—¿Qué? —exclamé desconcertado—. ¡Dijiste que me odiabas!

—¿Esperabas acaso que corriera a tus brazos, diciéndote que te amaba antes de saber si tú me amabas? —preguntó ella indignada.

—Pero si te dije desde el principio que te amaba —contesté.

—El amor se demuestra con actos —respondió—. Podías hacer que tu boca dijera lo que deseabas; pero ahora, cuando me tomaste en tus brazos, tu corazón le habló al mío en un lenguaje que el corazón de una mujer puede entender. ¡Eres un hombre tonto, David!

—Entonces, ¿nunca me has odiado? —pregunté.

—Siempre te he amado —susurró—, desde el momento en que te vi, aunque no lo supe hasta que peleaste con Hooja el Astuto y luego me rechazaste.

—Pero yo no te rechacé, Dian —protesté—. Desconocía tus costumbres, y no sé si tan siquiera ahora las conozco. Me parece increíble que me hayas insultado tanto, mientras al mismo tiempo me querías.

—Deberías haber supuesto —dijo—, que al no huir de tu lado no era el odio lo que me encadenaba a ti. Mientras luchabas con Jubal, pude haber esperado en el límite de la selva y haberte eludido al saber el resultado del combate.

—Pero los hermanos y los primos de Jubal... —le recordé—, ¿qué iba a pasar con ellos?

Se empezó a reír y ocultó su rostro en mi hombro.

—Te tenía que decir algo, David —susurró—. Necesitaba alguna excusa para quedarme contigo.

—¡Pequeña embustera! —exclame—. ¡Y me causaste toda esta congoja para nada!

—Yo he sufrido aún más —respondió sencillamente—, pues pensé que no me querías y estaba indefensa. No podía ir y exigirte que mi amor fuera correspondido como has hecho tú. Cuando te fuiste, hace un momento, te llevabas mi esperanza contigo. Me sentía desdichada y llena de terror, y se me partía el corazón. Lloré, cosa que no hacía desde la muerte de mi madre.

En ese momento vi que sus ojos se humedecían. El pensar en todo lo que había

sufrido aquella pobre niña casi me hizo llorar a mí también. Huérfana y desprotegida, perseguida por un hombre brutal, expuesta a los ataques de las incontables fieras de las montañas, selvas y llanuras; era un milagro que hubiera sobrevivido.

Para mí era una revelación de lo que mis antepasados habían tenido que sufrir para que la raza humana de la corteza exterior se hubiera propagado. Me llenaba de orgullo el pensar que había ganado el amor de semejante mujer. Ciertamente que no sabía leer ni escribir; no tenía nada de culta ni de refinada para nuestro concepto de cultura y refinamiento, pero era la esencia de todo lo bueno que hay en una mujer, pues era bondadosa, valiente y noble. Y tenía todas aquellas virtudes a pesar de que observarlas significaba sufrimiento, peligro, y tal vez la muerte.

¡Cuánto más fácil hubiera sido para ella entregarse directamente a Jubal! Legalmente hubiera sido su compañera. Hubiera sido la reina de su pueblo; y para una mujer de las cavernas ser reina en la edad de piedra significa tanto como para una mujer contemporánea. Es una forma de gloria similar desde cualquier punto de vista que se mire, y si hoy en día sólo existieran aborígenes desnudos en la corteza exterior, sería un honor considerable ser la mujer de un jefe Dahomey.

No pude menos que comparar el comportamiento de Dian con el de una espléndida mujer que había conocido en Nueva York, y digo espléndida en cuanto a su aspecto y a su conversación. Estaba locamente enamorada de un buen amigo mío, un sujeto cabal y varonil; pero se casó con un viejo libertino, acabado y de mala fama, porque era conde de no sé cual insignificante principado de Europa que ni siquiera tenía bandera.

Sí, estaba tremendamente orgulloso de Dian.

Después de un tiempo decidimos partir hacia Sari, pues tenía grandes deseos de ver a Perry y saber que tal le marchaban las cosas. Le conté a Dian nuestro plan para emancipar a la raza humana de Pellucidar, y aquello la entusiasmó mucho. Dijo que apenas regresara Dacor, su hermano, sería elegido rey de Amoz y podría aliarse con Ghak. Aquello significaría un magnífico principio, pues ambas eran tribus muy poderosas. Una vez que hubieran sido armados con arcos y espadas, y adiestrados en su uso, tenía la seguridad de que podrían someter a cualquier tribu que se mostrara reacia a integrarse al gran ejército de reinos confederados con el que planeábamos atacar a los mahars.

Le expliqué los diversos pertrechos de guerra que Perry y yo podríamos construir con un poco de experimentación: pólvora, rifles, cañones y varias cosas más. Dian aplaudía y, rodeándome el cuello con los brazos, me decía lo maravilloso que era. Había empezado a pensar que era omnipotente, aunque no había hecho otra cosa que hablar; pero así son las mujeres cuando aman. Perry solía decir que si un hombre fuera la décima parte de lo notable que lo consideran su madre o su esposa, podría dominar el mundo con sólo mover un dedo.

Al iniciar nuestro viaje a Sari pisé un nido de víboras antes de llegar al valle. Una de las más pequeñas me mordió en el tobillo, y Dian me hizo volver a la cueva. Dijo que no debía moverme, ya que podía resultar fatal, y que, de haber sido una víbora adulta, no hubiera podido dar un paso más. Me habría muerto instantáneamente de lo potente que es su veneno. De modo que debí guardar reposo durante algún tiempo, mientras los bálsamos que Dian preparaba con hierbas y hojas me bajaban la hinchazón y extraían la ponzoña.

El episodio fue muy afortunado, sin embargo, pues me dio una idea para aumentar mil veces la eficacia de mis flechas como instrumentos ofensivos y defensivos. Apenas estuve en pie, busqué algunos especímenes adultos de aquellas víboras y, después de matarlas, les extraje el veneno y lo unté en la punta de mis flechas. Más tarde le disparé a

un hienodonte, y aunque la flecha le provocó una herida muy superficial, el animal murió al instante de penetrarle la flecha.

De nuevo partimos hacia la tierra de Sari y nos despedimos con un sentimiento de gran pesar de nuestro hermoso Jardín del Edén y de la relativa paz y armonía que allí habíamos hallado, viviendo en él los momentos más felices de nuestras vidas. No sé cuánto tiempo estuvimos en aquel lugar, pues, como ya he dicho, el tiempo había dejado de existir para mí bajo aquel eterno sol de mediodía. Tal vez haya sido una hora o tal vez un mes. Lo ignoro.





"...le di otro golpe en el mentón que volvió a tenderlo de espaldas..." (Ilustración de Frank Frazetta)

Capítulo XV

Regreso a la Tierra

Vademos el río, cruzamos las montañas y finalmente llegamos a una gran llanura uniforme que alcanzaba hasta donde llegaba la vista. No podía decir en que dirección se extendía, pues durante todo el tiempo que pasé en Pellucidar no encontré otro medio de orientación distinto a los que se usaban allí: no hay Norte, ni Sur, ni Este, ni Oeste. Arriba es prácticamente el único sentido definido, y eso es abajo para los de la corteza exterior. Como el sol ni sale ni se pone, no hay forma de indicar la dirección más que usando objetos visibles, montañas, selvas, lagos o mares como puntos de referencia.

La planicie que se extiende más allá de los acantilados blancos que bordean el Darel Az, sobre la costa más cercana a las Montañas de las Nubes, es uno de los datos más precisos que se pueden dar a un habitante de Pellucidar. Si por casualidad uno no conoce el Darel Az, o los acantilados blancos o las Montañas de las Nubes, tiene la sensación de que algo falla, y añora los comprensibles términos de noreste o sudoeste del mundo exterior.

Apenas habíamos llegado a la llanura cuando divisamos dos enormes animales que se acercaban a lo lejos. Estaban a tal distancia, que no pude discernir de qué especie eran. Sin embargo, cuando se fueron acercando, vi que eran gigantescos cuadrúpedos que fácilmente medirían unos ochenta o cien pies de largo, de cabeza diminuta y largo cuello. La cabeza debía estar a más de cuarenta pies del suelo. Las bestias se movían muy lentamente —quiero decir que eran de movimientos lentos—, pero daban pasos tan grandes que en realidad avanzaban mucho más rápidamente que cualquier hombre.

A medida que se fueron acercando descubrimos que en su lomo viajaban seres humanos. Entonces Dian descubrió de qué se trataba aquello, aunque nunca lo había visto.

—Son lidi de las tierras de Thuria —exclamó—. Thuria está en el confín exterior de la Tierra de la Horrible Sombra. Los habitantes de Thuria son los únicos que montan a los lidi, porque no existen en ninguna otra parte más que en el país oscuro.

—¿Qué es la Tierra de la Horrible Sombra? —pregunté.

—Es la parte de Pellucidar que está debajo del Mundo Muerto —me respondió Dian—, el mundo que cuelga eternamente entre el Sol y Pellucidar. El Mundo Muerto es el causante de la gran sombra que envuelve a esa zona.

No llegué a comprender del todo lo que quería decir, ni creo comprenderlo ahora, pues nunca he estado en la parte de Pellucidar desde la que es visible el Mundo Muerto; pero Perry afirma que es la luna de Pellucidar —un diminuto planeta dentro de otro— y que gira alrededor del eje de la Tierra con ésta, de modo que siempre está en el mismo lugar dentro de Pellucidar.

Recuerdo que Perry se entusiasmó considerablemente cuando le hablé acerca del Mundo Muerto, pues pensaba que podía explicar el hasta entonces no resuelto enigma de la nutación y precesión de los equinoccios.

Cuando los dos jinetes de los lidi se aproximaron más, pudimos distinguir que uno era una mujer y el otro un hombre. Este último levantó las manos, con las palmas vueltas hacia nosotros en señal de paz, y yo le respondí de igual forma. De repente lanzó un grito de asombro y de júbilo y, deslizándose de su enorme montura, corrió al encuentro de Dian y la abrazó.

Durante un segundo palidecí de celos, pero sólo fue un segundo, porque Dian

rápidamente atrajo al hombre hacia mí diciéndole que yo era su compañero.

—Este es mi hermano Dacor el Fuerte, David —me dijo.

Al parecer la mujer era la compañera de Dacor. No había encontrado ninguna de su agrado entre los saris, ni en otras tierras, hasta que llegó a la tierra de Thuria, donde había encontrado y luchado por aquella hermosa mujer que ahora llevaba consigo a su propia tribu.

Cuando escucharon nuestro proyecto decidieron acompañarnos a Sari, donde Dacor y Ghak concretarían la alianza. Dacor se sentía tan entusiasmado con la idea de aniquilar a los mahars y a los sagoths como Dian y yo.

Después de un viaje que, para ser por Pellucidar, fue tranquilo, llegamos a las primeras aldeas de los saris, que consisten en uno o dos centenares de cuevas artificiales abiertas en la ladera de un gran precipicio. Allí, para nuestra inmensa alegría, encontramos a Perry y a Ghak. El anciano se quedó embelesado al verme, pues hacía ya tiempo que me había dado por muerto.

Cuando le presenté a Dian como mi esposa no supo que decir, pero después me comentó que entre ambos mundos no podía haber hecho mejor elección.

Ghak y Dacor llegaron a un acuerdo amistoso, y en un consejo celebrado entre los diversos jefes de las tribus de Sari se trazó un plan aproximado de la forma de gobierno que se debía adoptar. Los distintos reinos debían permanecer separados e independientes, pero tenía que existir un regente supremo, un emperador. Se decidió que yo fuera el primero de la dinastía de los emperadores de Pellucidar.

Nos dispusimos a enseñar a las mujeres a hacer arcos, flechas y bolsas de veneno. Los jóvenes cazaban las serpientes que proporcionaban la ponzoña y también extraían el hierro necesario para fabricar espadas bajo la dirección de Perry. El entusiasmo se propagó velozmente de una tribu a otra, hasta que comenzaron a llegar representantes de países tan lejanos que los saris ni siquiera los habían oído nombrar, para prestar juramento de lealtad y aprender el arte de construir y manejar nuevas armas.

Enviamos hombres como instructores a todas las naciones de la Federación, y el movimiento ya había adquirido unas proporciones gigantescas cuando los mahars lo descubrieron. El primer indicio que tuvieron fue cuando tres de sus caravanas de cazadores de esclavos fueron exterminadas en rápida sucesión. No podían entender cómo las especies inferiores habían adquirido repentinamente un poderío tan formidable y eficaz.

En una de las emboscadas a las caravanas de esclavos, capturamos a algunos sagoths, entre los que se encontraban dos que pertenecían a la guardia del edificio en el que habíamos estado confinados en Phutra. Nos dijeron que los mahars habían enloquecido de ira cuando descubrieron lo que había ocurrido en los sótanos del edificio. Los sagoths comprendieron que algo terrible les había sucedido a sus amos, pero éstos se cuidaron muy bien de dar señal alguna de la verdadera naturaleza de su desesperada situación. Era imposible adivinar cuánto tardaría en extinguirse su raza, pero que ello tendría que ocurrir tarde o temprano parecía inevitable.

Los mahars habían ofrecido enormes recompensas por la captura de cualquiera de nosotros con vida, y al mismo tiempo amenazaban con castigar severamente a quien nos hiciera algún daño. Los sagoths no podían entender aquellas ordenes, aparentemente paradójicas, aunque para mí resultaban de lo más comprensibles: los mahars querían el Gran Secreto, y sabían que sólo nosotros podíamos devolvérselo.

Pero los experimentos de Perry para la fabricación de pólvora y de rifles no progresaban con la rapidez esperada, debido a que él no sabía mucho de aquellas cosas.

Ambos teníamos la certeza de que la solución de esos problemas significaría un avance de varios siglos para la civilización de Pellucidar. Además, había otras artes y ciencias que deseábamos enseñarles, pero ni siquiera nuestro conocimiento combinado de ellas abarcaba los detalles necesarios como para darles un uso práctico.

—David —dijo Perry inmediatamente después de su último fracaso en el intento de producir pólvora—, uno de nosotros tiene que regresar a la superficie exterior y traer la información que nos falta. Tenemos aquí materiales y mano de obra como para conseguir cualquiera de las cosas que se hicieron arriba. Lo que no tenemos son los conocimientos necesarios. Volvamos y tomemos esos conocimientos de los libros. Entonces sí que tendremos verdaderamente este mundo a nuestros pies.

Y así se decidió que yo volviera en el Excavador, que aún permanecía en el límite de la selva por la que habíamos penetrado en la corteza del mundo interior. Dian no quiso aceptar ningún arreglo que no la incluyera en mi viaje, y yo no lamentaba que quisiera venir, puesto que deseaba que viera mi mundo y que mi mundo la viera a ella.

Con un gran contingente de hombres marchamos hacia el topo de hierro. Perry dio las instrucciones precisas para colocarlo con la punta dirigida hacia la corteza exterior y luego revisó cuidadosamente la maquinaria. Llenó los tanques de aire y fabricó aceite para el motor. Finalmente cuando estuvieron terminados todos los preparativos, de repente nuestros vigías divisaron un gran cuerpo de sagoths y mahars que avanzaban procedentes de Phutra.

Dian y yo estábamos listos para abordar la máquina, pero yo quise presenciar el primer combate entre los dos numerosos ejércitos formados por las distintas razas de Pellucidar. Tenía la impresión de que iba a ser un evento histórico que marcaría el comienzo de una tremenda guerra por poseer un mundo, y como primer emperador de Pellucidar sentía que tenía no sólo la obligación, sino el derecho de estar en medio de aquella batalla decisiva.

A medida que se aproximaba el ejército enemigo vimos que había una gran cantidad de mahars junto a los batallones de sagoths, lo que indicaba la enorme importancia que la raza dominante daba a aquella campaña, pues no era su costumbre salir con las partidas de caza de esclavos. Éstas eran las únicas formas de guerra que entablaban con las especies inferiores.

Ghak y Dacor estaban con nosotros, puesto que querían ver el Excavador. Coloqué a Ghak con una parte del ejército a la derecha de nuestra línea de combate. Dacor ocupó la izquierda, mientras que yo me ubiqué en el centro. En la retaguardia dejé una fuerza de reserva al mando de uno de los jefes de Ghak. Los sagoths avanzaron sin pausa con sus lanzas dispuestas, pero esperé hasta que estuvieron lo más cerca posible antes de dar la orden de disparar.

Con la primera lluvia de flechas, la línea de avanzada de los hombres gorila se derrumbó por tierra, pero los que estaban detrás saltaron por encima de los cuerpos de sus compañeros e iniciaron la embestida con sus lanzas. Una segunda descarga de flechas envenenadas los detuvo durante un momento, y luego mi reserva se lanzó al ataque con sus escudos y espadas.

Las torpes lanzas de los sagoths nada podían contra las espadas de los guerreros de Sari y Amoz, quienes desviaban las lanzas con sus armas mucho más ligeras y manejables.

Ghak condujo a sus arqueros hacia el flanco desprotegido del enemigo, y mientras los espadachines los combatían desde el frente, él descargaba andanada tras andanada desde el costado. Los mahars no combatían con eficacia. En realidad, estorbaban más que otra

cosa, aunque de vez en cuando alguno lograba asir a uno de nuestros hombres con sus fuertes mandíbulas.

La batalla no duró mucho tiempo, pues cuando Dacor y yo llevamos a nuestros hombres hacia la derecha blandiendo nuestras espadas, los sagoths se hallaban tan desmoralizados que giraron sobre sus talones y se batieron en retirada. Los perseguimos durante un buen rato, capturando a muchos de ellos y recuperando una gran cantidad de esclavos, entre los que se encontraba Hooja el Astuto. Éste me dijo que lo habían atrapado mientras volvía a su tierra, pero que le habían perdonado la vida con la esperanza de que supiera donde se encontraba el Gran Secreto. Ghak y yo pensamos que más bien él había estado a la cabeza de aquella expedición, sirviendo como guía, y que había supuesto que era Perry quien tenía el Gran Secreto en la tierra de los saris, pero como no teníamos pruebas de ello nos vimos obligados a aceptarlo y a tratarlo como uno de los nuestros. Pero ya verá de qué manera me pagó mi generosidad.

Había varios mahars entre los prisioneros, y nuestros hombres les temían tanto que no se atrevían a acercarse a ellos si no era cubiertos con un pedazo de piel. Hasta Dian creía en la superstición popular acerca de los efectos que podían causar los ojos de los mahars sobre la mente. Yo me reí de sus temores, pero no tenía inconveniente en complacerla si con eso se sentía mejor. Se mantuvo alejada del Excavador, cerca del cual se encontraban encadenados los mahars, mientras Perry y yo examinábamos nuevamente cada parte de la maquinaria.

Al final ocupé mi lugar frente al mecanismo de dirección y ordené a uno de los hombres que se encontraba afuera que trajera a Dian. Pero tuvo que ocurrir que fuera Hooja el que estuviera en las proximidades de la compuerta del Excavador y fue él por tanto, el que fue a buscar a Dian sin que yo lo supiera. Cómo llevó a cabo su demoníaco ardid es algo que aun ignoro. No puedo creer que nadie le ayudara, pues todos me eran leales y hubieran acabado con Hooja con sólo oír hablar del monstruoso plan que maquinaba. Todo sucedió tan rápidamente que sólo puedo creer que fue consecuencia de un impulso repentino que se le ocurrió a Hooja debido a una serie de circunstancias fortuitas, y además en el momento oportuno.

Lo único que sé es que fue Hooja quien trajo a Dian al Excavador, envuelta aun de pies a cabeza en la piel de un enorme león de las cavernas que se había puesto desde el momento en que los mahars habían sido llevados al campamento. Se sentó en el asiento junto al mío, y nos hallamos listos para partir. Me había despedido ya de todos. Perry me había tomado fuertemente la mano. Cerré y atranqué las compuertas externas e internas, me volví a sentar frente al volante y accioné la palanca de arranque.

Al igual que aquella lejana noche que había presenciado nuestra primera travesía con el monstruo de hierro, hubo un estruendo tremendo debajo de nosotros y el gigantesco armazón vibró y tembló. Se oyó el golpeteo de las piedras sueltas que entraban en el espacio hueco de la cámara externa. Una vez más estábamos viajando.

Pero en el momento de partir, el Excavador se sacudió con tal brusquedad que estuve a punto de saltar fuera de mi asiento. Al principio no comprendí que es lo que había ocurrido; pero al poco tiempo me di cuenta de que, justo antes de penetrar en la corteza terrestre, el gran cuerpo del artefacto se había salido de sus andamios y que, en lugar de introducirse en la tierra verticalmente lo había hecho en forma oblicua. Ni siquiera podía conjeturar si de esa manera llegaríamos o no a la superficie exterior. Entonces me volví para ver como se encontraba Dian después de aquella experiencia, y observé que todavía estaba cubierta con la piel.

—Vamos, vamos —la dije riendo—, no seas tan exagerada. Ningún mahar te podrá ver aquí.

Entonces me incliné hacia ella para arrebatarle la piel de león. En ese preciso instante me eché hacia atrás horrorizado.

Lo que había debajo de la piel no era Dian. Era un repugnante mahar. Al instante comprendí la jugada que me había hecho Hooja, y por qué la había hecho. Al deshacerse de mí para siempre, según pensaría él sin duda, Dian estaba a su merced. Traté con desesperación de girar el volante para regresar a Pellucidar pero, como en la vez anterior, no pude moverlo ni una pulgada.

De más está contar la monotonía y el horror de aquel viaje, que no fue muy distinto del que efectuamos desde la corteza exterior hasta Pellucidar. Duró casi un día más debido al ángulo con el que esta vez habíamos penetrado en la tierra, lo cual, además me hizo emerger aquí, en el desierto del Sahara, en lugar de los Estados Unidos.

Durante meses he estado esperando la llegada de algún hombre blanco. No me atreví a dejar el Excavador por temor a no poder volver a hallarlo. Las movedizas arenas del desierto no tardarían mucho en cubrirlo totalmente y con ello desaparecería mi única esperanza de volver a Pellucidar y encontrar a Dian.

Parece una posibilidad remota el que vuelva a verla algún día, pues ¿cómo puedo saber en qué parte de Pellucidar emergeré en mi segundo viaje? Y ¿cómo, sin norte, ni sur, ni este, ni oeste, puedo llegar a localizar a mi amada en aquel mundo inmenso?



* * *

Esta es la historia que me relató David Innes en una tienda de piel de cabra en medio del desierto del Sahara. Al día siguiente me condujo hasta el Excavador: era tal cual él lo había descrito, tan enorme que ningún medio de transporte de los que allí había podía haberlo llevado hasta aquel lugar. Sólo era posible que hubiera venido del modo que había dicho David Innes: a través de la corteza terrestre, desde el mundo de Pellucidar.

Pasé una semana con él y luego, abandonando la caza de leones, volví directamente a la costa y de allí a Londres, donde compré una gran cantidad de cosas que él deseaba llevar consigo a Pellucidar. Había libros, rifles, revólveres, municiones, cámaras fotográficas, elementos químicos, teléfonos, instrumentos de telégrafo, alambres, herramientas y más libros. Había libros sobre todos los temas imaginables, pues quería una biblioteca a partir de la cual poder reproducir las maravillas del siglo veinte en la edad de piedra.

Llevé personalmente todas las cosas a Argelia y fui con ellas hasta donde terminaba la línea ferroviaria, pero entonces me llamaron de los Estados Unidos por un asunto importante. No obstante, pude dejar a un hombre de total confianza a cargo de la caravana. Se trataba del mismo guía que me había acompañado al Sahara en mi primer viaje. Dejé en sus manos una larga carta para Innes con mi domicilio en América, y lo vi partir hacia el sur a la cabeza de la expedición.

Entre otras cosas que le mandé a Innes había más de quinientas millas de cable aislado de calibre muy fino. Lo puse en un carrete según me había pedido, pues, tenía la idea de atar aquí un extremo y llevarlo con el Excavador para establecer una línea telegráfica entre ambos mundos. En mi carta le decía que se asegurara de marcar detalladamente el lugar de donde partía el cable con un gran túmulo, en el caso de que yo no pudiera llegar hasta él antes de que partiera, para así poder localizar fácilmente la línea de comunicación con Pellucidar.

Recibí varias cartas tuyas a mi regreso a América, pues aprovechaba cualquier caravana que se dirigía hacia el norte para comunicarse conmigo. Su última carta la escribí el día anterior a su partida. Es esta:

Querido amigo:

Mañana parto en busca de Pellucidar y de Dian, si es que los árabes no me matan antes, pues están muy agresivos. Ignoro el motivo, pero dos veces me han amenazado de muerte. Uno de ellos, más amistoso que el resto, me ha informado que tenían intenciones de atacarme esta noche. Sería lamentable que tal cosa sucediera la víspera de mi partida.

Sin embargo, tal vez sea mejor así, pues cuanto más se acerca la hora, más escasas me parecen mis posibilidades de tener éxito.

Acaba de llegar el amigo árabe que te hará llegar esta carta. Adiós, y que Dios te bendiga por tu amabilidad para conmigo.

El árabe me pide que me apresure, pues a lo lejos se divisa una nube de arena y cree que se trata de un contingente que viene a asesinarme. No quiere que lo encuentren

conmigo, así que se despide nuevamente

David Innes.

Un año más tarde me encontré de nuevo en la terminal de la línea ferroviaria y me encaminé al sitio donde había visto a Innes por última vez. Mi primera decepción fue enterarme de que mi antiguo guía había muerto pocas semanas después de mi partida, y no pude localizar a ningún otro miembro de la expedición que me guiara al mismo lugar.

Durante meses busqué por aquella tierra candente, entrevistándome con incontables jeques con la esperanza de que alguno hubiera oído hablar de Innes y su maravilloso topo de hierro. Constantemente mis ojos escudriñaron la arenosa extensión buscando el túmulo debajo del cual tenían que estar los cables que comunicaran con Pellucidar, pero nunca lo encontré.

Y siempre me atormentan estas preguntas cuando pienso en David Innes y sus extrañas aventuras: ¿Lo asesinaron acaso los árabes? ¿Logró escapar e iniciar otra vez su viaje? Y si lo hizo... ¿habrá llegado hasta el mundo interior o se habrá quedado enterrado en alguna parte del corazón de la tierra? Y si pudo llegar hasta Pellucidar, ¿habrá emergido finalmente en alguna de las islas marítimas, o acaso entre una tribu salvaje a miles de millas de la tierra donde su amada lo aguardase?

¿Estará la respuesta en alguna parte del seno del Sahara, en el extremo de un cable oculto bajo un túmulo perdido? A veces me lo pregunto.

Fin

Mapas

Burroughs dibujó el primer mapa de Pellucidar, que apareció con la primera parte de *Pellucidar* en *All-Story Cavalier Weekly*, el 1 de mayo de 1915. Se reimprimió en la página 23 de la primera edición de la novela y apareció en las ediciones de Grosset & Dunlap. Fue el frontispicio de las ediciones de Ace y Del Rey. Apareció en la página 129 de la edición ómnibus de 1963 (Dover), la página 15 de la edición de Bison Books, la página 23 de la edición de Amereon House, la página 11 de las ediciones de 2003 (Dover and Castle) e incluido en la edición de 2006 de ERB Press. Este mapa se publicó, junto otros de los 10 otros mundos de Burroughs en *An Atlas of Fantasy* de J. B. Post (1973). En la edición de Ediciones El Rastro aparecía en la página 4.

Además, se incluye una versión "modernizada" y traducida del mismo mapa, en color, que se preparó para la edición de Ediciones El Rastro, pero que no llegó a utilizarse.

Más información sobre mapas de Pellucidar en:

<http://www.bouncepage.com/Pellucidar/maps.html>



